

PATRICIA HERVÍAS

TE ENAMORASTE
DE MÍ SIN SABER
QUE ERA YO



zafiro[♥]

Índice

[Portada](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Meses más tarde, Madrid](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Biografía](#)

[Créditos](#)

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

**Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:**



Explora Descubre Comparte

A ti que siempre me tomabas del tobillo cuando comenzaba a volar para regresarme al suelo y
tener los pies en la tierra.
Gracias, ahora entiendo que me enseñabas a volar.
ILU Josep

Capítulo 1

Lucía estaba realmente harta de este tipo de fiestas. Música lounge, un disyóquey gafapasta, luces cálidas que cambian despacio y gente guapa por todas partes, postureando. Sí, porque, si la palabra posturear no hubiera estado ya en uso, es probable que la RAE la hubiera acuñado en ese mismo momento, con el disyóquey como testigo.

Y además no tenía el día idóneo para disfrutar, era como si supiera que algo desagradable iba a pasar.

Pensó que la culpa debía tenerla el trabajo; esa semana un cliente se había marchado de la agencia, y había discutido con su compañera y amiga Lourdes por culpa de ese suceso.

Pero Gonzalo, su novio, había insistido demasiado en salir como para negarse. No estaban pasando su mejor momento como pareja, ya que tenía el convencimiento de que no le era fiel, aunque no podía probarlo.

La música llenaba el ambiente y en ese instante sujetaba un Americano con la mano. No, no un señor de ese continente, sino un cóctel italiano a base de Campari y vermut rojo.

Miraba a un lado y al otro en busca de Gonzalo, pero éste, al ir a la barra a por su bebida, había desaparecido; tampoco le parecía extraño, ya que siempre se encontraba con alguno de sus clientes del bufete de abogados en el que trabajaba y, cuando le interesaba presentar a su chica, se le acercaba, la agarraba de la cintura y lucía trofeo.

Se encontró con un par de miradas conocidas; algunas personas se acercaron a saludarla, charlaron con ella de cosas banales y lucieron la mejor de sus sonrisas Profident. Repetir siempre local para tomar copas es lo que tiene: al final conoces a todo el mundo, y el mundo te conoce a ti.

Desgraciadamente, después de esa semana «maligna», Lourdes también había decidido ir al mismo sitio en el que Lucía y Gonzalo estaban pasando el rato.

Sus miradas se encontraron y, esquivándose, cambiaron su rumbo. Sí, eran amigas, las mejores, pero esa semana no era su semana, así que se saludaron con los ojos y cada una tomó un camino diferente. En ese instante, Lucía decidió marcharse al servicio; apuró su cóctel, dejó la copa en la barra y puso rumbo al lavabo.

Dentro y el silencio era absoluto; casi mejor. Resultaba raro que los baños estuvieran vacíos, y por ello aprovechó para arreglarse un poco. Se miró al espejo para intentar controlar que las hondas que se había hecho en su pelo moreno no estuvieran muy a su aire; ella lo tenía liso. Repasó un poco con el delineador sus ojos castaños y retocó el carmín de sus carnosos labios. Cuando se miraba al espejo, pocas veces lograba gustarse. Pero no tenía mal cuerpo. Medía un metro setenta y pesaba sesenta y pocos kilos... Quería irse a casa, pero antes, ya que estaba allí, aprovechó para entrar en uno de los retretes. Se dispuso a hacer pis cuando sonó la puerta de entrada.

—Atráncala con cualquier cosa. —Oyó la voz de una chica.

—Voy. —Una voz masculina respondió.

—Súbeme aquí, en el lavabo, no llevo bragas.

Los ojos de Lucía se abrieron de par en par; estaba encerrada en el baño mientras, fuera, una pareja pretendía dar rienda suelta a sus instintos más básicos. Lo peor de todo era que no sabía qué hacer, aunque, en realidad, tenía perfectamente claro que no iba a salir del baño hasta que esos dos hubieran acabado. Ni de broma...

—¡Oh, sí! —Los palmetazos entre los dos cuerpos eran sonoros—. Sigue así y me correré rápido.

—¡Mira que me gustas! —gruñó el tipo que estaba con ella.

Al escuchar la frase de aquel sujeto, los ojos de Lucía se abrieron desmesuradamente. Podría jurar que era la voz de Gonzalo; vamos, mataría si alguien le dijera que no lo era.

—Estoy a punto, bombón —añadió él, para disgusto de ella; era su novio—. Mira que me gusta follarte.

Tenía que hacer algo, esta vez no iba a quedarse en su cubículo, así que abrió la puerta del aseo con total altivez y miró a Gonzalo a los ojos a través del espejo del lavamanos.

—¡Coño, Lucía! ¿Qué haces aquí? —le preguntó aún en una posición bastante incómoda para mantener cualquier conversación. Su partenaire se cubrió los pechos a la vez que se separaba de él, dejando en una postura bastante vergonzante al que hasta el momento era su novio.

Se armó de valor y, sin querer montar un escándalo, le dijo:

—Al baño se viene a mear o a cagar, pero para cagarla ya estás tú. Por favor, no pases ni por mi casa, te enviaré todas tus cosas contrarrembolso. Si no las quieres, las quemaré —concluyó; luego se dirigió a la puerta de salida.

—Cariño... —La tomó del brazo y ella se dio la vuelta con cara de odio—... joder, ya sabes cómo soy.

—No tientes tu suerte, cerdo. No la tientes. —Se despidió lanzando una mirada de odio al que desde ese momento sería exnovio y a esa mujer que escondía su cara.

Salió con lágrimas en los ojos del servicio. Lo sabía, estaba convencida de que aquel que se hacía llamar su novio la vacilaba, que se iba con otras, que se las tiraba. Pero una cosa era creerlo y otra tener una visión de primera mano. No era justo, porque ella no era un coco, ni una mala tía, ni celosa...

—¡Lucía! —Oyó a sus espaldas la voz de su amiga Lourdes—. ¡Para, para!

—Por favor, déjame, ¿vale? —le dijo con lágrimas en los ojos.

—¿Qué te pasa? Te he visto salir llorando del baño. ¿Qué ha sucedido?

—Gonzalo...

—Ese... ese...

—Puedes decirlo.

—¿Qué coño te ha hecho ese imbécil?

—Lo he pillado follando con una en el baño.

—¡Será hijo de puta! —gritó sin importarle que todos los de la fiesta la miraran—. Éste va a saber quién soy yo...

—Lourdes... —Trató de pararla sin mucho éxito.

Como si a cámara lenta sucediera, vio cómo su amiga ponía rumbo a los servicios. Con su casi metro ochenta de estatura, era una mujer hecha y derecha con una mala uva conocida por todos. Tuvo la suerte, suerte para ella, de encontrarse de frente a Gonzalo y su conquista. Sin mediar palabra, le soltó un sopapo a ella y a él, que se quedó ojiplático, le lanzó un rechazazo de los que hacen historia.

No cruzó ni una mirada más, se dio la vuelta, agarró del brazo a su amiga y salieron por la puerta.

—Creo que no voy a poder volver a este garito en tiempo. —Se aquejó de su mano derecha.

Ya en la calle y sin tiempo a que tomara aire, Lourdes la metió dentro de su coche y, tras ponerse el cinturón, arrancó el vehículo en dirección a su casa. Lucía esa noche no iba a dormir sola.

En la cabeza de Lucía se repetían las imágenes una y otra vez. Podía ver el cuerpo de Gonzalo empotrando a esa mujer contra el lavabo... una, dos, tres... En realidad no había sido tanto lo que había visto, pero su mente recreaba esa situación como si de una moviola se tratara. Estaba pálida, hierática, sin palabras, ausente...

—¡Lucía! ¡Lucía! —Los gritos de Lourdes la sacaron de su estado hipnótico. Miró de un lado a otro y se encontró en un lugar que no reconoció a primera vista.

—¿Dónde estamos? —preguntó a la vez que empezaba a temblar mientras era consciente de que se había quedado en shock.

—Cielo, estamos en mi casa. —Los ojos de Lucía se cruzaron con los de Lourdes y comenzó a llorar desconsoladamente mientras se echaba a sus brazos—. Menos mal —susurró su amiga—. Pensaba que te habías quedado catatónica...

—Lo sabía —balbució entre sollozos—. Lo sabía, pero nunca pensé que sería capaz de hacerlo delante de mí.

—Chis. Cariño, no te merecía y lo sabes. Nunca supe qué viste en un tío como él.

—Se la estaba tirando. Lo he visto. —Seguía llorando—. Se la follaba.

—Déjalo, ese malnacido no merece ni una lágrima tuya. Ni una. —Lourdes la abrazaba desconsolada. Ella misma había sido víctima de los intentos fallidos de Gonzalo por llevársela a la cama y, al intentar contárselo a Lucía, habían tenido una más que fuerte discusión. Lo que Lourdes desconocía era que Lucía ya estaba más que al caso sobre esos rumores, pero lo que no quería era que su mejor amiga también fuera otra de las que la habían advertido sobre la bragueta suelta de su novio.

Aquella noche Lucía se quedó a dormir en casa de su amiga después de agotadoras horas de llantos y continuos fustigamientos.

Nunca se había planteado seriamente por qué seguía con una persona que la trataba como a un mero objeto de compañía en sus reuniones fuera de la oficina, como a ese regalo envuelto que te gusta mostrar a los demás. Para más inri, en la intimidad, cuando estaban en la cama, pocas veces duraban más de media hora, con suerte.

Nunca se había planteado dejar la relación, aunque en lo más interno de su ser sabía que lo que tenía con Gonzalo no era una cosa de dos. Se aferraba a los recuerdos del principio, cuando la conquistó a base de palabras bonitas y restaurantes caros.

Nunca creyó que iba a encontrarlo follando con otra mujer frente a sus narices. Nunca...

Sus ojos se abrieron lentamente; le dolían, al igual que la cabeza, de tanto llorar, pero de una extraña manera sabía que jamás volvería a hacerlo por él ni por hombres como él, y nunca más por sentirse rechazada. Nunca...

Se levantó de la cama con una sonrisa y fue a darle los buenos días a su amiga, que estaba en el salón leyendo para no hacer ruido.

—Buenos días.

—Buenas, cielo, ¿cómo estás? —le preguntó mirando extrañada su sonrisa.

—Se acabó. Me he liberado. Soy libre. —Y agrandó aún más su sonrisa.

—Sí, ya he visto tu cara. Si he de ser sincera, es rara. Tienes los ojos hinchados como pelotillas

y encima veo tus dientes porque no paras de sonreír —le respondió levantando una ceja a modo de pregunta.

—No me preguntes cómo, pero al abrir los ojos esta mañana lo he tenido claro, se acabó. Lo mío con Gonzalo no existió jamás. Ni los malos modos, ni los momentos en lo que me trataba como un premio... ¡¡nada!!

—Me alegro, cariño —le contestó Lourdes levantándose del sofá y acercándose a ella para darle un abrazo.

Capítulo 2

Otro día más y el aburrimiento se instalaba de nuevo en sus noches entre semana.

No era que no tuviera cosas que hacer, sino que, en realidad, le aburrían la mitad de las que debía hacer, así que las dejaba siempre para última hora y, después del trabajo, lo único que le apetecía era tirarse en el sofá para pasar su tiempo cambiando canales. Ya había ido al gimnasio, hecho la compra, preparado la cena... y en la televisión no ponían más que anuncios en todos los canales.

—Maldita suerte, si es que se ponen todos de acuerdo para que no puedas ver nada —dijo en voz alta justo cuando un anuncio le llamó la atención.

«¿Decidida? ¿Atrevida? ¿Dispuesta? ¿Eres una de esas mujeres que no tiene miedo a nada? ¿Eres valiente como para acoger en adopción a un hombre? <acoge_a_un_chavalote.com.>

¿Adoptar a un tío? Era consciente de que el dicho «la curiosidad mató al gato» iba perfectamente con ella. En el anuncio salían imágenes de una web y fotos muy hípster de chavales. Estaba aburrida como una ostra y, aunque conocía a la perfección cómo eran este tipo de páginas y sabía que probablemente estarían llenas de tipos en busca de polvos fáciles, abrió su Mac y tecleó aquella dirección electrónica mientras pensaba que el creador de la web se había quedado sin neuronas después de engendrar aquel pedazo de nombre para su nueva empresa.

Esperó unos segundos a que se cargara la página y le echó un vistazo rápido. Realmente, menos una web de contactos, parecía cualquier otra cosa: una revista de estilo, de nuevas tendencias, de locales de moda...

Comenzó su inscripción sin demasiado convencimiento.

—¿Qué es lo que pone aquí? —se dijo en voz alta—. Ah, que ponga mi correo electrónico y mi alias. ¿Un alias? —pensó durante unos segundos y, al mirar un libro que tenía en la estantería sobre la historia de unas mal llamadas brujas de la Edad Media, se le ocurrió de inmediato—: ¡Belladona!

A continuación rellenó todos los campos requeridos para terminar el formulario de inscripción. A partir de ahí, los chicos que vieran su perfil y quisieran contactar le enviarían un ramo de flores virtual y, si eran correspondidos, ella debía aceptarlo y comenzar a hablar con él o ellos. Luego puso sus preferencias sobre lo que buscaba.

—Lo que quiero es un tío que me trate bien, me haga reír y a quien no le den miedo los retos. Y, sobre todo, que sea sincero. —Hablaba de nuevo en voz alta mientras tecleaba en ese apartado—. A ver, por lo tanto, en las casillas de lo que deseo, pondré «Relación estable». Buscó una foto en la que su cara no se viera muy bien, ni su cuerpo en realidad, y le dio al botón «Enviar».

—Hale, ya la he liado parda. Creo que por esta noche ya es suficiente —terminó diciendo a la par que apagaba el portátil para irse a dormir—. A ver si mañana ya quiere todo el mundo salir conmigo.

A la mañana siguiente, mientras trabajaba en su despacho, recibió un mensaje en el móvil sobre las diez de la mañana.

«Nena, estamos en la cafetería de abajo tomando un café. ¿Te apuntas?» Era su amiga Lourdes; respondió de inmediato: «Voy».

Cuando Lucía abrió la puerta del local, las chicas ya estaban pidiendo la comanda al camarero, que al verla entrar le preguntó: «¿Lo de siempre?» Ella respondió con un movimiento afirmativo de la cabeza y fue a sentarse.

—¡Hola! ¡Cuánto tiempo sin verte! —le dijo Laura, una de las chicas.

—¡Serás pava! Si me has visto hace diez minutos. —Su amiga sonrió burlonamente.

—Estábamos hablando sobre lo que hicimos ayer por la tarde —intervino Nuria—. Lourdes nos ha contado que conoció a un tío en el gimnasio que estaba tremendo.

—¿En el gimnasio? —preguntó Lucía.

—O sea, que lo del tío no te interesa —expuso la otra, ofendida.

—Vamos a ver, tú no pisas el gimnasio si no es por... —Abrió los ojos—. ¡Claro! Fijo que ya le habías echado el ojo.

—¡Cómo la conoces, hija! —sentenció Laura.

—Pues que sepáis que es entrenador personal y que ya he quedado con él mañana otra vez para que me entrene en casa.

Un estruendo de risas resonó en la mesa.

—Pues yo os tengo que contar una cosa —dijo Lucía.

—¡Al fin! —gritó Lourdes haciendo que medio local se diera la vuelta a mirar—. Has mojado. —concluyó bajando la voz.

—Sí, sí, sí. Cuéntalo todo —continuó Nuria.

—¿Estaba bueno? ¿Lo hacía bien? —siguió Laura.

—Un momento, que os estáis acelerando. —Lucía las paró de golpe—. No he conocido a nadie...

—Ya decía yo que era demasiado bonito para ser real —cortó Laura.

—Hija, ya han pasado más de seis meses. ¿Cuándo te vas a quitar el luto? —le preguntó Lourdes con el asentimiento de Nuria.

Lucía lanzó una mirada asesina a su amiga y prosiguió.

—A ver, hienas. Que no es nada de eso, pero de hombres va la cosa. —Hizo una pequeña pausa dramática que se vio acompañada por la llegada del camarero con el desayuno de cada una de ellas—. Me he apuntado a una web de contactos.

La cara de sus amigas en ese momento era un poema. A Laura le dio por reír sin control; Nuria y Lourdes no eran capaces de cerrar la boca de la impresión. Al final, la afectada tuvo que retomar la conversación.

—A ver, ¿qué? Joder, que yo no lo veo tan raro. Además, ha sido por probar.

—Ya, eso dije yo la primera vez que me metí un ácido y acabé en el hospital —soltó a bocajarro Lourdes.

—Es que tú siempre has sido muy burra —le recordó Nuria.

—Oye, que anoche estaba aburrída en casa y resultó que vi el anuncio en la tele. No sé, me pareció divertido ver qué se mueve por ahí.

—Pues tíos que buscan follar. Y para eso no hace falta exponerse en una web. Vamos, lo dicho, que lo que te pasa es que te da miedo hablar con ellos. —Laura aún no paraba de reír y nadie podía

hacer nada por ella.

—¡Joder! Laura, ¿quieres dejar de reír? —Lucía la miró mal.

—Lo siento, pero no puedo. Me he imaginado al otro lado de la pantalla a un pajillero adolescente haciéndose una maniobra orquestal ante el ordenador mientras mira tu foto... —Y todas comenzaron a reír al unísono.

Cuando por fin se calmaron, Lucía volvió a tomar la palabra.

—Mirad, no tengo ganas de conocer a hombres. —Se puso seria—. Después de lo del «innombrable», lo cierto es que me he vuelto mucho más cautelosa. No me apetece enamorarme de un tío bueno y que me vacile tal como lo hizo el otro.

—A ver... —Lourdes la miró a los ojos—... te entiendo, pero, por favor, que en estos sitios los tíos mienten más que «escriben». Te vas a enamorar de alguien que te dirá que es tu príncipe azul y finalmente resultará que no te gusta nada, además de estar casado o tener novia, y te habrá vacilado.

—O peor aún —dijo Nuria—, será un psicópata que te conquistará el corazón para luego entrar en tu casa y robarte todo o matarte.

—¡Hija mía! Pero mira que eres burra —le espetó Laura—. Y si resulta que encuentra a alguien que también busca a una Lucía por ahí.

—Tú sí que estás en la luna de Valencia —replicó Lourdes—. Que no, que en esos sitios sólo se va a follar. Y verás tú que nos vas a dar un disgusto.

—Con amigas como tú, no necesito enemigos, maja —cerró la conversación Lucía—. Oye, que me subo, que tengo una reunión en diez minutos y no he mirado nada... ¡qué pereza!

—Hale, adiós Enjuta Mojamuta...

—¡Idiota! —Se marchó señalando a Lourdes y recordando las noches que habían pasado viendo «Muchachada Nui» y a aquel personaje obsesionado por Internet y los PC.

Aquella noche, al llegar a su casa después de la rutina diaria, se sentó en el sofá y no encendió la televisión. Abrió su Mac y entró en aquella web a ver si algo nuevo había sucedido en su cuenta. No esperaba absolutamente nada, porque pensó que, al tratarse de una cuenta nueva, nadie en este mundo cibernético se habría dado cuenta de su existencia, pues era difícil saber si se apuntaba alguien más. Pero se llevó una sorpresa, pues tenía tres ramos de flores en su casillero para ser recibidos.

Sonrió como si fueran un regalo de Navidad. Realmente le había hecho ilusión que alguien se hubiera fijado en ella, aunque fuera sólo por las cosas que contaba en su perfil.

Abrió el correo nerviosa, recordando los comentarios de sus amigas: «Pajilleros, pajilleros, pajilleros y psicópatas...».

El primero se llamaba Rodrigo y le dejó un texto escueto:

Hola, Belladona.

Mi nombre es Rodrigo.

He leído tus características y lo que buscas. Me gustaría que conversáramos un poco, creo que nos parecemos. Soy demasiado sincero y adoro la libertad, sobre todo en el mar.

Un beso.

Lucía volvió a leer el mensaje; le picó la curiosidad con eso del mar. Le aceptó las flores virtuales pero lo dejó como pendiente, pues quería ver los otros dos mensajes.

Hola, pibita.

No te veo muy bien en la foto. ¿Podrías mandar alguna mejor para que pueda ver si me molas o no?

Salu2

Picaflor

Firmaba como «¿Picaflor?». Uno menos, a éste no le aceptaría ni una bolsa de pipas. Al final sus amigas iban a tener razón: «Estos tíos sólo están en estas webs para pillar cacho».

Le dio al botón de «Suprimir» sin ni siquiera planteárselo y se lanzó a por el tercero de los correos recibidos.

Hola, Belladona.

Mi nombre es Pedro, tengo cuarenta y cinco años y estoy recién divorciado, con tres hijos. Me gustaría conocer gente para salir por ahí, tomar algo y divertirnos. Estoy abierto a todo tipo de posibilidades.

Un beso,
Pedro

Miró su fotografía con detenimiento. Un hombre maduro, de facciones marcadas. No estaba nada mal, pero... Saltó como si de un resorte se tratara.

—¡No! Otro hombre mayor que yo y divorciado, ¡¡recién divorciado!! —Se fue a la cocina a beber un vaso de agua sin dejar de pensar «no quiero volver a pecar de lo mismo con el tema de la pena. No soy una ONG, no puedo mostrarme cariñosa porque me den lástima. No voy a caer en el mismo error que con Gonzalo, que sólo me quería por mi físico, no me apreciaba por cómo soy... ¡Un cerdo cabrón!

Lo sintió por aquel hombre, pero lo borró de la lista. Sólo se quedó con uno, Rodrigo. Así que se sentó para contestar a su escueto mensaje:

Hola, Rodrigo.

Me ha llamado mucho la atención lo que me has dicho de la libertad en el mar. ¿Vives en un barco?

Un beso,
Belladona

Lo envió y se sentó como una boba a ver si en la pantalla aparecía un mensaje por parte de aquel chico. Cotilleó su perfil para ver sus aficiones, lo que buscaba en esa web y su fotografía. En lo primero, aficiones, pudo descubrir que le gustaba el deporte al aire libre, salir a divertirse con sus amigos, un buen vino (frunció un poco el ceño, ella era más de cerveza, pero...). En lo segundo, lo que buscaba lo dejaba meridianamente claro: quería una relación. Buscaba una chica con la que compartir sus aficiones, su vida; en resumen, una relación seria.

—No está mal —se dijo.

Y con respecto a lo de la fotografía, se dio cuenta de que había jugado a lo mismo que ella. Había puesto una foto lejana algo borrosa que decía: «Si te intereso, ya me verás».

Al ver que el tiempo transcurría sin que el estado de su buzón cambiara, se fue a la cama sin darle más vueltas al asunto. Podría ser divertido ver qué ocurría con aquella persona.

A las diez de la mañana, de nuevo un WhatsApp la avisaba de que la esperaban para desayunar. Bajó, esta vez por las escaleras, pues el ascensor estaba ocupado; gracias a ello, se salvó de una incómoda situación, ya que en la planta baja vio cómo Gonzalo salía de él mientras hablaba con uno de sus jefes. Se quedó esperando unos momentos para asegurarse de que se marchaba y luego retomó su camino.

Entró en la cafetería con cara de pocos amigos después de su inesperado encuentro.

—Nena, parece que has visto un fantasma —le dijo seriamente Lourdes.

—Sí, lo he visto y se parecía demasiado a mi ex.

—Pero ¿qué dices? —inquirió Nuria.

—¿Me he perdido algo? —Laura se unió al grupo.

—Lucía se ha encontrado con Gonzalo —contó Nuria.

—No me he encontrado con él, le he visto salir de mi empresa con mi jefe.

—¿Con Manuel? —indagó Lourdes. Se llevó por respuesta un ligero movimiento de cabeza por parte de ella—. No me gusta nada, nada de nada... Me enteraré de qué va esto en cuanto suba.

La cara de Nuria cambió por completo y puso una de póquer. Algo pasaba, se dijo Lucía...

—Señoritas —un repelús recorrió su espalda, era Gonzalo—, Lucía.

—¿Qué es lo que quieres? —le dijo sin mirarlo.

—¿Podemos hablar en un lugar menos concurrido? —le preguntó con la voz que siempre ponía cuando quería algo.

—Lo que tengas que decir, por favor, dilo ya y vete. No tengo tiempo para ti.

—Por favor... —le pidió sujetando su silla y haciendo un gesto para que lo siguiera.

—Tranquila, Lucía, te esperamos —intervino Laura cortando las palabras que iban a salir por boca de Lourdes.

Lucía se levantó sin ganas para acompañarlo al otro lado de la cafetería.

—Ya estoy aquí, ¿qué es lo que quieres? —le dijo mirándole directamente a los ojos... a esa mirada que una vez pensó que era la más bonita del mundo.

—No seas tan dura conmigo —le contestó en tono lastimero.

—¿De verdad me estás pidiendo esto? —Levantó el tono de voz—. Espero que no lo digas en serio, porque cualquier persona en su sano juicio no hubiera sido tan comprensiva como yo. De no ser por... Déjalo. Repito, ¿qué quieres?

—Te echo de menos, Lucía. —Levantó la mano para que no respondiera—. Acepto todos mis errores. Sé que no hice bien, que me comporté como el animal que soy. No puedo justificar mis actos, porque fueron así, animales, inconscientes y sin pensar en que lo que más he querido nunca estaba esperándome todos los días en casa. Lo siento, quiero que me perdones. No te pido que me des una respuesta hoy. Pero piénsalo...

—No sé qué decir —comenzó a responder ella—. Bueno, sí, que no... no quiero volver contigo. Lo siento. No.

—No me digas que no tan pronto. Sólo quiero demostrarte que he cambiado. Que este tiempo sin ti, sin nadie, me ha hecho cambiar.

Por un segundo a Lucía le pareció ver algo en su mirada, un brillo que hacía mucho tiempo que no encontraba allí.

—No puedo decirte nada ahora. —Se sentía muy confusa. No estaba enamorada de él, ¿o sí?—. Lo siento. Me voy.

Se giró en el momento en que sintió cómo la mano de Gonzalo la sujetaba ligeramente, con una liviana presión. No miró atrás y se sentó en la mesa en la que estaban sus amigas. Él se fue.

Ellas enmudecieron instantáneamente, la miraron las tres a la espera de que les contara qué era lo que había sucedido unos momentos antes en aquella esquina de la cafetería. Ninguna articulaba palabra y Lucía se dedicó a mirar su té sin parar de menearlo con la cucharilla.

—¿Se puede saber qué ha pasado? —Finalmente Lourdes fue quien habló.

—Me echa de menos —dijo secamente.

—Pero, vamos a ver, ¿este tío es gilipollas! —sentenció Lourdes—. Ahora mismo voy fuera y...

—Quieta, Lourdes. No hagas nada. —Lucía le miró directa a los ojos.

—Ah, no. No, no, no. Esos ojos no, Lu. —Se levantó de la mesa y se marchó.

—Un momento —intervino Laura—. ¿Puedes hacer el favor de explicar que ha pasado? Aunque creo que nos lo imaginamos, ¿verdad, Nuria?

—Sí.

—Me ha dicho que me echa de menos. Que quiere volver conmigo; me ha pedido perdón por lo que pasó.

—Pero, es el colmo, en serio, este tío en realidad no se entera.

—O no quiere enterarse —apostilló Nuria.

—La que no se entera soy yo —dijo Lucía—. He visto algo en sus ojos que hacía años que no veía en él.

—¿No le habrás perdonado? —cuestionó Laura.

—No le he dicho nada aún.

—Madre... —finalizó Nuria.

El teléfono no paró en toda la tarde, el personal y el del trabajo. Al móvil privado no respondió, sabía quién era y no estaba dispuesta a tomar ninguna decisión. Pero el de la oficina, ése era otro cantar: problemas, problemas y más problemas que le ayudaron a no pensar más.

Parecía que el mundo se le iba a caer encima. Sabía que cualquiera de las decisiones que tomara con respecto a Gonzalo le iban a pesar. Quería hablarlo con Lourdes, quería contarle lo que sentía. Pero conociendo a su amiga y lo que ella había pasado...

—Lucía... —Lourdes la llamó llorando—. Me ha dejado.

—¿Lourdes? ¿Qué pasa? Voy a tu casa...

—No, no —sollozaba—. Estoy en tu portal, subo.

Abrió la puerta de su domicilio para encontrarse a una mujer irreconocible. La fantástica Lourdes tenía los ojos hinchados, la cara echa un cuadro, llevaba una coleta y un chándal horroroso. Directamente se echó a los brazos de su amiga para seguir llorando sin consuelo.

—Me ha dejado, se ha ido. Se ha marchado con otra.

—Cielo. —La abrazó con fuerza—. Lo siento mucho, lo siento.

—Se ha ido con ella, con la zorra con quien lo pillé...

Entendía que no sería la mejor de las consejeras. Necesitaba a alguien imparcial, una persona que no supiera nada...

Sintió el impulso de encontrar algo de ayuda por parte de un desconocido. Tenía a la «víctima» perfecta. Tecleó su clave para entrar en la web de contactos en la que se había inscrito. Efectivamente, en su casillero encontró un correo electrónico de Rodrigo:

Hola, Belladona.

Me ha sorprendido mucho ver que me respondías. Me alegra.

Te contaré que no, no vivo en un barco. Lo hago en una posada rural, soy el dueño, muy cerca del mar. Hago surf todas las mañanas que puedo; la sensación de libertad que me provoca estar sobre las olas me encanta.

¿Cuál es tu historia?

Un beso,

R.

Lucía se sintió algo culpable al pensar que aquella persona que no sabía nada de su vida iba a poder ayudarla. Así que prefirió pensar en ello más tarde y dedicar tiempo a conocer a aquel hombre al otro lado de la pantalla.

Hola, Rodrigo.

¿Mi historia? ¿En serio quieres conocer cómo está mi vida en estos momentos? Nah, no estoy tan loca como para hacerlo, digamos que hoy no ha sido un buen día sentimentalmente hablando.

En cuanto a mi profesión: soy periodista. ¡Oh, sí! Esa adorable profesión donde los sueldos a final de mes se esfuman. Yo he tenido suerte, soy directora de comunicación de una empresa.

¿Qué te parece si cambiamos a nuestros correos electrónicos privados?

Un beso,

B.»

Y le dio a «Enviar».

No habían pasado más de diez minutos cuando un sonido le indicó en su ordenador que había llegado un correo nuevo. Se acercó el Mac a su regazo para ver quién era. El remitente era rodrigocid@maileasy.com.

Hola, Belladona.

He notado en este último mail un poco de tensión. ¿De verdad no quieres hablar de ello?

Y me temo que no tiene nada que ver con el trabajo, ¿me equivoco?

Un beso,

R.

Lucía miró la pantalla del ordenador con el ceño fruncido. No sabía si debía o no. Vamos, se estaba planteando una tontería tremenda, puesto que su primer pensamiento fue hablar con un desconocido. Con su desconocido.

Tecléo con fuerza en su portátil.

Hola, Rodrigo.

No, no te equivocas ni en una coma.

Nada tiene que ver mi estado anímico con el mucho trabajo que hoy pudiera tener. Más bien está relacionado con el culpable de que esté en una red social como ésta.

Te haré un breve resumen.

Tuve, durante tres años, un novio; vivíamos juntos y, como todo al principio, era magnífico. Después, en pequeñas cosas, me di cuenta de que había cambiado. Me paseaba por las fiestas como si fuera un trofeo, me llevaba a comidas con clientes para mostrarme y, al cabo del tiempo, estuve segura de que me ponía los cuernos. Lo peor pasó hace seis meses: lo pillé tirándose a otra. Como puedes imaginar, todo acabó. Pero hoy ha venido a decirme que lo siente, que quiere volver a intentarlo.

Y aquí estoy yo...

B.

Lo lanzó al ciberespacio sin medir las consecuencias. Al momento recibió una escueta respuesta:

Hola, ¿le quieres?

R.

Lucía se quedó mirando la pantalla, absorta. Hacía mucho que no se lo había planteado y, después de tanto tiempo, había tenido que ser alguien desde un lugar desconocido quien le hiciera la pregunta correcta. ¿Quería a Gonzalo?

Respiró despacio dando tiempo a su mente a procesar todos los recuerdos que se agolpaban en su cabeza. Los buenos, los malos... y sin darse cuenta ella misma respondió a esa cuestión. Se había

desenamorado hacía mucho tiempo de él. No, no le quería y lo tenía claro. Lo único que le pasó cuando habló con él fue que los buenos recuerdos se instalaron para hacerle dudar.

Volvió a teclear.

Hola, Rodrigo.
No, no le quiero.
Gracias, muchas gracias.
B.

Poco tiempo después volvió a recibir un correo.

Hola, Belladona.
Me alegra mucho saber que he podido ayudarte. Y, sobre todo, saber que te has quitado un peso de encima. Seguro que ahora te encuentras mucho mejor, ¿verdad?
Es tarde, mañana me levanto pronto.
Un beso y hasta mañana.

Hola, Rodrigo,
Sí, no sabes lo bien que me siento. Lo feliz que me has hecho sentir. Me siento libre, como tú con tus olas.
Por cierto, ¿dónde tienes la posada?
Hasta mañana.
B.

Se despertó más pronto de lo normal con un gusanillo en el estómago. Deseaba que Rodrigo hubiera respondido a su mensaje y lo primero que hizo fue coger su móvil personal para encenderlo y comprobar si tenía algún mensaje suyo. Acertó de pleno.

Hola, Belladona.
De verdad que me has dejado sorprendido al decirme eso. ¿En serio que te hice sentir feliz? Creo que me he equivocado de profesión, debí dedicarme a la psicología.
Pues tengo la posada en un pueblo cántabro, Cortiguera. Es bonito, tranquilo y muy cerca del mar, justo lo que yo necesito para descargarme de mis cosas. Porque, ¿sabes?, todos tenemos historias a nuestras espaldas, y a mí se me olvidan por completo cuando me subo a la tabla.
¿Alguna vez te has planteado hacer surf?
Un beso,
R.

A Lucía se le posó una sonrisa de idiota en la cara; nunca pensó que un correo electrónico podría hacerle levantarse de la cama con ganas de comerse el mundo. Sí, era una tontería, pero probablemente la terapia que necesitaba para liberarse de todas las charadas que tenía en la cabeza. ¿Se estaba volviendo loca? No lo creía; simplemente pensaba que, hablar con un desconocido que no la juzgaba por su vida anterior, la estaba ayudando a liberarse. Probablemente a él le sucedía lo mismo. Sin pasado, sin prejuicios, un hoy y ahora. Y, sobre todo, sin sentirse atado a mentir, por lo menos por parte de Lucía.

Antes de levantarse tecleó:

Hola, Rodrigo.
¿De verdad? ¿Psicología? No creo, seguro que eres mucho más feliz en tu pueblo. Estoy convencida de ello: naturaleza, olor a campo, los atardeceres en el mar... ¡de buena mañana me está entrando una morriña de mar!
Y no, nunca he hecho surf. ¿Acaso me estás invitando a ser tu alumna? (Es broma.)
Bueno, voy a ponerme en marcha, que en un rato me esperan en la oficina y hoy tenemos una presentación para un nuevo

cliente. Ya sabes cómo son estas cosas: sonrías, mientes, prometes y luego ves qué ocurre. Vamos, como en las relaciones.

Beso,

B.

Aquella mañana la sonrisa que se había instalado en su cara no se le iba a borrar, no. Tenía muy claro que, pasara lo que pasase, estaría con ella durante todo el día. Se lo merecía, no necesitaba pensar mucho más en su futuro. Lo haría despacito, partido a partido, como decía el entrenador de su equipo, el Cholo Simeone.

Abrió la puerta de su despacho y ¡la primera en la frente! Encontró que, encima de su mesa, alguien había puesto un ramo de flores blancas, amarillas y azules. No entendía mucho el significado de ese regalo, pero estaba convencida de que cada uno de los colores tenía un mensaje enviado por Gonzalo. No podía ser de otra persona. Y no se equivocaba, ya que al acercarse a ellas vio una nota escrita de su puño y letra. «Cuando las palabras no llegan, los símbolos son lo único que nos queda. Gonzalo.»

Leyó una y otra vez la nota. No, no estaba enamorada de él. A pesar de su «lo siento», de su cara de niño, de sus recuerdos juntos. No, no quería volver con él. La sonrisa no se la iba a quitar nadie de la cara. Cogió el ramo y, mientras lo estaba poniendo encima del armario de su derecha, la puerta se abrió abruptamente, dejando entrar a una Lourdes encendida.

—¡Es un hijo de puta! —Cerró la puerta de un golpe—. Si lo pillo, le corto los huevos.

—Que sí, que vale. Te doy la razón, no quiero nada de Gon..

—A ver, bonita, que el mundo no gira en torno tuyo —le contestó airadamente. Lucía abrió los ojos como platos e inmediatamente fue a contestarle, pero Lourdes se le adelantó—. Lo siento, es que soy una inconsciente, una idiota, una gilipollas. Ése es el resumen —terminó sentenciándose a la par que se dejaba caer en la silla que había frente a la mesa.

—¿Podrías contarme qué ha pasado? —preguntó Lucía.

—Pues que... —Miró directamente las flores—. Oye, ¿quién te ha regalado esas flores pidiendo perdón? —Lucía levantó las cejas a la par que los hombros, dando a entender que se trataba de alguien que las dos ya sabían—. Lo dicho, los tíos son gilipollas.

—Ya, eso lo sabemos. ¿Pero?...

—A lo que voy. No va el anormal de mi ex, me llama porque quiere hablar conmigo de un tema de la casa que aún no hemos vendido, la de la playa —su amiga asentía—, nos vamos a cenar y acabamos borrachos perdidos. Al final, una cosa llevó a la otra, que si los recuerdos, que si lo habíamos pasado muy bien cuando estábamos juntos...

—Vamos, que te acostaste con él —apostilló Lucía.

—Dios mío, sí —Se llevó las manos a la cara, abatida—. Esta mañana seguía en mi cama, durmiendo como si nada. He salido escopeteada de allí, no le he dicho ni adiós. Lo peor de todo es que, al llegar al trabajo, me ha enviado un WhatsApp diciéndome que me ha echado de menos y que, si le digo algo, deja a su mujer para volver conmigo.

—¡La leche!

—Eso he dicho yo. A ver, que me lo he tirado porque yo soy una mujer soltera, sin compromiso —levantó las cejas—, y porque el alcohol hizo de las suyas con una mujer que lleva más de dos meses sin pillar cacho. ¡Pero que no le quiero! De verdad, lo mío es de juzgado de guardia.

—Tranquila, Lourdes —Lucía se acercó a ella—, cualquiera puede cometer errores. Mírame a mí... —señaló las flores—... pero, oye, le sueltas por WhatsApp que cierre la puerta al irse y que ya lo llamarás.

—No, no. Si eso es lo primero que he hecho. Decirle que cierre la puerta al irse para finalizar

con un «y la próxima vez que quieras poner los cuernos a tu mujer, ¡paga!».

—Ay, hija, que bestia eres a veces.

—Lucía, que me he sentido engañada, de nuevo, por este imbécil. Que ha ido a polvo fijo, que sabe qué resortes tocar para que me ablande, que yo con cuatro copas de vino me vengo arriba. Eso, unas palabras bonitas, nuestra historia contada con lacitos y ¡hale! Vamos, que tenía ganas de follar y yo era tiro echo. ¡Cabrón!

—Bueno, ya está hecho. Lo has mandado a freír espárragos y santas pascuas. Hoy es viernes, salimos esta noche de juerga para olvidarnos de todo.

—Me parece perfecto. Tan perfecto como que creo que me voy a apuntar a una web de ésas como tú.

—Venga, cada una a lo suyo —dijo Lucía sentándose delante del ordenador para encenderlo; tenía que imprimir unos documentos antes de la reunión.

—Aunque, hablando de webs —a Lourdes parecía que le habían dado cuerda—, ¿cómo va lo tuyo con la búsqueda del hombre perfecto?

—Pues, para decirte la verdad, no sé si he encontrado al hombre perfecto, pero hay alguien que me ha ayudado a abrir los ojos con Gonzalo. En serio, es un tío majo y no le importa escuchar mis problemas. Bueno —rectificó mientras le daba al símbolo de impresión en el documento que ya tenía abierto en la pantalla—, leer en este caso.

—Lo dicho, si encima hay gente maja, me apunto. Decidido. —Se levantó de la silla para marcharse a su despacho—. Te veo en veinte minutos en la reunión.

Tras la vorágine con el tema del nuevo cliente, la reunión en la oficina y todo el lío que conllevó la aceptación de su estrategia global, se subió a su coche para ir a casa. Esa noche iba a ser una de esas memorables, o por lo menos eso era lo que querían que fuera, una buena velada para divertirse y si surgía... Justo cuando ese pensamiento hizo presencia en su mente, una punzada extraña se posó en su estómago. Sintió que estaba «traicionando» a Rodrigo.

—A ver, Lucía —se dijo a sí misma mientras conducía—, céntrate. No conoces de nada a ese hombre. Lo mismo es feo como un orco de las profundidades de la Tierra Media, o un encantador de serpientes y te está mintiendo en todo. Por lo tanto, no debes pleitesía a nadie, y mucho menos a alguien que ni siquiera conoces —terminó diciéndose mientras aparcaba en su plaza.

Miró por primera vez su teléfono personal; de nuevo mil WhatsApps de Gonzalo que desaparecieron a la orden del dedo de Lucía. Llamadas del mismo personaje, que dejaron de existir por obra y arte del mismo apéndice. Y varios correos electrónicos, aunque sólo le interesaba uno, el de Rodrigo.

Hola, Belladona.

No, no es ninguna broma. Me encantaría poder ser tu profesor, suena bien, y enseñarte a practicar surf, parece que el aire libre te gusta tanto como a mí. O eso quiero pensar; eres periodista y eso de la prosa se te da mucho mejor a mí ;)

Por cierto, con lo último que has dicho, lo de las relaciones, no estoy nada de acuerdo contigo. No creo que las relaciones tengan que basarse en mentiras, éstas sólo llevan a crear más haciendo que al final no sepas qué es real y qué no. Así que prefiero una relación sana, sin embustes, basada en la confianza entre dos personas que siempre se dicen las cosas a la cara, pase lo que pase.

Uff, creo que me he puesto un poco intenso.

Sigue en pie mi invitación, cuando quieras damos unas clases de surf.

¿Cuándo?

Beso,

R.

—¡Guau! —fue lo único que salió de los labios de Lucía. Tuvo que releer dos veces el correo, no podía creer que hubiera hombres que prefiriesen dejar las cosas claras a contar mentiras para no tener problemas. Este hombre era una especie en extinción.

No se bajó del coche siquiera, le dio a responder desde el móvil.

Hola, Rodrigo.

Te tomo la palabra, quiero que me enseñes a practicar surf. Hago bastante deporte, pero nunca me he planteado subirme a una tabla en mi vida.

En cuanto a lo del aire libre, en realidad, más que aire libre, lo que soy es una bucólica que adora los atardeceres frente al mar mientras la brisa y las olas avisan de que el sol desaparece para dar paso a la mágica noche... (¿Ésta es una de esas prosas malas de las que hablas que puedo hacer? Ja, ja, ja, ja.) Pero en realidad adoro el mar.

Lo que cuentas sobre las relaciones me sorprende, gratamente, he de añadir. Quizá es que mi experiencia, o mala ídem, me ha enseñado que los problemas se intentan tapar con mentiras piadosas para no dañar a la otra persona y así pasar por alto los defectos. Tal vez ha sido mi mala suerte con las relaciones la que me hace decir este tipo de cosas.

Beso,

B.

Mientras que al principio el hecho de meterse en una de estas webs para conocer hombres se le había hecho anecdótico, ahora se preguntaba qué pasaba con esa necesidad que tenía de mirar una y otra vez el correo electrónico esperando su respuesta. Tal vez era un automatismo creado por su propio cerebro que respondía a la novedad, al hecho de comenzar a conocer cosas nuevas de un completo desconocido que atraía del todo su atención. Y eso, pensó a su vez, estaba bien, porque así ocupaba su mente en otras cosas que no fueran la insistencia de su ex o el trabajo. Sí, estaba bien.

Capítulo 3

La música no paraba de sonar; se habían metido en un garito de Malasaña al ver que había un disyóquey pinchando en directo. Lucía había convencido a sus amigas para recordar viejos tiempos, cuando eran más jóvenes y se consideraban mayores. Ahora eran mayores y querían echarse unas risas viendo si el ambiente era diferente. Comenzaron en el Molly Malone's a base de cervezas irlandesas, inglesas, belgas... eso resultaba indiferente, el plan era reírse, aunque, desgraciadamente para ellas, el sitio estaba lleno de guiris.

—¿Qué queréis? —gritó Laura a pleno pulmón.

—Gintónico para mí —le respondió Nuria al lado de la barra.

—¡Otro! —gritó animada Lourdes—. Y para mi amiga —añadió mirando a Lucía—, una Mahou.

—En serio, ¿cuándo vas a dejar tu manía de tomar cerveza a todas horas cuando salimos? —le espetó Laura.

—Oye, que no siempre tomo cerveza —se defendió—. Pero depende de en qué garitos estemos y el tipo de marcha, es mejor pillar el cuello de la botella que acabar con el ginto en la camiseta. Ya verás cuando le dé el parreque a Nuria y comience a botar. ¡Ja, ja, ja, ja, ja!

—No es un parreque, bailo así, y lo hago muy bien, por cierto. —Y todas comenzaron a reír.

El disyóquey iba subiendo la intensidad de la música, del minimal pasó al breakbeat, provocando que los saltos de la gente subieran a la par. Y eran saltos, puesto que, si a aquello se le denominase bailar, Víctor Ullate ingresaría en la López Ibor de inmediato con un colapso nervioso.

Lucía sintió un golpe en la espalda que le hizo darse la vuelta para averiguar quién o qué lo había causado. Al girarse, se encontró con la mirada suplicante de un chico que pedía perdón. Parecía que sus amigos lo habían empujado a propósito para que así pudiera hablar con ella.

—Lo siento mucho. —Se acercó a su oído para disculparse mientras señalaba al grupo de amigos que tenía a su espalda—. Son un poco burros para sus cosas.

—Tranquilo, no pasa nada. Este sitio es muy pequeño —respondió a su vez mirándole directamente a los ojos. Era rubio, alto, con buen cuerpo y una sonrisa arrebatadora.

—Me gustaría poder invitarte a algo. Por las molestias causadas.

—No hace falta, en serio —le dijo de corazón.

—En realidad es que me gustaría charlar un rato contigo... —contestó timoratamente el otro.

Lourdes, que estaba ojo avizor, comenzó a hacerle caritas a Lucía. Le incitaba a que siguiera la conversación, pues el chaval estaba buenísimo. Mientras, la otra le hacía señas con la mano para que no fuera tan descarada.

—Bueno, a decir verdad —suspiró—, ¿por qué no?

—Bien; vamos a la parte de arriba y así podremos charlar un rato. Me llamo Miguel y ¿tú eres?

—Lucía. —Él le plantó un beso en cada mejilla mientras le tomaba de la mano para guiarla a la

otra planta.

Lo cierto era que antes su única forma de ligar era así, charlando. Pero llevaba tanto tiempo fuera del mercado que casi se había olvidado de lo que era coquetear con un hombre. Aunque lo que sí tenía claro era que Miguel estaba desplegando su mejor artillería para agasajarla.

—Así que eres directora de comunicación de una empresa... Debe de ser divertido —comentó desde el sofá en el que estaban sentados.

—Pues, si te digo la verdad, me parece más divertido a lo que te dedicas tú.

—¿Monitor de equitación? ¡Ja, ja, ja, ja, ja! Te estaba vacilando, en realidad soy informático. Pero si le cuentas esto a una chica, creerá que eres un freak, que lo soy, y que nunca sales de casa.

—O sea, que me has mentido para llamar mi atención. —Lucía sonrió.

—Eso es. —Sonrió de medio lado.

—Debería irme —dijo con el semblante serio.

—Eh, lo siento, no te enfades. De verdad, no pretendía...

—¿Ves? Yo también sé mentir —Lucía rio a carcajadas.

—Tremendo —dijo Miguel acercándose ligeramente a Lucía e inclinando su rostro hacia ella.

El brazo que Miguel mantenía en el respaldo del sofá pasó a acariciar ligeramente la parte superior del cuello de Lucía. Se acercó un poco más, preparándola para el siguiente paso, el beso.

Lucía no dejó de mirar sus ojos de color almendra, intensos y centrados en su boca. Vio cómo pasó su lengua ligeramente por sus labios, mojándolos antes de comenzar a sentir su cálido aliento a milímetros de ella. Lo iba a hacer, iba a besar a un desconocido que acababa de conocer en un bar. Alguien del que no sabía absolutamente nada excepto que era informático y que estaba buenísimo. Cerró los ojos para así dejarse llevar al sentir cómo sus bocas se unían en un tímido beso que no hizo más que alentar a Miguel a acercarse más a ella. Lucía se dejaba llevar por el momento, el ambiente y tal vez las copas de más. Por desgracia, en el instante en que él quiso intimar más el beso, a ella, sin quererlo, le vino de inmediato y sin saber exactamente por qué el nombre de Rodrigo a la mente, y sintió que estaba traicionándolo.

—Lo siento —dijo Lucía mientras se separaba de Miguel —. No puedo, no es que no me gustes. No puedo.

—Tranquila —respondió él—, si es por otra persona, por...

—No, no. Lo siento mucho, me tengo que ir. —Se levantó del sofá y se marchó corriendo a la planta baja. Se despidió de sus amigas y se fue directamente a casa.

En cuanto tomó el taxi, se sintió la tía más estúpida del planeta. De nuevo volvió a tener la sensación de no poder controlar esa sacudida que le recorría el cuerpo simplemente al recordar su nombre o sus correos electrónicos. ¿Se estaba volviendo loca? ¿Se estaba ilusionando por un ideal? Tampoco es que se contaran todas sus cosas, ni tan siquiera se habían visto en persona para poder valorar esas mariposas que volaban sueltas por su estómago.

Sacó de su bolso el móvil nada más entrar por la puerta de casa, eran las tres de la mañana y ya tenía tres WhatsApps de Lourdes, Laura y Nuria, por ese orden, para ver si estaba bien y si había llegado a casa. Automáticamente respondió a las tres para pasar de inmediato a leer su correo. Ahí estaba, Rodrigo, a las 22.00 horas.

Hola, Belladona.

Pon el día, yo te espero con el neopreno preparado.

Me gusta ver que pones lírica en tu vida (esto sí que ha sido intenso). Si te gusta el mar, los atardeceres y el viento en la cara, tengo el lugar perfecto para ti. Te va a encantar conocer los acantilados que hay cerca de donde vivo.

En cuanto a lo de las relaciones: no creas que porque un hombre haya traicionado tu confianza somos todos iguales. Vuelvo a

comentarte que las mentiras sólo hacen llevar tu confianza a un nivel inferior a cada minuto. Un hombre que ama a una mujer, lo ha de hacer aun a pesar de las consecuencias que le pueda traer. Yo siempre he sido así, confío y espero que confíen en mí. Soy leal, muy leal.

Lucía tecleó al instante, casi desde la puerta de su domicilio. Alcanzó a sentarse en una de las sillas del salón.

Hola, Rodrigo.

Me estás retando demasiado y al final voy a tener que ir a aprender surf, ir a ver contigo esos atardeceres que me cuentas y disfrutar del mar. En realidad me estás pintando un paisaje demasiado idílico para ser real. Sólo en las novelas de amor lo ponen todo tan perfecto. Algo malo habrá, ¿no?

Mi confianza con respecto a los hombres está en un nivel muy bajo, tremendamente bajo. Te diré más, no me fío y sé que no haciéndolo puede que me esté perdiendo un millón de cosas. Puede que, y me tiro a la piscina, seas tú el que pueda hacer que esa confianza vuelva. Aunque sólo sea por las conversaciones que mantenemos.

Buenas noches.

Ya en la cama, cerró los ojos e imaginó cómo sería un atardecer en un acantilado con la ligera brisa del verano acariciando su cara. La fuerza del mar continuaría desgastando con intensidad las piedras para así modelar los paisajes y, al caer los últimos rayos, cerrar los ojos para que quedaran los colores anaranjados del día tras sus párpados... En ese momento, una mano se posó en su antebrazo, acariciándola hasta llegar a la suya para entrelazar los dedos. Ella abrió los ojos para mirarla y ver que estaba a su lado; a contraluz sólo pudo distinguir una sonrisa de felicidad que hizo que se durmiera...

Capítulo 4

Entre correos electrónicos y sonrisas desde su pantalla del ordenador iban pasando los días, las semanas. Una tras otra, la relación entre Rodrigo y Belladona se convertía en algo más que una simple amistad virtual, si bien era ella la que mantenía las distancias a la hora de mostrar al ciento por ciento sus sentimientos; se daba cuenta de que él era mucho más abierto. Aun así, las miles de veces que le recomendó que relajara su actitud hacia el género masculino no sirvieron para casi nada. Siempre pensaba que en un momento dado la engañaría o le diría que todo había estado muy bien pero que... Y era justo ese «que» lo que la asustaba. Le asustaba tener que enfrentarse de nuevo a una relación. ¿Y si él fuera totalmente sincero? ¿No podría dejar sus miedos a un lado?

Su mirada se quedó perdida frente al cursor del ordenador de su oficina, se había quedado absorta... La puerta se abrió y el torrente Lourdes entró con una sonrisa triunfal en la cara.

—¡Le he pillado!

—¡Bien, enhorabuena! —le contestó Lucía escéptica.

—No seas prepotente, no sabes ni lo que voy a decir, pero te va a encantar.

—Oh, si es un cotilleo, ya sabes que me encantan. —Se echó atrás en la silla.

—Sí, es un cotilleo, pero te incumbe —respondió Lourdes sentándose encima de la mesa.

—Ahora sí que has logrado captar mi atención.

—Pues ese corderito que sigue «enamorado» de ti —Lucía asintió—, no lo está tanto.

—¡Qué novedad, no me lo esperaba! Esta vez a quién se ha tir...

—No, cielo, quería volver contigo porque nuestro último cliente es suyo, vamos, de su bufete de abogados, y le aseguré que estaba saliendo contigo para ganarse su confianza y así llevar él todos sus negocios.

—¡Joder! ¡Joder! Qué retorcido, qué mala persona... —Lucía se llevó las manos a la cabeza y alzó la mirada—. Menos mal que no caí, menos mal que no le di ni una oportunidad. ¿Y cómo te has enterado de todo esto?

—Pues nada, hija, es lo que tiene estar en el departamento de Marketing, al final tienes que hablar con todo el mundo. Tenías que haber visto la cara que se le quedó cuando nos encontramos en una reunión y me lo presentaron como tu prometido.

—¿Y quién lo hizo?

—El jefe; no va y me dice «seguro que os conocéis, es el prometido de Lucía». Un cuadro, un cuadro... Sobre todo cuando dije «exprometido. Hace meses que no están juntos».

—De verdad, ahora entiendo todas esas flores, mensajes, acercamientos. Nunca he sido para él más que una ficha que mover en su tablero de juego.

—No seas tan fina, hija. Sólo eras su escalón para seguir subiendo. —Dio la vuelta a la mesa, acercándose a ella, se agachó para ponerse a su nivel y la abrazó—. Y no sabes lo que me alegro de

que no dieras un paso atrás, te mereces algo mucho mejor y seguro que está a punto de llegar.

—Eso espero, Lourdes, eso espero. —La abrazó de corazón.

Aquella tarde no tenía ganas de ir al gimnasio ni de ir a casa. El sol ya comenzaba a dar con fuerza y las horas de sol se iban alargando, así que decidió ir a tomar algo a una terraza, un rato antes de encerrarse en casa. Era viernes tarde y poco o casi nada tenía que hacer; si quedaba, sería el sábado, estaba cansadísima y había decidido que, después de todas las «buenas noticias» acaecidas, lo mejor era tomarse una semana de vacaciones. Echó su cuerpo hacia atrás, apoyándose en el respaldo de la silla mientras daba un sorbo del zumo que se había pedido, sintiendo que comenzaba a relajarse. Una semana para ella sola.

Miró su teléfono y vio que tenía un correo de Rodrigo.

Hola, Belladona.

¿Qué haces?

Yo acabo de terminar todo el turno de la comida, un viernes loco, y me he ido a descansar un rato antes de ponerme a gestionar facturación. ¡¡¡¡Es genial!!!! (Se puede mascar el sarcasmo en mis palabras.)

En ocasiones creo que me volví loco al decidir tener un establecimiento de cara al público. Estoy tan cansado a veces que, cuando entro en mi despacho, no quiero salir nunca.

No es que quiera ser un poco cenizo, pero sí, hoy me toca a mí, tengo un mal día. Cansado de estar solo, cansado de no tener ayuda de nadie, cansado... sólo cansado.

Beso

R.

Lucía se dispuso a contestarle.

Hola, Rodrigo.

Me da miedo decirte dónde estoy, lo mismo vas y me odias. Estoy tomando algo en una terraza de Madrid. He salido del trabajo muy cansada y la verdad es que no me apetecía hacer NADA, con letras mayúsculas. Ni ir a casa, ni al gimnasio, ni a comprar (tengo un desierto en la nevera)...

Realmente sí te veo decaído, ¿ha pasado algo que te haga estar así? ¿Puedo ayudarte? No sé, después de llevar tanto tiempo manteniendo correspondencia, a veces siento que haces más por mí que yo por ti.

Beso,

B.

Lucía terminó de tomarse su bebida y finalmente puso rumbo a su casa.

Hola, Belladona.

Sé que no es fácil para ti. Y que, tal como tú has dicho, después de tanto tiempo escribiéndonos, éste puede ser el momento en el que tengamos que decidir si seguimos adelante o no.

Lo sé, dijimos que nada de fotografías hasta que los dos nos sintiéramos preparados. He de adelantarme a nuestro «trato», me siento preparado. Sé que siento algo muy intenso por ti y quiero seguir adelante.

Mis cartas están sobre la mesa, no hay marcha atrás.

Te envío mi fotografía y espero la tuya.

Besos,

R.

Lucía miró el mail una y otra vez. Sabía que su último correo electrónico había provocado este previsible desenlace y no quedaba más remedio que seguir adelante, como Rodrigo escribía, o ignorarlo. Su mano acariciaba el ratón instintivamente sin atreverse a hacer un doble clic encima del adjunto. Ni tan siquiera había bajado más allá con tal de no ver la fotografía del hombre con el que había pasado los últimos seis meses intercambiando mensajes.

Se levantó del sofá, caminó hasta la encimera y abrió una botella de cerveza, estaba muy nerviosa. Cogió un vaso y vertió el líquido ámbar en él. Antes de volver, le dio un buen trago y volvió a rellenarlo para dejar la botella en la cocina. Caminó de nuevo hacia el lugar donde había dejado su Mac y se armó de valor. Retomó su posición, tal y como estaba antes de servirse la cerveza. Con una mano agarró el ratón, con la otra se llevó de nuevo el vaso a la boca y decidió no pensarlo mucho más. «La vida no está hecha para los cobardes», masculló mientras llevaba el puntero hacia el adjunto. Le dio doble clic y cerró los ojos el tiempo suficiente como para hacerse a la idea de que la fotografía se había cargado en el monitor. Respiró profundamente y abrió los ojos...

«¡Dios santo! No puede ser cierto.» En la pantalla, frente a ella, se distinguía la figura de un hombre tan atractivo que era imposible que fuera de verdad.

Rodrigo, si era real, estaba buenísimo.

Contempló una y otra vez la imagen. En su imaginación él no era así, no era...

Aumentó la imagen para mirarle bien la cara; sus ojos eran de un verde oscuro intenso, sus carrillos hundidos marcaban su barbilla de manera increíble. Tenía el pelo negro, corto pero alborotado, como recién salido de la ducha, y daba igual lo que pudiera ver más, se había quedado prendada de aquella fotografía.

Ahora lo peor estaba por venir, se suponía que debía corresponderle.

—¿Qué foto le mando? —se preguntó. No, nunca, ni loca. No lo haría. Después de haber visto su foto, ni de broma le enviaría una propia—. No, demasiado guapo para mí...

Dio otro trago al vaso. Miró el reloj, las 23.12 de la noche. Casi mejor sería terminar la bebida e irse a dormir.

Era viernes noche, se recordó, y mañana comenzaría una larga semana de vacaciones en la que no tenía planes. Se acabó la cerveza, miró el ordenador y, haciendo un gran esfuerzo, lo apagó.

Encomendándose a Escarlata O'Hara, se dijo: «Después de todo, mañana será otro día».

Dijo eso muy fácilmente, pero se dio cuenta de que tenía un problema. Uno muy grande, tal vez demasiado. ¿Y si no fuera él? ¿Y si todo era una mentira? ¿Y si hubiese enviado una fotografía que no era la suya?

Internet era un nido de embustes, de falsas apariencias y de lugares donde modelar la realidad. Pero ¿acaso ella no había contado realmente cómo era? ¿No le había abierto su corazón a una pantalla sin saber quién había detrás? Tenía que averiguar si era real, si de verdad Rodrigo era quien decía ser: un hombre sencillo que había dejado atrás su vida anterior para marcharse a vivir de una manera más simple.

Decidido, mañana por la mañana tomaría su coche y se marcharía a Cortiguera. Se alojaría en su posada rural e intentaría averiguar todo lo que pudiera sobre él, pues seguía sin creerse que existiera un hombre así, tan... irreal.

Como si de una visión se tratara, como si hubiera visto la «verdad» en el momento que tomó la decisión, el sueño venció y Morfeo la acompañó.

Capítulo 5

A la mañana siguiente sus ojos se abrieron sabiendo que podría darse la vuelta, seguir durmiendo y olvidarse de todo. Tenía por delante un montón de días para dejar de lado el mundo... pero inmediatamente, como un mazazo, la imagen de Rodrigo se posó en su mente. Se desperezó; sabía que ése podía ser el primer día de su nueva vida. O quizá el fin de ella.

No lo pensó más: puso en su maleta un montón de ropa, zapatos, maquillaje y ropa interior. Un té con leche, una tostada, ducha y, después de ponerse unos vaqueros, unas sandalias y una camiseta con una calavera impresa, cogió su chaqueta, la maleta y las llaves de su coche. ¿Quién sabía si iba a meterse en la boca del lobo? Pero ¿y si todo lo que había leído de ese hombre durante seis meses era mentira? ¿Y si se estaba burlando de ella? ¿No era mejor coger el toro por los cuernos e ir a ver si era verdad? Bueno, sí, de acuerdo, había un ligero detalle que quizá había pasado por alto, el hecho de que estaba evitando enviar una foto suya.

Era mayorcita, sabía que toda acción tenía una reacción y esperaba que la suya fuera buena.

Activó la alarma, cerró la puerta y llamó al ascensor. La aventura comenzaba. Apostó todo al ganador, nunca jugaba si la apuesta no era segura. Su trabajo así lo exigía y, por una vez en su vida privada, apostaba por saber si él era el hombre de su vida o un fake.

Una mañana perfecta, un sol magnífico y la convicción de que todo iba a marchar sobre ruedas. Lucía siempre ganaba y esta vez no iba a ser menos... o eso es con lo que quería convencerse, pues, a cada kilómetro que recorría, la pequeña lazada que se estableció en su estómago se convertía en una maroma con nudo marinero. Tenía miedo de que su tan loado plan, aplaudido por ella misma y nadie más, se viniera abajo por momentos. Quizá no había sido tan buena idea apuntarse a una de esas webs de contactos.

Sus amigas ya se lo advirtieron, esos sitios suelen ser un hervidero de mentiras, un lugar donde los tíos no paran de engañar con tal de obtener un polvo fácil.

Para ella era diferente, sólo quería encontrar un lugar donde mostrar su verdadero yo, donde no tenía que ser la directora de comunicación perfecta, con el peinado perfecto, la vestimenta ideal y la actitud adecuada para no dejarse avasallar.

Estaba cansada de estereotipos, de guapos con traje que por la noche se convertían en auténticos imbéciles de diccionario. Exactamente igual que su exnovio Gonzalo, el que fuera su hombre perfecto. Corte de pelo años cuarenta, exquisito vestuario, ojos marrones con larguísimas pestañas, cuerpo de nadador, coche, casa, dinero y una polla demasiado hambrienta para ser de una sola mujer. Pasado el tiempo, finalmente abrió los ojos para dar paso a una sensación descorazonadora: una pérdida de tiempo en su corazón, una punzada más para cerrar la puerta a todo atisbo de felicidad.

Pero ahora era todo o nada. En realidad sabía que estaba cometiendo una locura, pero la verdad era que en este instante le daba bastante igual. Era como si todo se hubiera convertido en un

torbellino donde su vida no tenía sentido y las palabras más sinceras que había recibido fueran a través de un servicio de mensajería.

Sonó el teléfono de la empresa. Miró y vio que era un mensaje de correo electrónico de Rodrigo...

No quiso leerlo. Primero, porque estaba conduciendo. Segundo, porque seguro que, si lo hacía, se sentiría mal por no haber enviado ni contestación, ni foto, ni comentario.

Lo ignoró y subió la música que sonaba por los altavoces de su Eos descapotable, el español Dj Herbie... un gran descubrimiento.

En cuanto vio el cartel en el que se daba la bienvenida a Cortiguera, supo que debía parar a leer el correo que había recibido. Algo le decía que no estaba bien ignorarlo, aun a pesar de que no estaba convencida de que todo lo que sabía de él fuera verdadero.

Hola, Belladona.

Como me temía, no hubo respuesta por tu parte a mi último mensaje.

Entiendo que no sea lo que anhelabas. Por lo menos tengo la esperanza de que sigamos siendo amigos.

Te envío mi teléfono móvil para, si lo deseas, mandarnos algún mensaje.

Un beso,

Rodri.

Lucía se quedó mirando el teléfono. Aun sin mucho convencimiento, quiso continuar con este extraño juego que había inventado en solitario comenzando a teclear un correo desde el arcén, en la entrada al pueblo.

Querido Rodrigo,

Disculpa que no te contestara antes, me llamaron a última hora y estoy de viaje de trabajo. No te comenté nada porque no me dio tiempo... estoy en Valladolid.

He recibido tu mail y, sí, fue una sorpresa ver tu fotografía. No te imaginaba así, no preguntes el porqué. No es nada malo.

Me ha sorprendido mucho tu imagen. Tus mensajes son demasiado dulces para encontrarme a un hombre tan moreno y varonil; eso no quiere decir que sea malo, sino más bien lo contrario.

Me has pillado un poco fuera de juego, no puedo enviarte ninguna fotografía mía en este momento, pero te prometo que lo haré.

Me has gustado mucho.

Besos,

Belladona.

Escribió lo primero que le vino a la cabeza, consciente de que su contestación había sido algo impersonal.

Dejó de nuevo el móvil en el asiento del copiloto y continuó su camino hacia la posada rural que él regentaba. Tenía la esperanza de encontrar alguna habitación libre.

Un par de vueltas por el pueblo y finalmente llegó a las puertas de la casa. Estaba a las afueras, pero tenía una gran entrada. Puso su coche dentro del parking y sintió una punzada. Estaba asustada; por primera vez comenzó a darse cuenta de que se estaba metiendo en la boca del lobo... Un lobo muy atractivo, pero... si se detenía a pensar un rato más, daría la vuelta y regresaría por el mismo camino por el que había venido.

Bajó, cogió la maleta y se dispuso a entrar por la puerta con paso decidido. «No lo pienses, no lo pienses, no lo pien...»

—Hola, ¿en qué puedo ayudarla? —La voz de una mujer hizo que despertara de su ensoñación.

—Eh... Esto, sí... ¿Quisiera una habitación? —Miró fijamente a aquella morena de pelo largo y rizado.

—¿Tenía reserva? —preguntó ojeando un libro.

—No, tenía la esperanza de ...

—Uff —Levantó la vista de entre las hojas y la miró a los ojos—. Pues ha tenido suerte, sólo queda una. No es muy grande, la usamos sólo en ocasiones. Si no le importa dormir en una bohardilla...

Lucía respiró con determinación. Había estado muy cerca...

—No, no hay problema. He venido a desconectar unos días. La habitación es lo menos importante.

—Perfecto entonces. ¿Le importa ir sola? Es que en este instante estoy esperando a más huéspedes y estoy sola en recepción.

—No, no hay problema. —Ésta era la suya—. ¿Trabaja más gente aquí?

—Sí. Rodrigo y yo somos los dueños de la casa rural.

—Ah, qué bien. —Había dicho ¿dueños? Él siempre le había dicho que la casa era suya, que un día lo dejó todo en Madrid y se marchó a vivir una vida más tranquila. Primera mentira...

—Su habitación está subiendo la escalera de allí atrás —la señaló a su espalda—. Es la que se llama «Violeta»; cada una de ellas tiene el nombre de una flor. Eso sí, aunque pequeña, las vistas son muy bonitas. Hay dos ventanas que dan cada una a un lado, así que por una verá el río Saja y, por el otro lado, de lejos, la ría de San Martín de la Arena. Le gustará. —Extendió una mano y le dio un papel—. Tome los horarios de desayuno, comidas y «tratos especiales».

—¿Tratos especiales? —preguntó curiosa.

—Desayunos en la habitación, botellas de cava, masajes, clases de surf... ya sabe —respondió con media sonrisa sincera.

—Ah, ya entiendo. —Tomó lo que le ofreció—. Bueno, como estaré unos días, ya veré si podemos hacer algo interesante.

—Perfecto. Mi nombre es Dulce, si me deja su DNI, iré haciendo el check in y, cuando baje o salga, o lo desee, se lo entrego todo.

Sacó del bolso el monedero y le dio la documentación. Ella, a su vez, le entregó la llave y le recordó que podía pedirle lo que necesitara.

Iba cabizbaja pensando en la primera de las mentiras que ya había detectado. La casa no era de Rodrigo, era de Rodrigo y Dulce. Una mujer de pelo moreno rizado con unos ojos preciosos... seguro que era su mujer.

Mira que no quería dar la razón a sus amigas, pero al final iba a resultar la típica historia, otra más para su desgraciada vida con los hombres. Chico que se aburre y comienza a buscar algo por Internet, entiéndase «algo» como relación con un tercero, resulta que encuentra a la víctima perfecta, Lucía, y ésta cae en sus redes. El resultado perfecto para él sería un polvo rápido, un enganche por parte de la chica y sin problemas...

Menos mal que lo había descubierto pronto.

La lástima era que hubiera perdido tanto tiempo conduciendo hasta aquí. Una verdadera pena, podría haber sido de otra manera. Pero se dejó llevar por un atisbo de positividad: relax en el campo. No es tan malo...

—¡Mierda! Soy gilipollas. —Se enfadó consigo misma de inmediato—. Si es que me lo merezco... No aprendo. Me hago la dura y, al final, siempre tengo la esperanza de que sea algo diferente. En cuanto se lo cuente a Lourdes, me va a mandar a freír espárragos. Fijo.

Metió la llave en la cerradura y abrió enfadada la puerta. No paraba de autocompadecerse por ser tan tonta y crédula. Sí, iba de mujer fuerte, autosuficiente, pero odiaba sentirse engañada y más

cuando ella se lo había creído. ¿De verdad se sentía tan necesitada de cariño? ¿Necesitaba sentirse amada con tanta desesperación? ¿O lo que quería era comprobar que no todos eran como su ex?

Ni tan siquiera se dio cuenta de lo bonita que era la habitación. Las paredes eran de ladrillo vista, y había una cama en el centro con una colcha blanca inmaculada. El cabecero era de hierro forjado y las cortinas, de un color azul cielo. A un lado de la cama había una mesita con una lámpara y al otro, una mesilla con un cajón. A los pies del lecho descansaba un arcón a modo de reposapiés y en la pared de enfrente, un espejo de cuerpo entero.

Paseó furiosa directa al armario, lo abrió, dejó la maleta y se sentó de golpe encima de la cama mientras se llevaba las manos a la cabeza. Tenía que pensar, tenía que decidir qué iba a hacer...

De un salto se puso de pie, abrió de nuevo el armario, sacó su neceser y pensó que darse una ducha le ayudaría a refrescar su mente.

Vestida sólo con el tanga, abrió la puerta del...

—¡Demonios! —gritó instantáneamente al ver a un hombre desnudo en su baño.

—¡Mierda! —Aquel hombre se puso instintivamente la mano en los genitales.

—¡Qué hace en mi cuarto de baño! —continuó gritando sin darse cuenta de su propia semidesnudez.

—Yo... yo... Lo siento, no pensaba que la habitación se hubiera reservado.

Lucía estaba tan ofuscada que tardó un momento en darse cuenta de que era Rodrigo quien estaba frente a ella, desnudo, en su baño y con una mano tapando sus «joyas de la corona». Ella no estaba en demasiadas mejores condiciones, sólo llevaba puesto un tanga.

Lo repasó de arriba abajo. Hacía mucho tiempo que no veía a un tío tan bueno. Los abdominales se le marcaban sin complejos. Y los oblicuos...

Lucía regresó a la tierra y sin volver a decir palabra cerró la puerta del baño de golpe, lanzándose a por la ropa que había dejado en la cama. Se puso los pantalones y la camiseta a la velocidad de la luz, y se sentó en la cama mientras esperaba a que Rodrigo saliera. ¿Pero qué era lo que tenía con los baños? Al final esto se convertiría en una maldición, y no volvería a acercarse a uno en años.

Cerró los ojos y su cuerpo desnudo no dejaba de aparecérselle una y otra vez. Pelo mojado, algunas gotas de agua por su pecho y... ¡joder!, estaba buenísimo. Se dispuso a respirar con tranquilidad cuando la puerta del baño volvió a abrirse lentamente, casi con miedo. Vestido con unos vaqueros, camiseta gris y unas deportivas, apareció él con una semisonrisa preocupada. En una mano llevaba una bolsa con algo que parecía un traje de neopreno y toallas sucias.

—Lo siento —se disculpó.

—Más lo siento yo —dijo Lucía—. Creo que he envejecido unos diez años por este susto. Espero que esto tenga una explicación, y coherente.

—Sí, bueno... —Él miró el suelo—. Soy el dueño de la posada. —Levantó los ojos—. Disculpa, me llamo Rodrigo. —Le tendió la mano mientras ella le respondía a su vez.

—Yo Lucía, ¿y bien? —dijo seria.

—En resumen. Esta mañana he ido a hacer surf; al llegar, la caldera de la zona en la que vivo se había vuelto a estropear. La habitación no estaba reservada y bueno... lo demás ya lo has visto.

—Sí, lo he visto bastante bien. —Se sonrojó al darse cuenta de sus palabras—. Aunque creo que ha sido mutuo.

El rio abiertamente al escuchar el tono con el que lo había dicho.

—Me gustaría compensarte el disgusto que te has llevado de alguna manera.

Lucía pensó para sí «te aseguro que no ha sido ningún disgusto».

—No me gustaría parecer muy desagradable, pero, con que me limpies el baño —sonrió—, me conformo.

—Eso no es necesario que lo pidas, pero —miró el reloj, preocupado—, ¿cuántos días te vas a quedar?

—Me gustaría quedarme una semana.

—Perfecto. Me tengo que ir de inmediato. Va a llegar más gente y tengo a Dulce sola en la recepción. Prometo no olvidarme de ti. —Sonrió abiertamente enseñando su blanca dentadura.

Rodrigo metió la mano en el bolsillo para sacar un móvil; marcó un número.

—María, necesito que me limpies urgentemente el baño de una habitación. La he liado —se rio a carcajadas haciendo que Lucía lo mirara más que intrigada—, sí, como siempre. Gracias, cielo. —Guardó el teléfono en el bolsillo—. Ahora vienen a limpiar el baño, me tengo que ir pero, repito, no me olvidaré de ti.

Salió de la habitación casi corriendo. Lucía no pudo ni decirle un simple adiós, sólo podía repetirse el «no me olvidaré de ti». Pero ¿no se había quedado aquí para averiguar quién era él? ¿Quién era esa Dulce? ¿Por qué no se iba?

Sabía perfectamente por qué no regresaba a su coche y se marchaba: Rodrigo le había sonreído y se había quedado prendada... Despertó de golpe, una llamada a la puerta le hizo darse cuenta de que seguía de pie y mirando el baño.

Abrió la puerta y encontró a una mujer pertrechada para dejar como una patena lo que hiciera falta.

—Buenos días, señorita —saludó la mujer mayor—. Vengo a limpiar el baño.

—Usted debe ser María. ¿Verdad? —Lucía no iba a dejar escapar esta oportunidad para obtener información.

—Sí, señorita —respondió entrando en la habitación—. Y me temo que usted debe ser la afectada por una de las meteduras de Rodrigo.

—En realidad me lo he encontrado en el baño cuando iba a entrar yo.

—¡Mira que le dije que arreglara la caldera de su apartamento! Pero él, ni caso, se levanta al alba para ir a la playa de Los Locos a hacer surf y luego... —Bien, en lo del surf no la había engañado.

—¿Trabaja con él desde hace mucho tiempo? —Ella continuó con su tercer grado particular.

—Pues llevo aquí desde hace tres años, cuando abrió. —Se metió en el baño y comenzó a trabajar con rapidez—. Es buena gente —le hizo una seña para que Lucía se acercase, como si fuera a contarle un secreto—, pero de vez en cuando le coge una murria que no es normal desde hace unos meses, como si echara de menos a alguien.

—¿Murria? —preguntó.

—Es como decimos por aquí tristeza.

La siguiente pregunta era la pregunta, la que despejaría todas sus dudas.

—¿Y él trabaja sólo o su mujer le ayuda mucho?

—¿Dulce? —Lucía asintió con fuerza—. No me gusta la chica —le sorprendió la facilidad con la que le confesó su parecer—, desde que está aquí...

El teléfono móvil de María comenzó a sonar y locogió mientras recogía sus herramientas de trabajo. Habló un momento y se dirigió hacia la puerta. Separó un segundo el móvil de su oído y se despidió de Lucía con un susurro.

—Me tengo que ir, un problemilla. Ya nos veremos...

Y desapareció pasillo adelante para bajar las escaleras casi corriendo.

Después de, finalmente, darse una ducha y colocar un poco sus cosas en la habitación, se decidió a echar un vistazo por las ventanas para ver el paisaje. Era cierto, las vistas podían considerarse un lujo. El agua, el verde y el azul del cielo consiguieron que por primera vez en mucho tiempo se sintiera relajada. Miró hacia el horizonte y vio algo que le hizo darse cuenta de que era capaz de disfrutar de lo que pudiera venir en el día... Cogió el teléfono y abrió el WhatsApp. Escribió «Hola Rodrigo, soy Belladona...» y le dio a enviar. Guardó el móvil en el bolso y, tras ponerse el bikini para tomar el sol, bajó a la piscina.

Sentada en una de las tumbonas, oyó el sonido del móvil al recibir un mensaje; lo sacó sabiendo que sería la respuesta de Rodrigo: «¡Hola! ¡Tenía miedo a que no respondieras! ¿Sigues en Valladolid?»

«Sí, ahora mismo estoy en una reunión con un cliente. Me están volviendo loca con sus peticiones para la campaña.»

—Hola —oyó la voz de Rodrigo a su lado—. ¿Escribiendo a algún chico?

Lucía dio un brinco en la hamaca y guardó inmediatamente el teléfono en el bolso.

—Ah, hola. No te oí llegar.

—Me he dado cuenta. Ya van dos sustos, voy a tener que compensarte con creces. —Se lo quedó mirando cuando su teléfono sonó—. Un momento —le pidió a Lucía.

Rodrigo vio el nombre de Belladona en la pantalla y sintió un pinchazo en el estómago. Tenía que contestarle, así que escribió rápidamente: «¿Me contarás luego qué tal? Me apetece que me digas cómo va todo, hablar un rato...». Le dio a enviar y continuó con Lucía.

—Perdona, era una cosa de trabajo.

—No te preocupes —En ese instante sonó un mensaje en el suyo. Lucía lo ignoró a propósito, sabía que era él. Esto se estaba volviendo un poco raro—, el trabajo es lo primero.

—Bueno, no siempre, a veces hay que descansar. —La miró intensamente—. Y hablando de descansar, ¿quieres tomar algo? Es casi la una y media y no sé si te apetece algo.

—¿Servís bebidas en la piscina?

—¡Claro! ¿Qué te traigo?

—Pues, si tienes, ¿me traes una cerveza helada?

—Chica de gustos sencillos, me gusta...

De nuevo, no le dio tiempo a responder algo ingenioso. Se había ido a buscarle la bebida. Debía ser especialidad de la casa eso de dejarle a uno con la palabra en la boca. Aprovechó para abrir el WhatsApp y responder: «Sí, hablamos luego. Repito, me encantó verte. Eres muy atractivo». Lo mandó.

Se relajó un momento en la tumbona esperando de nuevo a Rodrigo. Éste se acercó al poco tiempo; caminaba despacio. Se había cambiado de ropa, ahora llevaba unos pantalones negros y una camiseta blanca ceñida al pecho. Cerraba un poco los ojos mientras se acercaba a ella, pues el sol era muy fuerte.

—Aquí tienes, tu cerveza helada y algo para picar. —Lucía miró la marca curiosa.

—No conozco esta marca.

—Es una de la zona, Dougall's. Bueno, en realidad es de un inglés que se afincó hace más de quince años en Cantabria y hace una cerveza muy buena en Liérganes.

—Genial. Soy una mujer a la que le gusta probar cosas nuevas.

—Ah, te gustan las cosas nuevas. —No preguntaba, asentía—. Eso siempre es interesante.

—Sí. —Se bajó las gafas de sol—. Soy muy muy muy atrevida. —Estaba coqueteando con él. Sin vergüenza. Quería ver hasta dónde podía llegar.

—Me gusta. —Volvió a dejar a la vista sus blancos dientes—. Tengo que ir a preparar las mesas para la comida. ¿Quieres que te guarde una?

—Sí, por favor. Resérvame una mesa para las tres de la tarde. Quiero aprovechar el sol...

—Seguro que, estando tú aquí, le haces competencia.

—¿Intentando ligar conmigo?

—Intentando compensar mis dos sustos. Por eso quiero invitarte a cenar esta noche.

—¿Y qué va a pensar tu novia?

—Mi ¿qué? —Lucía sonrió como si hubiera dado en el clavo—. ¿Dulce? —Cambió el rictus de su rostro—. No es mi novia y me da igual lo que haya dicho...

—Tranquilo —le intentó hablar con un tono de voz suave—, nadie me ha dicho nada. Pero, al entrar, me comentó que la posada era vuestra...

—¡Esa...! —respiró hondo un par de veces y volvió a relajar su cara—. Bien, te reservo una mesa con bonitas vistas. Y esta noche te paso a buscar por tu habitación a las ocho... No acepto un no por respuesta, por favor.

—¿Tengo opción? —Rodrigo sonrió de oreja a oreja.

—Hasta las ocho —se despidió, dejando a Lucía con su cerveza y un millón de cosas en la cabeza.

Miró de nuevo su teléfono, tenía tres llamadas perdidas, dos de Lourdes y una de Laura. Llamó primero a la más insistente.

—Lourdes, hola. ¿Qué querías?

—Pues quedar contigo para salir esta noche, ¿para qué voy a querer hablar contigo?

—Oh, gracias. Pensé que, como somos amigas, sólo querías charlar.

—Oye, de verdad, ¿a ti te pagan en algún lado por ese humor absurdo que tienes?

—¿Y a ti por ser tan seca siempre, hija? Qué borde eres cuando quieres.

—Anda... A ver, pues eso. Que inauguran la temporada de verano en las terrazas de los hoteles de Madrid y tengo invitaciones con copas en un par. Laura se apunta, Nuria no está, se ha ido de fin de semana... Una historia larga, ya te contaré.

—Pero no pasa nada, ¿no?

—Qué va... un chico... —Se oyó una ligera risa malévol—. Bueno, te puntas, ¿no?

—No. No estoy en Madrid.

—¿Cómo que no estás en Madrid! ¿Cuándo te has ido y adónde?

—Estoy en Cantabria. Esta mañana he venido a la posada de Rodrigo, pasaré aquí toda la semana.

—¿Toda la semana? ¡Hostia! Al final os habéis decidido a conoceros. ¿Está bueno? Nena, mucha suerte.

—No está bueno, está tremendo. Es guapo, guapísimo, y tiene una sonrisa... —Se sonrojó al recordar su primer encontronazo—. Y, ¿sabes?, le he visto en pelotas.

—Nena, lo tuyo no es perder el tiempo. —Oyó una carcajada al otro lado.

—No te confundas, ha sido mucho más cómico. Me han dado una habitación y, cuando he entrado en el baño para ducharme, él estaba dentro, secándose.

—Guapa, ¡pero qué tienes tú con los baños! —Seguía riendo.

—¡Y yo qué sé! —Continuaba riéndose a su vez.

—Me alegro de que te hayas decidido a lanzarte, que os hayáis conocido en persona y os gustéis.

—Bueno, hay un pequeño detalle. En realidad, él no sabe que soy yo quien ha venido. Piensa que soy Lucía, una clienta más, no Belladona.

—¿En serio? Lucía, de verdad...

—Lo sé, lo sé. Pero tenía miedo a que el tipo que me había enviado la foto fuera un fake, fuera mentira o estuviera vacilándome.

—Pues ahora que estás allí, dile la verdad. No la cagues.

—No puedo, aún tengo que ver si es lo que dice ser.

—Vas a cagarla y mucho, Lucía.

—No tiene por qué, si lo manejo bien. —En el fondo se intentaba autoconvencer.

—Toda mentira es pillada, ¿te suena? —le respondió Lourdes con voz queda.

Aquella conversación, aunque la afectó, no cambió su «estrategia» para conocer a Rodrigo, a quien no volvió a ver, ni siquiera a las tres de la tarde, cuando, después de una maratónica sesión de sol que hizo que su hambre despertase, fue al comedor. Por ello comió algo rápido y se marchó a su habitación para intentar echar una cabezada.

Se tumbó en la cama y sonó el teléfono móvil. Lo cogió y de nuevo era un WhatsApp de Rodrigo: «¿Terminaste la reunión?» preguntaba. Miró la pantalla una y otra vez. Se sentía algo más que extraña, puesto que, aunque estaba jugando sucio con él, sentía que, en cierto modo, él también lo hacía con ella. O, en realidad, con Belladona, aquella que no quería enviarle ni una fotografía ni nada de nada que pudiera estropear la misión que se proponía. Por lo tanto, ¿por qué tenía que sentir que estaba engañándola si ella misma había puesto un muro? ¿Tal vez si enviara una foto suya cortada?

Arrancó a escribir: «Hola, ya he terminado y estoy en la habitación del hotel. Estoy cansadísima, llevo desde las ocho de la mañana haciendo cosas. Sé que no te he enviado una fotografía mía, pero aún me da cierto reparo, aun a pesar de que me enviaras la tuya».

Mientras esperaba, buscó dentro de su Phablet una fotografía antigua. Una que se hizo antes del tatuaje, cosa que él no sabía que tenía y que podría proporcionarle algo de ventaja.

La encontró: estaba en el gimnasio, era una de esas selfies que se hizo una vez para enviársela a Lourdes, su amiga de toda la vida, burlándose de su pereza mientras ella estaba haciendo deporte.

De nuevo respuesta de él: «Aunque no me parece justo, lo entiendo. Puedo comprender que aún tengas reparos, pero después de tanto tiempo escribiéndonos, ¿no crees que nos merecemos una oportunidad?»

Lucía miró la pantalla boquiabierta. ¿Una oportunidad? Pero si estaba ligando con ella desde el momento que lo encontró desnudo. Un calor intenso subió por su estómago al recordar esa imagen.

«De acuerdo. No te la enviaré aún de mi cara. Pero sí una de cuerpo entero.»

Lanzó tanto el texto como la imagen.

No tardó en recibir un: «¡Guau! En serio, tienes mucho mejor cuerpo del que esperaba. A ver, perdón. No es que esperara a una mujer fea, pero, de verdad, no te creí cuando dijiste que hacías deporte. Eso lo dicen muchas y al final no mueven el culo de la silla».

Lucía soltó una carcajada en la habitación por el comentario: «Pues sí, era verdad todo lo que te conté. Es la única manera de desconectar de mi trabajo».

«Espero que la próxima fotografía sea de cuerpo entero, con cara incluida. En serio, me apetece mucho conocerte.»

«¿Seguro? A ver si vas a ser uno de esos que anda ligando con cualquiera...» Veamos qué responde a esto.

«No soy célibe; bueno, en realidad bien sabes que no ejerzo desde hace tiempo. Pero, oye, tengo ojos y si tú no me quieres mirar...»

«Será descarado», pensó ella. Contestó: «Yo sí te miro y, desde que me enviaste la foto, muchas más veces. Pero también me gusta saber que eres sincero». Bien, de momento había sabido torear esa respuesta. No había dicho que sí, pero tampoco se había negado.

«Bien, admites finalmente y sin tapujos que te gusto.»

«Sí, o por lo menos el tío de la fotografía.»

«Oye, no dudes ni por un segundo que soy yo.»

«Perfecto, entonces.»

«¿Podré escuchar tu voz algún día? ¿Puedo llamarte?»

«Romeo, no vayas tan rápido. Deja que sea yo la que tome las decisiones.»

«¿Tomar tú las decisiones? Creo que eres una mandona.»

«Y en todos los sentidos.»

«Belladona, ¿en todos los sentidos? No me digas esas cosas que me voy a imaginar lo que no quiero y me ruborizaré.»

Lucía sabía que ése era el momento de subir revoluciones o dejar pasar el mensaje. Pero no podía más que apretar el acelerador: «Imagina lo que quieras. Soy muy mandona, de las que les gusta llevar siempre las riendas.»

«Uff. Me parece que vamos a tener un problema.»

«¿Problema?»

«Soy igual que tú.»

«Guerra horizontal.»

«O vertical», terminó él diciendo.

Lucía de nuevo miró el teclado sin saber qué contestar.

«Bella, voy a tener que dejarte. Sé que es un interruptus, pero los deberes me llaman. ¿Nos leemos luego?»

«Ok. Adiós ;)»

«Beso.»

Se quedó mirando el teléfono, releyendo la conversación un par de veces intentando descubrir cuáles eran exactamente sus sentimientos hacia Rodrigo. Durante los meses que habían estado conociéndose a través de mail, había descubierto que era un hombre de convicciones muy fuertes. Le gustaba el deporte, la sinceridad y procurar que las cosas siempre fueran claras. Por otro lado, ella le había contado casi todo sobre su vida. Su exnovio, su trabajo, sus anhelos y por qué se decidió a buscar por Internet una posibilidad. Ahora, el problema que se le planteaba era el siguiente: si a Rodrigo-mail le había contado toda su verdad, ¿qué es lo que le contaría al otro ahora? Lo que tenía claro era que no quería mentirle; podía maquillar un poco la verdad y rellenar los vacíos que no llegó a comentar con él vía correo electrónico. Sí, eso es lo que tenía que hacer. Rellenar esos incómodos huecos.

Puso la alarma a las 19.00 horas, tiempo más que de sobra para vestirse.

Cayó rendida entre los brazos de Morfeo, demasiadas emociones...

Abrió los ojos poco antes de que el despertador sonara; se sintió más cansada que antes de dormir. Casi podría no haber despertado y que al día siguiente todo volviera a comenzar. Pero el sonido suave del arpa de su móvil le dio la señal precisa para contar los minutos que le quedaban para que Rodrigo llamara a su puerta y la llevara a cenar. Lo que no tenía muy claro era el tipo de sitio donde irían. ¿Formal? ¿Informal? Se desperezó y puso los pies en el suelo para dirigirse a su

armario. Miró despacio, sin saber exactamente qué ponerse. Finalmente se decidió por un vestido corto con vuelo. Encaje rojo y un delgado cinturón dorado. Se pondría unas sandalias del mismo color que el cinturón para no darle tanta importancia al vestido.

Se dejó el pelo suelto, liso, se maquilló y miró el reloj. Le quedaban quince minutos. Suficiente para ponerse el vestido, los zapatos y meter algunas cosas en el bolso de mano.

Miró por última vez cómo iba en el espejo completo de la habitación y se dio un aprobado. Claro, lo que no sabía era si iba demasiado arreglada, ya que desconocía si la llevaría a tomar unas rabas al bar del pueblo de al lado o a una taberna de los valles pasiegos. Estaba pensando en quitarse el vestido y ponerse uno de flores menos comprometido cuando llamaron a la puerta.

Ya no había tiempo. Tenía que abrir y se sentía como una colegiala en una primera cita.

¿Pero qué le pasaba? Respiró y abrió con todo ya en la mano.

—Hola —le dijo un Rodrigo impecablemente vestido con unos pantalones azul cielo y camisa azul oscura remangada hasta mitad de los antebrazos.

«¿Pero qué manía tenía este hombre con llevar camisas ajustadas al cuerpo?», pensó Lucía...

—Hola. Veo que eres un hombre puntual —dijo nerviosa.

—Llevo cinco minutos escuchado tus pasos de un lado para el otro y mirando el reloj. Por cierto, estás muy guapa.

—Tú también.

—Gracias por lo de guapa. —Lucía soltó una carcajada.

—Creo que me has entendido —le respondió ella.

—¿Nos vamos? —Le ofreció el brazo y ella lo tomó sin reparos, para luego cerrar la puerta a su espalda.

—¿Dejo la llave en recepción?

—No hace falta, te vas con el dueño.

Llegaron a la entrada y él le pidió que esperara un momento, iba a por el coche.

Respiró un segundo el aroma que había dejado, olía de maravilla, Terre de Hermès; podría haberla reconocido en cualquier lado.

Se estaba sorprendiendo por los gustos tan interesantes que tenía Rodrigo. Siempre le había dicho que era un tipo de gustos sencillos, pero tanto el corte de sus pantalones como la camisa y el perfume le indicaban lo contrario.

—¿Perdona? —Oyó la voz de Dulce—. Eres tú con la que tiene la cita esta noche Rodrigo. Puedo ver que no has perdido el tiempo.

—¿Es a mí? —Lucía miró a aquella mujer.

—Claro, no va a ser a mi abuela, que no está aquí. —Se acercó intentando intimidarla aun a pesar de ser unos centímetros más baja que ella—. Que no se te olvide una cosa: haga lo que haga, siempre regresará a mí. Y esta noche seré yo quien caliente su cama...

—¡Dulce! —se oyó desde la puerta—, deja a la huésped en paz.

—¡Ah! Ahora es una huésped, no la tía a la que te quieres foll... —Agarró su brazo, separándola de Lucía de inmediato.

—Cállate —le ordenó en un susurro contenido—. Déjala en paz y vete. Da gracias a que aún estás aquí.

Dulce se sacudió de su agarre y se fue corriendo por el fondo del pasillo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Lucía enfadada.

—Siento que tuvieras que presenciar este espectáculo.

—Mira, mejor será que me vaya a mi habitación o a cenar sola a algún sitio, no sea que me

envenenen la comida. —Se giró para irse—. No quiero meterme en medio de una pareja, ¿ni de coña!

—No es mi pareja —respondió en un tono muy serio—. No es nada mío. Ya no.

—¿Cómo que ya no? —llamó de nuevo su atención.

Una pareja de treintañeros se acercó a la recepción e inmediatamente Dulce salió a atenderlos.

—Por favor, déjame invitarte a cenar y te lo contaré todo.

Con tal de no estar en el mismo lugar que aquella mujer, aceptó salir por la puerta y subirse al todoterreno, bastante sucio y lleno de trastos para hacer surf, que imaginó era suyo.

Ya con el coche en marcha, Lucía no abrió la boca hasta que él fue el primero en hacerlo.

—Lo siento. —Rodrigo suspiró—. Siento que tuvieras que presenciar esa escena, no era mi intención.

—Me lo imagino —contestó Lucía sin saber dónde meterse—. Ya te digo yo que tampoco lo era mía. Vamos, te lo aseguro. No me van las escenas de celos.

—No tiene por qué tener celos.

—Bien, perfecto. Y no ha de tener celos porque ella es, por lo tanto... —Dejó una pregunta en el aire mientras le miraba conducir esperando una respuesta.

—Por lo tanto, ella es mi exmujer.

—¡Joder! —exclamó sin darse cuenta. Rodrigo-mail no le había dicho nada de que hubiera estado casado—. Lo siento, continúa...

—No hay mucho que contar. Nos casamos al poco de conocernos y nos divorciamos al poco de casarnos. Fue algo tormentoso e impulsivo, y si está trabajando conmigo es porque, en cierto modo, me siento en deuda con ella. Lo dejó todo para venirse a vivir a un pueblo pequeño, dejó un trabajo muy importante y no puedo echarla.

—¿Y no te afecta en tu vida personal?

—¿Si te digo que eres la primera chica con la que salgo desde hace casi un año?

—No me lo creo —respondió comedida asimilando toda la información que tenía en ese momento.

—Pues créelo, mi problema es que me siento demasiado culpable para dejarla en la calle.

Lucía no sabía si entrar o no en esta conversación. Lo cierto era que, en la información que tenía de él, lo de la ex y el tema éste no aparecían por ningún lado. Pero una pregunta le vino a la cabeza para intentar despejar más dudas.

—¿Esto se lo has contado a alguien?

—No —respondió contundente.

—¿Y por qué me lo has explicado a mí?

—Pues, primero, porque te has encontrado con dos situaciones incómodas por su culpa. Y, segundo, no tengo ni idea. —Y por unos segundos quitó los ojos de la carretera y la miró fijamente. Lucía sintió que esa mirada la atravesaba, la clavaba como si fuera una flecha, quedándose en su interior. Y se dio cuenta de que era el momento perfecto para torear y cambiar de tercio.

—¿Adónde vamos?

—A Santander. Quiero llevarte a cenar al restaurante de un amigo mío. Ya estamos muy cerca.

Inmediatamente después de dejar el famoso paseo de Pereda y subir a la izquierda haciendo una rotonda y callejeando un poco más, entró en una calle atestada de coches. Tuvieron suerte, pues en el momento que entraron, se marchaba uno.

—Ya hemos llegado —dijo bajando del vehículo para luego rodearlo y así ponerse a la altura de la puerta por la que debía bajar Lucía para ayudarla.

Le abrió la puerta y alargó la mano que tenía libre para que ella la tomara al descender del

vehículo.

—Gracias. —Apoyándose en él, bajó del todoterreno dando un pequeño salto, con tan mala pata que, al poner los pies en el suelo, se tropezó y tuvo que sostenerla, estrechándola contra su cuerpo.

Lucía se sujetó a sus hombros mientras se miraba los pies. Despacio, inhalando su perfume, dejó de mirar hacia el suelo y levantó la cabeza para encontrarse directamente con los ojos verdes de Rodrigo. Sus miradas se quedaron enlazadas durante un momento, un instante que se hizo eterno. Pero, de repente, como si dos imanes se acercaran irremediabilmente y sin posibilidad de repelerse, comenzó a notar cómo los labios de él se posaban en los suyos. Pudo apreciar cómo las manos que sujetaban sus bíceps se separaron, para subir hacia su rostro y tomarlo de una manera posesiva. El beso, que comenzó como una tentativa, se tornó en una demanda cuando sintió la lengua de Rodrigo acariciando su labio inferior, queriendo entrar en ella. Aceptó la invitación y abrió su boca para que la tomara. Era intenso, juguetón y muy dominante. Algo que, aunque se lo imaginaba, la tomó completamente desprevenida.

—¡Rodrigo! —oyeron a lo lejos, haciendo que se separaran de inmediato.

Sin dejar de mirarse a los ojos, Lucía vio una ligera sonrisa de soslayo en su rostro. Ella, a su vez, le sonrió algo cohibida.

—¡Hola, Manuel! —saludó a lo lejos levantando una mano. Luego, la volvió a mirar y le preguntó—: ¿Estás bien? ¿Nos vamos?

—Sí, estoy bien. Muy bien.

Dejó que pasara delante de él, posando ligeramente una mano en su espalda, y la guió hacia el sonido de esa voz.

—¿Qué tal? —Un hombre con un gran bigote tendió una mano para saludar cordialmente a Rodrigo—. ¿Cuánto tiempo sin verte?

—Sí, ya tenía ganas de venir a tomar algo y hoy tenía la excusa perfecta. —Sonrió mirando en dirección a Lucía.

—Hola —dijo ella tendiendo a la vez su mano, pero se encontró con un sonoro beso en cada una de sus mejillas.

—Encantado. —Le guiñó un ojo a Rodrigo—. Ya era hora de verte bien acompañado. Venga, pasad dentro y sentaos. Espero que tengáis una velada fantástica, la parte gastronómica ya os digo yo que será buena.

Se sentaron en una mesa apartada, en la planta superior. Allí tomaron el vino que les ofrecieron y una selección de aperitivos, que ayudó a que la conversación se aligerara un poco después del «suceso». Fue así cómo Lucía lo nombró en su cabeza, «el suceso».

—Después de todo, no sé mucho más que tu nombre —le inquirió Rodrigo a bocajarro.

—Y eso no te ha detenido para tenerme aquí cenando contigo —respondió ella rauda.

—No, ni tampoco de lo que tengo en mente. —Ella se atragantó con el bocado que acababa de llevarse a la boca; tuvo que beber un trago de vino.

—Casi prefiero no preguntar, de momento. —Se compuso y le miró directamente a los ojos—. Hola, me llamo Lucía de Andrés. Tengo treinta y tres años y soy la penúltima de tres hermanos. Vivo en Madrid y me dedico a la comunicación. ¿Te va bien así?

—Encantado. —Le regaló la mejor de sus sonrisas—. Yo soy Rodrigo Ordaz, tengo treinta y siete y soy dueño de una posada rural, divorciado y exresidente en Madrid.

—Un placer el haberte conocido en estas circunstancias.

Por primera vez, Lucía consiguió que le subieran los colores al hacer referencia a su primer encuentro en la habitación.

—Siento que tuvieras que verme de esa manera. —Ella miró hacia el plato de comida; si supiera la de veces que a lo largo del día esa imagen había venido a su mente, no lo sentiría tanto—. Como te expliqué tengo la caldera de mi apartamento estropeada, a veces se enciende y a veces no. Hoy ha sido uno de esos últimos y, como casi todas las mañanas voy a practicar surf, antes de ponerme a trabajar me ducho. Lo demás ya lo has visto...

—No hace falta que me jures lo que vi —dijo por lo bajo sin darse cuenta de que Rodrigo lo había oído sin problemas.

—He de decir que, a pesar de todo, yo tampoco puedo quejarme de las vistas que me proporcionaste.

—Veo que no te pierdes una...

—En este caso, dos. —Y sonrió de oreja a oreja.

La cena fue distendida, divertida y sin entrar mucho más en cuestiones personales. Fue tanto así que ni uno ni otro miraron el móvil en ningún momento, aun a pesar de que Lucía estuvo tentada de enviar algún que otro WhatsApp intentando provocar algún juego. Todo, porque se encontraba demasiado cómoda con el hombre con el que estaba cenando y le dolía el doble juego que estaba llevando, aun a pesar de que él estaba igualmente jugando a dos bandas. ¿O no? ¿Qué es un mensaje por mail? ¿Y unos WhatsApps?

—Lucía, ¿nos vamos? —La voz de Rodrigo la despertó del ensimismamiento.

—¿Qué? ¡Ah, sí! Perdona, estaba pensando en otra cosa. Lo siento.

—¿Se puede saber?

—Sí, claro —Inmediatamente se inventó una mentira—. Que es muy curioso que viniera a descansar y me encontrara contigo.

Rodrigo le regaló una sonrisa y le ofreció su mano.

—Vamos, te invito a tomar una copa.

—No, me niego. Me has invitado a cenar. Déjame que la copa la pague yo. Por favor...

—No puedo decirle que no a una dama.

Se despidieron del dueño y, ya en la calle, se dirigieron hacia el Mercado del Este, donde de noche hay algunos locales que siguen abiertos para tomar algo.

Iban uno al lado del otro disfrutando del buen tiempo que hacía en Santander, hablando de tonterías, riendo por las ocurrencias de Rodrigo y viendo a la gente que en sábado noche no paraba de ir de un lado para el otro. La noche era divertida en sí y Lucía se sonreía sin darse cuenta, pues hacía mucho tiempo que no se sentía tan cómoda al lado de un hombre. Con él, por primera vez, se estaba dejando llevar. Y sin darse cuenta, notó cómo la mano de Rodrigo se deslizaba por su cintura y la atraía hacia él, acercando sus cuerpos mientras caminaban al unísono. A Lucía eso le hizo sentir tan bien que giró su rostro para mirarle a los ojos y él, al sentir su aprobación con este gesto, no pudo resistirse. La llevó contra la pared, la apoyó en ella y la miró con intensidad.

—No sé lo que me has dado, pero desde que te vi en la habitación he querido besarte.

—Ya lo has hecho cuando me tropecé al salir del coche.

—No fue premeditado.

—¿Acaso lo has estado organizando?

—Lo he estado deseando. —La miró con intensidad.

Esta vez fue ella quien, franqueada por los brazos de Rodrigo a cada lado suyo en la pared, levantó los suyos, rodeándolo. Una de sus manos le sujetó el cuello, acariciando el pelo mientras se ponía de puntillas para acercar sus labios. No fue una invitación, fue la necesidad la que les hizo unir sus bocas. Rodrigo quitó las manos de la pared y la abrazó por la cintura mientras su lengua se

adentraba a entablar una batalla con la de ella.

Lucía se sintió en las nubes disfrutando de los sutiles movimientos de su lengua dentro de ella, de sus labios saboreándola y de sus dientes mordiéndola. Notó cómo una de las manos de Rodrigo se zafaba de su cintura y le levantaba ligeramente el vestido para así acariciar su culo, cosa que no le iba a ser muy difícil, pues llevaba tanga.

La temperatura estaba demasiado alta.

—Para —susurró ella en sus labios sin recibir señal de entendimiento por su parte—. Para, Rodrigo...—Le separó lentamente de su beso, llevándose un ligero mordisco en el labio inferior.

Rodrigo se sintió confuso.

—¿Qué pasa? —Se separó de ella de inmediato—. ¿He hecho algo indebido?

Lucía lo tranquilizó.

—No, no... Pero es que estamos en medio de la calle y... —Se ruborizó.

—Lo siento. —Acarició su rostro al notarla alborozada—. Me he dejado llevar por el momento. —Se removió sobre sí mismo al notar su excitación, cosa que Lucía también notó sin poder mirar su entrepierna.

—No pasa nada. Pero aquí —miró a un lado y al otro, moviendo suavemente las manos—, estamos en medio de la calle.

—¿Y no te da morbo? —Él rio.

—¡Rodrigo! —lo amonestó falsamente contrariada.

—¿Quieres que nos vayamos? —le preguntó con ojos excitados.

—¿Si no te importa que te invite a tomar la copa mañana? —respondió mirando el reloj.

—¿Me estás pidiendo una cita?

—Sí.

—Sólo con una condición.

—Lo que quieras.

—Lucía, no digas esas cosas o puedo pedir algo que...

—No lo dudes —tentó su suerte a la par que puso una de sus manos en la cinturilla del pantalón de Rodrigo. Él sonrió con malicia y ella lo miró con intensidad.

—Que me prometas que vendrás mañana por la mañana a hacer surf. —Los ojos de Lucía se abrieron como platos.

—Ni loca. No sé subirme a una cosa de esas y puedo matarme.

—¡Eh! Oye, soy bueno. Confía en mí —le dijo apartando el pelo de Lucía de su hombro y poniéndoselo en la espalda en un movimiento muy íntimo.

—De nuevo, no puedo decir que no. ¿Verdad? —Negó moviendo la cabeza de un lado a otro—. Voy a morir... —se lamentó cómicamente haciendo que Rodrigo soltará una sonora carcajada que encantó a Lucía—. Mi muerte te hace gracia, lo sabía, lo sabía...

Comenzaron a caminar en dirección al coche. Fue él quien le acarició el antebrazo suavemente hasta llegar a su mano y entrelazar sus dedos con los de ella. Lucía aún intentaba bajar las pulsaciones después de ese momento tan intenso, y ver que Rodrigo la estaba tratando tan caballerosamente le sorprendía. Cualquiera otro hubiera tomado ventaja de ese instante, pues él también estaba muy excitado, y hubiera intentado llevarla a la cama. Era consciente de que, si se lo hubiera pedido, no hubiera podido decir que no, se hubiera dejado llevar por el momento y tal vez al día siguiente se hubiese arrepentido.

Como si se hubieran comido las palabras, el camino de regreso lo hicieron en silencio. Sólo se oía el sonido de la música de fondo, una música que Lucía no supo reconocer y que le gustó mucho.

Era suave, étnica y cantaba una mujer. No le importaba, le gustaba ese silencio, no era incómodo.

—Ya hemos llegado —anunció Rodrigo, parando el coche y bajando de él. De nuevo le abrió la puerta a Lucía y ella bajó con más tino que la primera vez—. Te acompaño a la habitación.

—No es necesario. De verdad.

—Una cita no estaría completa si el caballero no deja a la dama a buen recaudo.

—Como deseas...

Subieron las escaleras cogidos de la mano, intentando no hacer mucho ruido, pues era seguro que había más gente descansando.

—Oye, y si te marchas por las mañanas, ¿quién se queda aquí?

—No hay problema, en estas fechas suelo tener ayuda del marido de María, tanto en recepción como echando una mano en general. Me puedo ir tranquilo.

—Lo tienes todo muy bien montado, ¿no?

—Me costó mucho comenzar. Pero ahora no me puedo quejar; además, ¡tuve tanta suerte al contratar a María! Me ayudó mucho al principio, a levantar esto, sobre todo para encontrar a la cocinera y al chico que está en el restaurante. —Lucía bostezó—. ¿Te aburro? Lo siento.

—No, no. Discúlpame. Estoy destrozada. A pesar de haber dormido siesta, descansé poco anoche y me he levantado muy pronto para venir.

—Te dejo, entonces. —Acarició su cara.

—Buenas noches. —Abrió la puerta.

—Lucía... —Se giró para mirarlo—. Lo he pasado muy bien esta noche.

—Yo también. —Se acercó a él y lo besó sin más intención que darle las buenas noches, pero, al sentir sus labios, volvió a crecer un calor en su vientre que hizo que fuera ella esta vez la que introdujera su lengua en la boca de Rodrigo. A su vez, él la tomó por la cintura y la acercó a su cuerpo, para que sintiera cómo le afectaba su cercanía.

Lucía estaba a punto de flaquear y pedirle que entrara en su habitación al notar su duro sexo contra ella. Una caricia furtiva subió de su cintura hasta uno de sus pechos. Se lo iba a decir, Lucía se apartó para invitarlo a entrar, pero fue Rodrigo quien la miró a los ojos y, separando su mano del pecho, acarició su cuello.

—Buenas noches, Lucía.

—Hasta mañana —respondió ella entrando en la habitación y cerrando la puerta tras ella.

Tocándose los labios, apoyó su espalda en la puerta que acababa de cerrar. No quería dejar de sentir la suavidad de la boca de Rodrigo en la suya, tan posesivo, tan excitante...

Caminó en dirección a la cama; su cabeza estaba hecha realmente un lío. ¿O había hecho de su cabeza un lío? ¿Qué es lo que estaba provocando? Le encantaba Rodrigo, le gustaba mucho, tanto que se asustaba al pensar en él y cómo su cuerpo le respondía.

Se desmaquilló, se quitó la ropa y se metió en la cama. Puso el despertador y un último pensamiento le vino a la cabeza: mandar un WhatsApp a Rodrigo vía Belladona.

«Buenas noches, Rodrigo, no he sabido de ti en todo el día. Me voy a dormir.»

Apagó el teléfono y cerró los ojos...

Capítulo 6

Unos insistentes golpes en la puerta la despertaron sin remedio. Se dio la vuelta en la cama pero los golpes continuaron.

—Abre la puerta, Lucía, soy yo. —Oyó a Rodrigo—. Si no abres, entraré con la llave maestra —comenzó a percibir cómo la llave entraba en la cerradura.

—¡Espera! —Se levantó de golpe—. No entres, por favor. Dame un minuto.

Fue directa al armario a ponerse un biquini azul, unos pantalones vaqueros cortos y una camiseta sin mangas. La noche anterior estaba tan cansada que no se puso pijama y, si hubiera entrado sin avisar, era más que probable que la hubiera visto desnuda.

Abrió la puerta mientras se agarraba el pelo en una coleta sin peinar.

—Buenos días.

—¡Buenos días! —Entró como un remolino en la habitación—. ¿Todavía estás así? Vamos, que hay que desayunar. —Le dio un bocadillo y una taza para llevar.

—Es que no sé qué... —le dijo mientras cogía torpemente lo que le ofrecía.

—Veo que llevas el biquini —Señaló el lazo que salía por detrás del cuello de la camiseta—, bien. Sólo necesitas tu bolso con tus cosas. —Le tomó la mano para sacarla—. ¡Venga!

—¡Diablos! No sé cómo puedes tener esa energía... Yo acabo de levantarme, necesito tomarme lo que me has traído. ¿Qué es, té?

—No, es café, lo siento. Lo recordaré. —Tiró de ella y cerraron la puerta a su salida.

—No importa, me lo voy a tomar igual —sentenció dando el primer sorbo mientras bajaba las escaleras—. Te juro que no puedo con tanta energía. ¡Necesito despertarme!

—No hay tiempo, las olas se van a ir. Hoy es muy tarde.

—¿Muy tarde? ¿En serio? —Lucía puso los ojos en blanco.

Ya estaba metida en el coche cuando Rodrigo le giró la cara y le dio un suave beso en los labios.

—Buenos días —le dijo a milímetros de su boca, volviendo a tomarlos con más ganas.

—Mmmmm —soltó Lucía al separarse—. Sí, son buenos días.

—Ahora ya estamos listos para hacer surf.

—Para eso estarás tú listo, yo voy a mirar.

—Eso lo dices tú.

—Eso lo digo yo.

Rodrigo volvió a carcajearse con ganas.

—Me gusta tu risa —le confesó Lucía; él sonrió y puso el coche en marcha.

La mañana se había levantado despejada. Buen sol y viento suficiente para que hubiera

estupendas olas. Lucía ayudó a Rodrigo a sacar las tablas del coche y la bolsa en la que lo tenía todo guardado. Echaron la llave y bajaron a la playa.

El agua estaba llena de tablas y de gente esperando a que las olas fueran propicias para subirse a ellas; otros ya estaban montándolas. Fuera, en la arena, había varios grupos que atendían a un monitor, otros estaban tumbados en las tablas... No pensaba que la playa de Los Locos estuviera tan llena de surfers.

—Esto está repleto de gente —se sorprendió.

—Claro, fue un cántabro el primero que trajo a España el surf a esta zona. ¿Cómo no iba a estar lleno? —concluyó subiendo los hombros—. Venga, vayamos a la orilla para que te pueda enseñar algunas cosas.

Lucía lo miraba; estaba entusiasmado, contento, excitado por estar en la playa. Se le veía exultante, feliz como un niño pequeño.

Se pusieron en un hueco libre y tendieron las tablas en la arena.

—¡Rodrigo! —oyeron a lo lejos; desde la orilla se acercaba un chico rubio de fuerte musculatura con el neopreno bajado hasta medio cuerpo.

—Laurent, ¿cómo estás? —saludó el chocándole la mano en un saludo informal.

—Llegas tarde, te has perdido las mejores olas.

—Lo sé, pero hoy vengo con compañía y quería enseñarle un poco de esto.

—Hola —saludó ella.

—Hola —le respondió el rubio dejando los dedos gordo y meñique extendidos mientras recogía el resto y movía la mano con el saludo de los surfistas—. Suerte con Rodrigo, es muy malo con las olas.

—Gracias. Con amigos como tú, no necesito nada más.

El rubio continuó su camino de salida de la playa.

—No es mala gente —dijo él—; un poco chulo, pero majo.

—Me ha caído bien. En realidad, me ha parecido muy guapo. —Rio por lo bajo.

—Oye, que si quieres lo llamo y...

—No, de momento me vale con lo que tengo —le provocó. Y consiguió su propósito cuando él se acercó tomándola por la cintura para besarla sin previo aviso. Ella posó las manos en sus pectorales, apoyándose en él para adentrarse más en su boca para poseerle. Se movió provocativamente, frotándose a propósito, pero fue él quien paró su beso para decirle:

—Ayer te dejé ir, pero si seguimos así... —le susurró al oído después de darle un beso en el cuello, bajo la oreja.

—Quizá sea yo la que no te deje ir hoy —respondió mirándole a los ojos.

—¿Nos ponemos manos a la obra?

—¿No estábamos ya en ello? —jugó con él en su respuesta.

—Continúa así y verás. —Cogió su mano y se la pasó con descaro por su entrepierna para que notara su erección. Lucía se llevó la otra mano a la boca sorprendida, sintiendo cómo se ponía colorada—. ¿Te enseño a hacer surf? —Ella asintió tímidamente, Rodrigo la había cogido por sorpresa.

Se separó definitivamente de ella y comenzó a quitarse la camiseta.

No podía dejar de mirarlo; los músculos de su pecho y espalda se movían, acentuándose. Sus abdominales parecían estar esculpidos en piedra, era simplemente un deleite para los ojos.

—No te quedes ahí. —La despertó de su ensimismamiento—. Desvístete, quítate la camiseta y los pantalones, que vamos a hacer algunos ejercicios.

Se despojó de la ropa, tal y como le dijo. Aunque él preparaba las tablas haciéndose el despistado, sintió sus ojos en ella como si de taladros se trataran. Se dio cuenta de que no podía apartar su mirada de ella, de sus pechos, de sus caderas, de sus piernas.

—Ya estoy. —Se acercó a él—. ¿Y ahora?

La tomó de la cintura para acercarla a la tabla.

En realidad Lucía no se estaba enterando de casi nada de lo que Rodrigo le explicaba, tenía su atención posada en otra cosa más importante. En sus manos, en cómo la tocaba, en cada momento que él aprovechaba para acariciar alguna parte de su cuerpo que no era estrictamente necesaria para la clase. Lo cerca que se ponía para hablarle, cómo susurraba las palabras en su oído, cómo la miraba...

—Y ahora vamos a probar en el agua —oyó cómo sentenciaba.

—No, a ver... Es mi primera clase. Creo que con saber levantarme de la tabla y haberlo repetido unas quince veces, es más que suficiente. Casi mejor que vayas a disfrutar de lo que queda de olas y yo te miro desde aquí.

—¿En serio? ¿No te importa? —Parecía muy contento de poder ir a surfear.

—Sí, de verdad. Estoy molida de tanto movimiento.

—Bueno, me pongo el neopreno y voy un rato al mar.

Efectivamente, después de ponérselo y atarse al tobillo su tabla, le vio irse al agua. Lucía aprovechó para sentarse encima de una de las toallas y coger su móvil personal para ver qué mensajes tenía, pero le estaba costando demasiado. No podía apartar la vista del mar. Veía cómo Rodrigo disfrutaba de cada ola, esperando la mejor, cediendo a los compañeros, entrando y saliendo de cada una de ellas. Hasta que recordó que, por la noche, Belladona le había enviado un mensaje a Rodrigo; cogió el móvil de la empresa y revisó. Tenía un simple «Buenas noches, princesa».

«Buenos días —escribió—. Hoy estoy de regreso en Madrid. ¿Qué haces tú?» Y lo guardó...

Pasó largo tiempo hasta que Rodrigo decidió salir definitivamente del agua. No quitó la vista de él, quien se acercó hasta donde ella se había quedado y, al igual que hiciera antes su amigo el rubio, se bajó el neopreno hasta la cintura, mostrando los marcados músculos por el esfuerzo del ejercicio.

No podía apartar la vista de él.

—No ha estado nada mal el espectáculo —le comentó él sobre las olas.

—Nada mal —le respondió ella sobre lo que veía, recorriéndolo de arriba abajo.

—¿Te gusta lo que ves?

—Me encanta —afirmó ella mientras él dejaba la tabla en el suelo y se sentaba a su lado.

—No me había dado cuenta de una cosa. —Pasó su dedo por el hueso izquierdo de la cadera de Lucía—. Llevas un tatuaje.

—Sí, me lo hice hace poco. Para no olvidar una cosa.

—¿Se puede saber el qué? —preguntó sin separar la mano de su cadera.

Lucía se echó para atrás en la toalla, tumbada boca arriba mientras tenía a Rodrigo sentado a su lado.

—Que nadie puede cortar tus alas —dijo cambiando su semblante.

—Parecen las de un ángel. ¿Quieres hablar de ello? —planteó con cautela.

—Hace seis meses te hubiera dicho que no. Ahora está superado.

—Es un hombre —asintió Rodrigo.

—Sí, era un hombre. Alguien que me hizo daño y que ahora está fuera de mi vida para siempre. Alguien que me engañó una y otra vez, alguien del que pensaba que estaba enamorada y que me

hundió como persona. Pero ya pasó. —Sonrió ligeramente—. Ya pasó.

Rodrigo se inclinó hacia ella y la besó con cariño. Suave.

—Gracias —dijo ella.

—¿Por el beso? —jugó él intentando despejar el ambiente entre ellos.

—No, tonto. Por dejarme hablar y no asustarte, aun a pesar de que no nos conocemos de nada.

—¿Cómo que no nos conocemos? Y más íntimamente que muchos que andan por aquí. A ver, ¿quién se presenta a una mujer en pelotas como hice yo?

El comentario hizo de Lucía estallara en risas.

—Me gusta tu risa.

—No vale, esa frase es mía —contraatacó ella, mientras sentía la mano de Rodrigo paseándose por su estómago. Lo acariciaba suavemente, sin más pretensión que sentirla—. Además, yo también me presenté ante ti en tanga.

—Pero tú no sabías que yo estaba allí.

—Igualdad de condiciones. —Lucía cerró un momento los ojos. Escuchaba el sonido de las olas, sentía el sol, la respiración de Rodrigo y su mano acariciándola—. Podría quedarme así toda la vida —soltó sin pensar.

—Puedes quedarte así el tiempo que tú quieras. —Abrió los ojos y lo miró con intensidad. Alargó una de sus manos para ponerla detrás de su cuello, en el nacimiento del pelo. Rodrigo lo entendió a la perfección y, apoyando sus brazos a los lados del cuerpo de Lucía, se inclinó sobre ella para besarla. Estaba salado, su boca tenía un curioso sabor a salitre que hizo que la lengua de Lucía escapara de la suya para buscar en el interior de la de Rodrigo. Él se apoyó suavemente encima suyo, uniendo sus pechos y acompasando así sus respiraciones. Lucía atrapaba con una mano su cabeza mientras la otra viajaba de la espalda al culo de él; disimuladamente, Rodrigo acariciaba el costado de su cuerpo silueteando sus pechos.

—Lucía... —Fue él quien dio el primer paso para separarse de ella—. Voy a parar en este instante. Y no es que no quiera seguir, sino que precisamente por esa razón hemos de parar.

—Me gustaba.

—A mí también... y me temo que ya no podré parar más veces.

—Quizá no quiera que lo hagas. —Le sonrió aún estando tumbada con él encima.

—Tal vez no lo haga. —Sonrió dándole un suave beso y separándose finalmente.

—No hay dos sin tres. —Ella se incorporó.

—Y espero que exista alguna más. —Miró el reloj—. Voy a tener que irme, ¿quieres quedarte y luego paso a por ti?

—¿Si no te importa? —Puso cara de perro desvalido.

—Para nada, allí tienes un kiosco por si necesitas algo. Dame tu número de móvil y así... —Lucía se puso en alerta de inmediato. Metiendo la mano en su bolso, dijo:

—No te preocupes, dame tú el tuyo y así te llamo yo.

—Genial —se extrañó un poco, pero no le dio importancia—. En un par de horas llámame y te cuento qué tal.

Le ayudó a llevar todas las cosas al coche, y se despidieron allí. Lucía regresó a la toalla y cogió su teléfono para añadir el número de Rodrigo en su agenda y enviarle un WhatsApp: «Ya tienes mi teléfono. Un beso. Lucía».

«Tengo ganas de verte», recibió al cabo de unos minutos y sonrió mirando la pantalla del móvil. Lo guardó en la bolsa y se tumbó de nuevo a disfrutar del sol.

Tuvo la sensación de que el tiempo había pasado demasiado despacio cuando un timbrazo la

sacó de su ensoñación; miró la pantalla y vio que era Rodrigo.

—¿Lucía?

—Sí, dime.

—No voy a poder ir a buscarte, tenemos un grupo grande para comer.

—Oh, vaya —dijo ella algo desilusionada.

—Pero no te preocupes, le he pedido a María que haga el favor de ir a por ti.

—No era necesario, Rodrigo, ya me las hubiese arreglado yo.

—Para nada, prometí ir a buscarte. Así que imagino que debe estar ya cerca. Va en mi coche.

—Gracias. —Sonrió como si pudieran verla al otro lado de la línea.

—Te veo cuando llegues. Tengo que colgar. Adiós.

En realidad no era tan mala idea de que viniera María, ya que así podría continuar con su conversación del día anterior. Averiguaría más cosas sobre Dulce, sacaría sus armas periodísticas más retorcidas... La verdad por delante.

Sonó su teléfono privado, otra vez era un WhatsApp de Lourdes.

«¿Qué tal por ahí?»

«Es perfecto, Lourdes, creo que me estoy colgando mucho por él.»

«¿Le vas a decir algo de lo que tú y yo sabemos?»

«No, aún no. Tengo que averiguar algo más.»

«La vas a cagar. Ahí lo dejo.»

«No, verás cómo no.»

«Ojalá. Un besito y cuéntame qué tal. Laura y yo nos hemos ido a Valencia el finde.»

«¿Sabes algo de Nuria?»

«No, y eso es buena señal.»

Al llegar al aparcamiento, encontró a María que ya estaba esperando dentro del coche de Rodrigo. Se acercó a él y dio un toque en la ventanilla, tenía el aire acondicionado puesto.

—Sube muchacha —le indicó—. Has pasado buena mañana en la playa, ¿no?

—Sí, mil gracias por venir a buscarme.

—Ni lo menciones, este muchacho me tiene engatusada. Me pida lo que me pida, no puedo decirle que no.

—Me pasa lo mismo a mí. —Sonrió recordando sus invitaciones sin posibilidad de rechazo.

—Te ha encandilado, ¿eh? —Lucía bajó un poco la cabeza, sonrojándose—. Me alegro de que esté feliz. Se lo merece.

—¿Y cómo es eso?

—Bueno, en realidad no sé si debería contártelo o ya lo hizo él. Pero mira —puso en marcha el vehículo para ir a la posada—, la chica ésta que trabaja aquí es su exmujer.

—Lo sé, me lo dijo.

—Bien, bien. —Sonrió—. Al final ya habla de ello con normalidad. Lo pasó muy mal con el divorcio. Es la historia de una pareja que monta una casa rural, todo perfecto. Pero en realidad ella es una niña mimada que, con tal de no dar la razón a sus padres, se vino con Rodrigo. Todos sabían, el propio Rodrigo también, que no duraría mucho y eso fue lo que pasó. Discutían por todo hasta que un día él puso las cartas sobre la mesa.

Lucía escuchaba la historia ojiplática, sabía que a María podría sacarle información, pero no toda.

—¿Y por qué sigue aquí?

—Yo viví muchos de esos malos momentos con Rodrigo y casi tenemos una relación madre/hijo. Sé cómo lo ha estado pasando durante todo este tiempo. Y la respuesta a que ella siga aquí, ya te lo he dicho: no dar la razón a sus padres.

—Me dejas sin palabras.

—Sólo te diré una cosa. Es un chico con un grandísimo corazón, bueno a rabiar, y no me gustaría verlo otra vez triste por nadie.

Justo en ese momento llegaron a la posada; María metió el coche en el parking. Al comenzar a caminar, Rodrigo salía para encontrarse con Lucía.

—María, eres un sol —le dijo mientras se acercaba.

—Anda, tiro para dentro que seguro que ya está todo manga por hombro —respondió ella andando hacia otra puerta.

Cuando llegó a la altura de Lucía, la tomó de la cara y la acercó a sus labios, devorándola con ansia. Cuando la soltó, la besó de nuevo ligeramente.

—Tenía ganas de verte.

—Ya lo veo —contestó ella amarrada a su cintura.

—Tengo que volver dentro. Están ya con el postre y ahora viene el mejor momento... —Se separó de ella e hizo ademanes de mago—... las bebidas alcohólicas. Es una despedida de soltero, así que ten cuidado con quién te encuentras mientras subes a tu habitación. —Le guiñó un ojo.

—Pues si me gusta, lo mismo lo invito —le vaciló.

—Tengo llave maestra, no me hagas entrar y echarlo a la fuerza. —Volvió a atraerla hacia él y a besarla de nuevo—. Me tengo que ir. No sé si habrás comido algo, pero te he subido a la habitación una ensalada, fruta y algún embutido. Si quieres algo más...

—No, no... Tranquilo, va bien. Luego ya, si tengo hambre, te aviso. —Y así, sacándole la lengua, se fue a su habitación.

—Esta noche quedamos sobre las ocho, como ayer.

—Perfecto —le dijo mientras entraba en la posada y él se iba por otra puerta.

Ocho en punto de la tarde. De nuevo un ligero sonido sacó de su ensimismamiento a Lucía, que estaba abrochándose las cuñas con las que había decidido calzarse.

—Ya voy. —Se acercó a la puerta para abrirla.

—Hola, Lucía. —Él agachó la cabeza para besarla en los labios suavemente a modo de saludo.

—Hola, Rodrigo —contestó ella cuando se separaron—; dame un segundo que coja el bolso y nos marchamos.

—Vas muy guapa —le dijo mientras se apoyaba en el marco de la puerta y cruzaba los brazos delante de su pecho—. Me gusta mucho ese vestido, pareces una romana.

Llevaba un vestido corto, de color azul cerúleo con la cintura marcada, unas tachuelas doradas en los hombros y la espalda abierta.

—Muchas gracias, veo que te interesa la moda... —añadió ella—... porque tú también vas muy bien conjuntado.

—Digamos que el que tuvo, retuvo. —Sonrió ofreciéndole la mano para marcharse.

—Hoy iremos en mi coche —le dijo ella mientras cogía las llaves y se las daba a él.

—¿Y conduciré yo?

—Claro, tú eres el que sabe adónde vamos. Y quiero ir sintiendo el viento.

—Vale, pero en mi coche puedes bajar las ventanillas.

—¿Has visto el descapotable que hay en el parking? —Él asintió—. Es mío. Así que... —Rodrigo no dijo nada, pero hizo un pequeño gesto con la cara.

—¿Pasa algo? —preguntó.

—¿No serás una de esas pijas que tienen la vida resuelta? —Lucía se lo quedó mirando fijamente con cara de pocos amigos.

—¿Perdona? ¿Estás diciendo que, porque tengo un descapotable, soy una pija? —Se enfadó—. De verdad que no puedo creerlo.

—No, no —trató de disculparse—. Bueno, sí, he tratado de decir eso. Pero sé que es una idea preconcebida, un problema mío.

—Sí, un problema tuyo. Porque no tienes idea de nada. —Hizo el amago de volver a la habitación.

—Por favor, no te marches. —Él la tomó de la mano antes de que se separara lo suficiente—. He sido un insensible y hemos tenido un momento incómodo. Lo siento.

—Sí, incómodo por juzgar a la gente por lo que tiene. No por lo que es.

—¿Me perdonas? —La acercó a su cuerpo acariciando con el pulgar su mejilla y agarrándola por la cintura para así tener mejor acceso a su rostro, a sus labios, y besarla con suavidad.

—No sé. No logro encontrar ninguna... —Los labios de Rodrigo la asaltaron de nuevo con más intensidad, saboreando lentamente, recorriendo sin prisa.

—¿Y ahora? —Se separó de ella y la miró con intensidad.

—Ahora me has convencido para ir contigo a cenar. Pero mi coche lo conduzco yo... —Y se marchó en dirección al vehículo sin esperar a que él la siguiera.

Abrió la puerta, se sentó en el asiento del conductor y le dio al botón para que la capota se guardara en el maletero. Cuando la maniobra terminó, Rodrigo hizo algo que siempre había visto en las películas y que nunca se había atrevido a hacer. Saltó sin abrir la puerta para sentarse.

Lucía comenzó a reír a carcajadas.

—Has hecho algo que yo siempre quise hacer. Es muy peliculero.

—Que conste que yo lo he hecho por la misma razón. También podía haberme matado o caído en el asiento de atrás, dándome un golpe en medio de las piernas. Vamos, en la hue...

—Vale, lo he entendido a la perfección —cortó ella aún riendo—. ¿Adónde vamos?

—Quiero que vayamos a uno de los sitios más bonitos que hay por aquí. Tenemos que dirigirnos hacia la playa, yo te indico.

—Muy bien, allá vamos. —Arrancó su coche y la música comenzó a sonar por los altavoces.

Lucía condujo según las indicaciones que le daba Rodrigo hasta llegar a un camino rural. Se metieron por él y se detuvieron cerca de unos acantilados que daban directamente al mar. Bajaron del coche.

—Esto es muy bonito.

—Sí, pero ven, vamos hacia allí, es mucho más hermoso todavía.

Comenzó a caminar por donde él le había indicado. Lo seguía, pero estaba teniendo problemas para andar por esos pequeños senderos hechos por las ruedas. Las cuñas que llevaba no eran el mejor calzado para ir por esos lugares, por lo que se paró y, tras avisarlo, le comentó:

—Espera un momento, me has traído aquí y la verdad es que los zapatos que llevo no son los más indicados. Me voy a matar.

—¿Quieres que nos vayamos?

—No, espera. —Se agachó un instante para desabrocharse las cuñas. Ya con ellas en la mano,

descalza, prosiguió sin importarle por dónde caminaba. Lo que sus ojos veían era tan bonito que hubiese merecido la pena andar por encima de brasas si hubiera sido necesario.

—¿Te gusta? —le preguntó Rodrigo.

—Esto es precioso.

El mar rompía con fuerza en los acantilados, coronados por prados eternos de diferentes tonalidades verdosas. Algunos parecían vigías que en el tiempo se habían mantenido erguidos frente a las fuerzas del mar y el viento; otros arrojaban las playas, donde los más vespertinos esperaban ver ponerse el sol. Podría haber sido cualquier paisaje de Irlanda, pero no, estaba en su país y no podía dejar de mirar.

—Dame la mano, ven. —Le ofreció la mano. Lucía la tomó y se dejó llevar cerca del acantilado—. ¿Qué te parece?

—Me encanta. Es precioso, el mar, la puesta de sol... —Y en ese momento tuvo un *déjà vu*. Cerró los ojos y notó la brisa marina en su rostro, los rayos de sol calentando su cuerpo y, en su antebrazo, la caricia de Rodrigo. Lo miró a contraluz; su silueta se dibujaba casi como si de un ser etéreo se tratara. Él la miró y sonrió.

—Sabía que te iba a gustar.

—Rodrigo, no me ha gustado...me ha enamorado. —Apretó su mano y sonrió sinceramente mientras la fuerza del mar Cantábrico seguía golpeando con intensidad las rocas.

La tomó por la espalda y la acercó a él con fuerza, abrazándola por la cintura, y dejaron que los últimos rayos de sol bañaran sus cuerpos, deseando que ese momento nunca se acabara.

Lucía no podía haber soñado nada mejor, no podía haber imaginado que se encontraría en una situación como aquélla. Para él, ella era una desconocida a la que estaba descubriendo. Y ella estaba completamente enamorada del hombre con el que había pasado tanto tiempo escribiéndose correos electrónicos y que ahora la abrazaba, dándole lo que siempre había soñado.

Cerró los ojos con los últimos rayos de sol y, sin darse casi cuenta, percibió el sonido de la radio de su coche, que llegaba hasta sus oídos. En ese momento, *Anymore of this*, de Mindy Smith, le sacó una sonrisa. Tal como decía al final de la canción, no se iba a rendir.

—Me gusta la canción que suena ahora —le susurró Rodrigo al oído.

—Es Mindy Smith, una cantante folk americana.

—La letra es muy bonita.

—La letra dice mucho de mí en este momento.

Él le dio la vuelta y la miró intensamente a los ojos. Lucía no podía dejar de mirarlo a la vez, el color de los suyos con los últimos destellos del sol se habían tornado intensamente verde. Estaba totalmente perdida en ellos. No se besaron esta vez, él la abrazó con tal fuerza que parecía que el tiempo entre los dos nunca iba a acabar.

—No sé realmente lo que pasó. Pero no tiene que ser siempre igual. Te lo prometo.

—Gracias. —Los ojos de Lucía comenzaron a empañarse—. Ojalá pudiera creerlo. Pero no me rendiré.

—Eso es lo que hay que hacer, no rendirse nunca. —Se separaron sin ganas, mientras él acariciaba su rostro.

—¿Nos vamos? —dijo ella intentando romper la intensidad del momento. No quería quedarse más tiempo así, podría arrepentirse y decirle que ella no era quien él creía que era. Aún no...

—Vamos a tomar algo. ¿Puedo conducir yo? —La miró con cara de perrito abandonado.

—Toma —Sonrió intentando olvidarse de que hacía un segundo sus ojos casi la habían traicionado—, pero trátamelo bien.

Llegaron al poco tiempo a un lugar lleno de restaurantes y un puesto de libros de segunda mano en Suances, muy cerca del mar. Consiguieron sentarse en una de las muchas terrazas que abarrotaban el lugar.

Relajados con una copa de vino blanco, la conversación fluía sin tapujos entre ellos dos.

—Y, cuando vivías en Madrid, ¿a qué te dedicabas?

—Creo que, si te lo cuento, no te lo vas a creer.

—Prueba.

—Era arquitecto —le contestó encogiendo los hombros.

—¿Qué dices? ¿En serio? —Tomó la copa entre sus manos con la intención de dar un sorbo, pero su curiosidad le hizo volver a preguntar—: ¿Y se puede saber qué pasó para que lo dejaras todo?

—Fácil de contestar. Un padre que quiso hacer de mí su fiel reflejo. Él también es arquitecto, uno de los mejores. Yo estudié la carrera porque era lo que había que hacer, me casé con una chica bien porque era lo que había que hacer. Y trabajaba en el despacho de mi padre, porque era lo que había que hacer. Así que un día, poniéndome en contra de todos, me fui. Así de sencillo.

—¿Así de sencillo? —Lucía levantó una ceja inquisitorialmente—. No creo que fuera sencillo.

—No, no lo fue. Pero lo hice y ahora mi padre no me habla.

—Lo siento mucho.

—No lo sientas, nuestra relación tampoco es que fuera la mejor.

—Ya, pero lo que no entiendo es por qué tu exmujer aún sigue trabajando contigo.

—Yo tampoco, pero no puedo echarla. No quiero echarla de mala manera, quiero que ella se vaya sola. Éste no es su lugar. Ella está hecha para la ciudad, es una niña bien. Creo que se mantiene aquí sólo por llevar la contraria a su familia y porque creo que aún tiene esperanzas...

—Y tú le has dado alguna vez...

—Alguna vez lo he pensado, pero no. Lo que pasó entre nosotros fue un error. —La cogió de la mano por encima de la mesa—. ¿No estás un poco preguntona?

—Oye, no me culpes. Soy periodista y, además, me estabas poniendo fácil poder sacarte información.

—Ya veo. ¿Y qué pasa contigo? Me contarás algún día lo de tu ex...

—Creo que te lo conté en la playa. —No le apetecía mucho hablar del tema.

—No, me contaste que te hizo daño, que te engaño. Pero poco más.

—Pues la verdad es que no me gusta hablar mucho de ello. Me pillaste en baja forma. —Le guiñó un ojo.

—No es justo, yo te he contado mi historia.

—Bueno, lo cierto es que te contaré que Gonzalo, mi ex, era un tipo perfecto. Guapo, elegante, con dinero, posición... y un encantador de serpientes. Me engatusó durante años, me usaba a su antojo y, a pesar de que mis amigas me advirtieron, yo estaba ciega. Me llevaba a fiestas y cenas importantes, y me sentía como una reina. Pero poco a poco me di cuenta de que sólo me llevaba a cosas cuando le interesaba. —Tomó un poco de vino—. Es verdad que al principio todo era maravilloso, hasta que lo encontré en el cuarto de baño de una discoteca follando con otra tía mientras yo estaba dentro. Y no fue la primera vez que me los ponía, pero sí la primera que lo pillaba. Y ésta es mi vida. —Le sonrió con cara de circunstancias.

—Lo siento mucho. —Le apretó la mano con cariño.

—Como te dije en la playa, ya pasó.

Les trajeron la cena a la mesa en ese momento, haciendo así que cambiaran de tema casi al instante.

Se pasaron toda la cena riendo y contándose anécdotas de sus salidas nocturnas, de los huéspedes que pasaban por la posada, de clientes exigentes de ella, locuras cometidas...

—¿En serio te pasó eso? —Rodrigo no paraba de reír.

—Lo juro —dijo Lucía con toda la seriedad que el momento requería—. Era mi primer coche, las marchas no entraban bien y, cuando llamé a mi madre, a mi padre no se lo ocurrió más que decir «seguro que no sabe meter bien las marchas». Vamos, ¿que no sabía? La valvulina se había perdido por completo porque el compartimento tenía un agujero. Joder, si llegó un momento en el que el coche se paró haciendo tal ruido que bajé del vehículo y miré debajo por si se había caído el motor. ¡Qué susto! —Rodrigo no podía parar—. Eso, eso... a reírse de mis desgracias.

—Es que resulta muy cómico.

—Cómico fue al día siguiente, que no podía moverme de las agujetas que tenía. Vamos, ¡le eché una bronca a mi padre por burlarse de mí!

—Normal, normal... —Intentaba recomponerse—. Voy al baño.

—Te espero. —Él se levantó y, al pasar por su lado, se agachó para darle un ligero beso en los labios —. ¿Y esto?

—Porque no te he dado ninguno en mucho rato. —Sonrió.

Lucía aprovechó ese rato para coger sus teléfonos y ver los mensajes que tenía. Estaba lleno: su hermano mayor, Lourdes, Laura... y el propio Rodrigo.

«Hola, Bella, hace mucho que no sé de ti. ¿Va todo bien?»

Comenzó a escribir en el de la empresa antes de que llegara del baño: «Ey, ¿qué tal? Lo siento, he estado muy liada y no he podido contestar a nadie. ¿Cómo va todo? ¿Cómo te van las cosas? Estoy pensando en ir a verte un día».

Lo envió justo en el instante en el que Rodrigo regresaba y se sentaba de nuevo a la mesa.

—¿Algo importante? —le preguntó.

—No, en realidad era mi amiga Lourdes preguntando sobre mis vacaciones.

—Le habrás dicho que lo estás pasando fatal.

—De lo peor. —Esta vez fue ella quien se levantó de su silla y, acercándose a él por encima de la mesa, le dio un beso que iba más allá de la simple caricia; le tentó.

—Lucía, no sigas por ahí —la paró.

—No hay dos sin tres... —Se levantó para ir al baño y de paso pagar la cuenta sin que él se enterara. Le debía una.

Ya de regreso a la habitación de la posada, Lucía aparcó el coche y le puso la capota.

—¿Qué te ha parecido la experiencia del descapotable?

—¿La verdad? —Ella asintió—. Divertido, pero creo que es un coche capricho.

—Lo es. —Sonrió mientras salía de él y se dirigía a la posada—. Ha sido una noche fantástica, Rodrigo. Me ha encantado todo.

—¿No quieres venir a tomar la última a mi apartamento?

—Esto es una invitación en toda regla, ¿no?

Rodrigo, por un segundo, titubeó y miró a los ojos de Lucía.

—Lucía, ¿qué más necesitas que te diga para que vengas a hacer el amor conmigo?

Lucía abrió la boca para decir algo, pero no tuvo oportunidad de hacerlo, ya que él le tomó la cara para acercarla a sus labios. Rodrigo la tenía encantada, embrujada, y sus caricias le hacían

cosquillas en las mejillas. Sus labios se abrieron instintivamente para dejar que la lengua de él batallara por la posesión más intensa de su boca. Era una guerra que estaba decidido a ganar. Se separó de ella un momento, sin apartar su mirada felina.

—No me digas que no. No me rechaces, porque no sé lo que me has dado y me tienes loco. Necesito estar contigo.

Lucía se acercó a sus labios y mordió el inferior ligeramente, atrapándolo entre sus labios finalmente para chuparlo.

—Llévame al cielo, si quieres.

No hizo falta que se lo repitiera más veces: la tomó de la mano y caminaron por un sendero que los llevó al apartamento de Rodrigo.

Mientras, por una ventana que daba al parking, Dulce miraba cómo aquel que ella consideraba aún su marido pretendía retozar con otra mujer. No lo iba a consentir.

La respiración de los dos era acelerada. Rodrigo abrió la puerta del apartamento con urgencia para hacerla pasar, la volvió a tomar de la mano y la llevó directamente a la habitación sin ni siquiera encender las luces. Tuvieron la suerte de que la noche era clara y la luna llena iluminaba toda la estancia; se miraban con urgencia. Se distinguían entre la belleza de la luz que la luna dejaba pasar por la ventana de la habitación. Fue Rodrigo quien se acercó a ella.

—Lo cierto es que llevo esperando toda la noche estar a solas contigo.

Lo miró con intensidad; las palabras de Lucía se perdieron en el aire, pues no supo qué decir en ese instante en el que los ojos de él la miraban con una fuerza que dolía. Con una mano la sujetaba fuertemente por la cintura, con la otra le acariciaba ligeramente el pelo.

—Quiero que me des una oportunidad. —Susurró acercando sus carnosos labios a los de ella.

En ese momento Lucía cayó, y lo hizo de tal manera que no era capaz de decir ni una palabra. La luz exterior que entraba sin dilaciones hacía que se vieran perfectamente sin necesidad de encender ningún interruptor.

Con una mirada, con unas palabras directas, había despertado el instinto sexual de Lucía. La miraba con descaro detrás de esas espesas pestañas negras, notaba cómo la desnudaba con la mirada. La ruborizaba.

Se sintió como si la sangre comenzara a hervirle por las venas en el instante en el que él se humedeció los labios en un gesto que, estaba segura, fue espontáneo. Y ya no pudo resistirlo más, se abalanzó a sus labios con urgencia, deseo, necesidad. Rodrigo respondió con la misma ansia, con la misma voracidad. Se abrazó a él con fuerza, incitándolo a que hiciera lo mismo. Lo acariciaba con fiereza y una necesidad adquirida, olvidando de tal manera dónde se encontraba que, al notar que su espalda se apoyó en la pared, se hizo consciente de la creciente urgencia.

Atrapada entre esos dos muros, el de hormigón y el que constituía el cuerpo de Rodrigo, se dio cuenta de cómo afectaba su mutuo desenfreno sexual a su cuerpo. La dureza de su pene se restregaba contra su cadera y sus manos estaban por todo el cuerpo. Lucía sintió cómo una de sus manos arremangaba su falda, desnudando sus piernas; ligeramente, agarró su muslo y se lo colocó cerca de la cadera para después recorrerlo a mano abierta hasta llegar a su culo. Lucía echó la cabeza para atrás y los labios de Rodrigo se pasearon por su cuello. Ella metió sus manos dentro de su camisa y acarició sus abdominales mientras subía hacia su pecho. Él levantó los dos brazos para dejarse quitar la camisa y quedarse sólo con los pantalones.

Al instante miró hacia un lado tratando de ubicarse, en breve Lucía descubriría lo que buscaba,

pero inmediatamente después de que volviera a mirarla con esa fuerza tan intensa. Se acercó, le ofreció su mano tomándola y la ayudó a avanzar hasta colocarla cerca de un aparador. Se puso de rodillas, con suavidad le quitó un zapato después del otro, y acarició sus piernas mientras subía con parsimonia para desprenderse del vestido. No llevaba sujetador, y el tanga que había decidido ponerse era minúsculo.

—¿Cuántas veces te han dicho lo hermosa que eres? —«Con esas palabras, pocas», pensó.

—No muchas. —Y desde su posición, vio cómo una de sus cejas se levantó en señal de incredulidad. Lucía sonrió ligeramente, acercándose a su vez hacia el botón de su pantalón. Él intentó apartarle las manos, pero su mirada lo detuvo.

—Todos en igualdad de condiciones —expresó ella mientras se los dejaba caer hasta los pies, para luego quitárselos, junto a los zapatos.

Ahora los dos estaban sólo en ropa interior. Su mirada iba recorriendo el cuerpo de Lucía de abajo arriba, deteniéndose en sus pechos y sus labios. Al sentir de nuevo esa mirada, ella hizo el amago de acercarse a él, e inmediatamente la agarró por la cintura y la aupó en el aparador mientras su boca se entretenía en sus pezones. Los mordía, los succionaba, los lamía, y ella sujetaba su cabeza entrelazando su pelo entre sus manos. Se la izó, quería besar esos labios, morderlos, jugar con su lengua.

Era mucho más de lo que Lucía nunca pudo imaginar, agresivo en su impulso dentro de su boca, con su lengua recorría cada rincón y con su punta paseaba por el contorno de sus labios. Ese hombre la estaba volviendo loca y conseguiría, si seguía así, llevarla con sus besos al orgasmo. Pero mientras pensaba en aquello, con su lengua tentándola entre sus labios, una de sus manos apartó lo poco de la ropa que tapaba su sexo y le acarició el clítoris. Ella mordió su labio inferior en ese instante; él sintió que lo que hacía le gustaba y acertó a seguir jugando.

Olvidó por un instante su boca y, sin quitarle el tanga, posó ligeramente la punta de su lengua en su clítoris. A partir de ahí, Lucía olvidó dónde estaba, sólo quería sentirlo y no caerse del aparador. Aunque de eso ya se encargaba él.

—No... —Lucía abrió la boca para mirar a Rodrigo, y él la miró entre sus piernas, asustado—. Es que no quiero correrme aún —consiguió balbucear.

—Déjame hacerlo, por favor. —Y ella dejó las manos en su cabeza mientras diestramente la llevaba al cielo. Lo hizo de una manera espectacular; tanto es así que Lucía ni siquiera fue consciente de si hizo algún sonido o simplemente lanzó un grito ahogado. Sólo sentía que las manos de Rodrigo se apoyaban en su cintura y por detrás del cuello, sujetándola.

Lo besó despacio mientras la ayudaba a incorporarse. Ella lo llevó a la cama, lo hizo sentar a los pies y lo echó hacia atrás mientras se tumbaba encima de él. Comenzó a recorrer su cuerpo con la lengua: el pecho, el estómago... el principio de su sexo. Bajó sus calzoncillos por entero; lo tenía desnudo frente a ella y él no dejaba de tocarla a cada instante. Acariciaba sus pechos, sus caderas, el pelo, los labios... esos que ahora se posarían en su pene con necesidad. Se lo lamió con cuidado, y sintió cómo su piel se erizó. Lucía sonrió, pues, a pesar de todo, sabía que en ese momento lo tenía a sus pies. Pero, como prefería tenerlo sexualmente activo, se lo llevó por completo dentro de su boca. Lo recorría desde la base hasta la punta, saboreando, masajeando, lamiendo, succionando suavemente, con fuerza, rápido.

La respiración de Rodrigo era intensa, sus manos acariciaban el pelo de Lucía sin forzar su cabeza. Era consciente de que se correría de un momento a otro, notaba cómo cada vez se ponía más y más tenso.

Por eso, cuando paró, Lucía se sintió por un segundo perdida, pero al incorporarse la tomó y la

tumbó a su lado, le quitó el tanga y se puso encima de ella para continuar con su magnífico juego de lengua, cuello y pecho; sentía pasión por ellos. Los acariciaba, los masajeaba, la besaba. Era como si quisiera alargar lo inevitable, algo que Lucía estaba deseando sentir.

—Me gustaría que me la metieras —le dijo mordiendo el labio inferior.

—Ahora, bella. —Se levantó de la cama para coger un condón. Se lo puso con destreza y tranquilamente se sentó en una silla al lado de la ventana. Lucía lo miró para sólo distinguir una figura a contraluz, un cuerpo cerca de la ventana, sentado. Se acercó sensualmente, pues sabía que desde esa posición toda su figura se veía plenamente, desnuda y entera para él. Sonrió justo cuando se puso de frente acercándose para besarlo sensualmente mientras se sentaba a horcajadas sobre sus piernas. Notaba su pene caliente cerca de su vagina, necesitaba tenerlo dentro. No se lo pensó mucho: se levantó ligeramente y se dejó caer para llenarse de él; su sexo se metió por completo en ella mientras un gemido salía de su garganta.

Rodrigo la sujetó con fuerza de la cintura para que no se moviera y comenzó a susurrarle las cosas más bonitas que nunca nadie le había dicho mientras tenía sexo. Estaba claro que estaba a punto de correrse, observó Lucía mientras ella pensaba que le ocurría exactamente lo mismo. Un poco más y volvería a ver las estrellas a su lado.

—Eres la cosa más hermosa que he tenido entre mis brazos —le susurró al oído a la vez que le daba un pequeño empujón como señal para que volviera a moverse.

Los pies de Lucía se sujetaban en el suelo, las manos se apoyaban en sus hombros para así poder balancearse y buscar el clímax. Él, mientras, la miraba embobado con una mano en su cintura y otra en el clítoris.

Y finalmente su cara se contrajo en una mueca de satisfacción y locura. Se corría mientras sus caderas seguían empujando dentro de Lucía con dureza y sus pechos continuaban subiendo y bajando. Abrió los ojos, clavando, de nuevo, su mirada en la de ella. No paró; simplemente con ligeros movimientos de cadera, se acompañó para volver a hacerla correr. Lo consiguió sin muchos problemas; mientras el cuerpo de Lucía se arqueaba hacia atrás, la besaba entre los pechos mientras se corría. Cuando terminó, volvió a hacerlo... otro beso de esos que hizo que subieran al séptimo cielo.

Rodrigo la miró ensimismado. Salió de ella para quitarse el preservativo, lo dejó tirado en el suelo y la tomó en brazos para llevarla a la cama.

—Quiero que me vuelvas a besar como lo has hecho antes.

—¿Cómo, así? —Se acercó a él despacio, lamiendo sensualmente sus labios, chupando el de arriba y después el de abajo para, poco a poco, meter su lengua dentro de él y después amarrarlo a su cuerpo.

—Me has vuelto a provocar una erección.

—¿Comenzamos de nuevo? —le preguntó ella mientras rasgaba un preservativo y se lo ponía.

—Comenzaremos todas las veces que tú quieras —le respondió mientras volvía a penetrarla.

El sol entraba con fuerza por la ventana dando de lleno en los ojos de Lucía, que se desperezó lentamente. Al segundo se sintió algo angustiada porque no reconoció el lugar donde se encontraba, pero, tal como le entró esa sensación, recordó lo que había pasado la noche anterior. Sonrió e intentó buscar con la mirada a Rodrigo, hasta que vio un papel en la mesilla que se encontraba en su lado.

«Tengo que trabajar. Estaré por aquí, búscame. Un beso. R.»

Se desperezó en la cama dispuesta a comerse el mundo, era feliz. La posibilidad de creer en una

vida diferente y con algo de chispa le hacía sentirse bien, le hacía sentir que se merecía una existencia llena de cosas buenas.

Estaba cerrando la puerta del apartamento de Rodrigo para irse a su habitación cuando una voz por detrás la sobresaltó.

—¿Has dormido bien? —Lucía se giró para ver la cara de Dulce.

—Lo siento, no quiero problemas. Adiós —Continuó caminando sin mirarla.

—Sabes que eres un entretenimiento. Te irás y yo seguiré aquí —le gritó mientras se iba.

Por desgracia, con esas palabras le hizo poner los pies en la tierra. Ciertamente ella se iría de nuevo a Madrid, quizá no volvería a verlo. O, peor aún, si no conseguía que entendiera lo de Belladona...

Bajó al restaurante a desayunar después de darse una ducha en su habitación y ponerse el biquini. Ya era tarde, pero aun así estaba lleno de gente. Vio de lejos a Rodrigo; estaba guapísimo, vestido con pantalón de color oscuro, una camisa blanca remangada y el pelo revuelto... como recién salido de la cama. Se le hizo un nudo en el estómago al recordar la «cama» y las dos veces que habían tenido sexo en su apartamento. Se excitó sólo con el recuerdo.

Él se encontró con su mirada y le sonrió de lejos; levantó la mano haciéndole una seña para que se acercara.

Se puso a su altura y lo primero que él hizo fue darle un beso en los labios. Lucía se ruborizó.

—¿Y eso?

—Pues eso es que no te había visto desde que me fui de la cama. —Sonrió de oreja a oreja —. Y tengo ganas de volver...

—Cuando quieras —Sonrió ella a su vez.

—Estoy a punto de cerrar la cocina; si puedes esperar un rato, desayunamos algo juntos.

—Sí. No hay problema. ¿Dónde te espero?

Aquella mañana la pasó entre las risas con Rodrigo y descansando en la piscina. No se cruzó con Dulce en ningún momento, librándose así de otro encuentro desagradable, del cual no habló para no complicar más la situación que, al parecer, ya vivían.

Capítulo 7

Lucía aún estaba alucinando. Rodrigo era todo lo que decía por correo: dulce, preocupado, amable y divertido. Comenzaba a sentirse mal por estar jugando con él. Pero no quería herirlo, no sería bueno, tal vez si Belladona desapareciera...

Una llamada al teléfono de la empresa la sacó de su ensimismamiento tumbada en la piscina. Miró el número y se sobresaltó, era Rodrigo que llamaba a Belladona. No lo cogería, esto realmente se le estaba yendo de las manos y lo mejor era cortar por lo sano. No pudo ni escribir un WhatsApp, ya que al rato apareció delante de ella con la misma sonrisa de siempre; en realidad estaba hecha un lío, no sabía qué pensar de todo eso, ni lo que tenía él en su cabeza al haberla llamado. ¿No sería por su último mensaje diciendo que iría a verlo? Eso era, la llamaba para decirle que todo había cambiado, que había conocido a alguien y que...

Un beso en los labios hizo que despertara de su ensoñación.

—¿Qué tal? —preguntó Rodrigo.

—Pues ahora que estás de nuevo aquí, mucho mejor.

—Me he escaqueado de la hora de la comida. María me va a hacer el favor y así puedo pasar más tiempo contigo.

—¿No crees que pueden decirte algo?

—¿Al jefe? —Se puso frente a ella quitándole el sol—. No, no creo.

—En serio, no quiero que tengas problemas.

—El problema lo tendré el día que no estés por aquí —dijo serio—. Pero ahora no quiero hablar de ello.

—Creo que es algo que deberíamos tener en cuenta.

—¿Me dices que esto tiene fecha de caducidad? —Se sentó en la tumbona con ella.

—No, te digo que tendremos que hablar de ello.

—¿Hoy? —preguntó mientras le tomaba la mano y se la llevaba a los labios para besarla.

—Podemos esperar hasta cuando tú quieras.

—¿Comemos? —La invitó a una mesa cerca de la piscina que ya estaba siendo servida.

Lucía se levantó sonriendo y le cogió de la mano.

Ya estaban finalizando la comida cuando Lucía preguntó:

—¿Cuándo tienes que volver a trabajar? —Ella rebañaba lo poco que quedaba de su helado de lima.

—Pues, en realidad, no he de volver. María me echó a la calle. Me dijo que, durante el día de hoy, no volviera a aparecer. Que ella se encargaría de todo.

—¿Y Dulce? —Aprovechó para lamer la cucharilla de postre, sacando instintivamente la lengua.

—Ya se encargará María —le respondió sin dejar de mirarla.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—¿Puedes hacer el favor de dejar de comerte el helado?

—No. Me gusta y no voy a dejar de comerlo. ¿Por qué te pones así?

—Como sigas lamiendo así la cuchara vas a tener problemas aquí mismo.

Lucía lo entendió inmediatamente. Y no contenta con ponerle nervioso con su lengua, sacó el pie de la chancla para levantar la pierna y así posarla en su entrepierna mientras lamía sensualmente la cucharilla.

—Bruja, ¿qué me has dado?

—Lo que has pedido...

Al rato estaban los dos subiendo las escaleras de la posada, iban a la habitación de Lucía. Ésta metió la mano en su bolso y sacó la llave para abrir.

—Tengo que ir un momento a mi apartamento.

—¿Para qué? —le preguntó ella.

—¿Preservativos?

—Tengo. Las chicas también somos precavidas.

—Me gusta —dijo él mirándola intensamente.

La puerta finalmente se abrió y los dos entraron; los nervios se dispararon.

—Cerraré la puerta con la llave —logró decir ella.

Cuando lo hizo, se giró y se dejó caer contra la misma respirando profundamente, mientras lo miraba con tanta intensidad que podría fundirse en sus ojos. Ninguno de los dos parecía querer dar el primer paso, el aire olía diferente: las hormonas del deseo que desprendían sus cuerpos se mezclaban, provocando olas de calor.

Finalmente fue Rodrigo el que primero se quitó la camiseta, lanzándola a un lado de la habitación. Lucía seguía sus movimientos, sintiéndose la presa de un gran felino que se acercaba con hambre. Con mucha hambre.

Lo tuvo frente a ella, sus ojos eran de un verde oscuro, peligroso, y, mirándola fijamente, una mano se le acercó para agarrarle el cuello de forma posesiva; con la otra, desabrochó el pantalón corto de Lucía y bajó su boca, ansiosa por entrar en ella de nuevo. La poseía con su lengua, la ansiaba, la penetraba con su necesidad...

—Quiero poseerte, quiero hacerte mía. —Le habló al oído con voz queda, mientras la desvestía con necesidad—. Si hago algo, lo que sea, que no te guste, dímelo. Hoy será diferente a ayer.

—No me gusta que no me beses —sentenció ella agarrándole por el pelo y acercándolo para morder su labio inferior antes de lamerlo y volver a besarlo con fuerza.

No iban a hacer el amor, eso estaba claro, iban a tener sexo salvaje. Primitivo. Natural.

Se movieron por la habitación. Rodrigo era un experto en guiarla sutilmente por donde él quería. Y lo que deseaba era ponerse frente al espejo que estaba a los pies de la cama.

Estaban frente a él y Lucía ni se dio cuenta hasta que la giró para que viera lo mismo que él. Los dos reflejados y respirando ansiosamente, hiperventilando.

—Mírate. —Rodrigo se encontraba a su espalda, apretando su excitado sexo contra su trasero—. ¿Lo notas? —Lo movió contra ella.

—Sí, me gusta sentirte así —le respondió.

Le desprendió de la camiseta que se había puesto para comer en la piscina y le bajó los pantalones, dejándola con el bikini frente al espejo. Los labios de Rodrigo mordieron su cuello con

sutileza, recorriéndolo hasta llegar al lóbulo para lamerlo con suavidad. Sus expertas manos sabían trabajar por separado a la perfección, acariciando su estómago por un lado y desabrochando la lazada de la parte superior con la otra, dejando expuestos sus pechos.

—Eres preciosa —le susurró mientras pellizcaba uno de sus pezones ligeramente y ella cerraba los ojos excitada—. Lucía, abre los ojos. No los cierres, quiero que veas todo lo que yo estoy viendo de ti. —Y a continuación metió la otra mano dentro de la braga del biquini para acariciar con su dedo corazón el clítoris. La «O» que se formó en la boca de ella lo decía todo.

Rodrigo la poseía sin remedio aun sin haberla penetrado. Lo tenía a su espalda, apretando con sus brazos su cuerpo contra él, sintiendo su pene erecto mientras una de sus manos le pellizcaba los pezones alternativamente y la otra se perdía jugando con su clítoris y la lubricación de su sexo.

—Eres suave, muy suave, y quiero meterme dentro de ti igual de suave para probarlo.

Lucía echó la cabeza hacia atrás a la par que levantó los brazos y los amarró en el cuello de Rodrigo, haciendo así que bajara la cabeza para poder besarle, lamerle y morderle los labios.

Se giró para ponerse frente a ella.

—No quiero que dejes de mirar el espejo, quiero que me mires, que nos mires mantener sexo.

—No sé... no sé si seré capaz de mantener los ojos abiertos.

—Lo harás, seguro que lo harás —le dijo mientras frente a su sexo le bajaba la braga del biquini.

La tenía totalmente desnuda; la miró y volvió a besarla, sujetándola por el cuello y tocando su culo. Después, lentamente, se dejó caer a sus pies y puso la cara en su sexo.

—Abre las piernas, Lucía.

Obedeciendo ciegamente las ordenes de Rodrigo, las abrió.

Lo tenía de rodillas delante suyo cuando sus manos acariciaron sus rodillas y subieron lentamente. Notaba su respiración justo delante de su clítoris, aumentando su excitación a un nivel increíble, sintiendo cómo sus caricias subían hasta su vagina.

Rodrigo puso sus manos a los lados del sexo de Lucía y, con sus dedos pulgares, lo abrió exponiéndolo a su antojo.

Un ligero toque de lengua, un golpecito para volverla un poco más ansiosa.

Se lo hizo saber cuando sus manos fueron a su cabeza y le sujetó del pelo. Fue el revulsivo perfecto para que él metiera la lengua hasta el fondo, lamiéndola de arriba abajo, mordiéndola, jugando, chupando...

—Me voy a correr, Rodrigo, no voy a aguantar —comentó con voz entrecortada.

—Hazlo y déjame verlo, déjate verlo —le dijo al tiempo que introdujo un dedo hasta el fondo, curvándolo para llegar a su punto G, mientras su lengua comenzaba a moverse de forma más intensa al igual que sus dedos en su interior.

El grito que salió de la garganta de Lucía fue liberador, esta vez sí se oyó; sus manos se apoyaban con fuerza en la cabeza de Rodrigo, pues se hubiera caído y él la sujetaba por la espalda sin dejar de lamer y apretar sus dedos dentro.

No dejó que respirara, no dejó que tomara un momento cuando oyó de nuevo la voz de Rodrigo y le dijo que se pusiera sobre el arcón que estaba a los pies de la cama.

—Pero... —comentó ella insegura.

—¿Confías en mí? —le dijo de pie, frente a ella, y bajando su boca para besarla con ansia.

—Sabes a mí —le respondió juguetona por primera vez, como si comenzara a tomar conciencia de sí misma y de todo lo que estaba sucediendo en esa habitación.

—Es una delicia probarte. —La puso sobre el arcón, colocándola a cuatro patas, de nuevo frente

al espejo—. Mira ahora cómo voy a estar dentro de ti.

Lucía no dejó de mirar el espejo ni de mirarle a él a los ojos, no apartó su vista ni siquiera cuando se movió un momento de su lado, se quitó el pantalón y se colocó el preservativo.

Volvió a acercarse a ella por detrás y, tomando su erección con la mano, la acercó a su sexo y jugó con ella, acariciándolo de arriba abajo con la punta. Con la mano libre acariciaba su culo y la espalda; él también miraba ese espejo que no dejaba nada a la imaginación.

—¿Qué vas a hacer con eso? ¿Sabrás usarlo? —retó Lucía con una malévola sonrisa en su rostro. No, esto no era como el sexo tranquilo que practicaron anoche. Esto era salvaje.

Como contestación recibió todo el pene de Rodrigo dentro de ella de un golpe, haciendo que saliera de ella un grito ahogado.

—¿Te parece bien este uso? —le dijo él con rostro acalorado.

—Era el que esperaba —respondió moviéndose provocativamente para que él tomara las riendas.

Rodrigo la tomó por las caderas, la movió ligeramente para que su imagen se viera reflejada a la perfección y, mientras una mano la sujetaba con fuerza, la otra se fue a su pelo para amarrarlo y tirar de él ligeramente. En el espejo se veía la cabeza de Lucía echada para atrás, formando así un perfecto arco en su espalda. Y, de esa manera, el movimiento de Rodrigo comenzó a ser cada vez más y más fuerte.

—¿Te gusta? —le preguntó mientras se movía dentro de ella y tiraba a la vez.

—Sigue, no pares ahora. No...

—Tranquila, no pensaba hacerlo —respondió mientras continuaba con su vaivén y soltaba el pelo de Lucía para llevar su mano al clítoris y estimularlo.

—Sí, sí... Sigue así. Voy a volver a... —Y de nuevo volvió a gritar de placer sintiendo cómo Rodrigo había tomado fuerzas nuevas y la bombeaba con más fuerza.

—Me voy a correr, Lucía...

Un sonido gutural salió ronco de su garganta. Rodrigo había llegado a su éxtasis e inmediatamente se había dejado caer contra ella.

La besó en la espalda, salió con cuidado y la levantó para llevarla a la cama. Entre sus brazos, ella se dejó querer; abrió la cama y la metió dentro. Él se limpió e inmediatamente se acurrucó a su lado, besando a su somnolienta acompañante.

—¿Estás bien? —preguntó él.

—Mejor que bien —respondió acurrucándose contra él—. Ha sido increíble. Te lo prometo.

—Me daba un poco de miedo que quizá mis formas de tener sexo te parecieran algo bruscas —le dijo mientras acariciaba su pelo.

—¿Sabes lo que a mí me ha sorprendido? —Él negó con la cabeza—. No haber sido yo quien llevara las riendas.

—¿Y eso?

—Estoy acostumbrada a mandar en todas partes. En la cama también —resolvió comenzando a reír.

—Me encantas. —Se lanzó a devorarla a besos—. Pero ya en serio, ¿todo bien?

—¿Por qué te preocupas tanto? —Lucía lo miró preocupada.

—Es que no siempre, cuando soy yo quien toma las riendas, gusta.

—A mí me gusta. —Sonrió.

—¿En serio? —La mordió en el cuello—. Entonces tendré que probar contigo un par de cosas.

Y no había terminado todavía la frase cuando se escondió bajo las sábanas y comenzó a morder

su clítoris, haciendo que se retorciera de placer.

Capítulo 8

Ése era su cuarto día con él. Se sentía en las nubes al despertar de nuevo a su lado. Hoy, extrañamente, ella había sido la primera en abrir los ojos, quizá poco acostumbrada a compartir la cama con alguien desde hacía tiempo.

Se levantó despacio, no quería despertarlo. Anoche se acostaron muy tarde; se sonrojó por el recuerdo de la causa de su desvelo, pero es posible que el hecho de pensar en cómo podría deshacer el entuerto de Belladona le quitara el sueño. Quedaba muy poco tiempo, apenas dos días más para que se marchara.

Se quedó mirando fijamente el paisaje que disfrutaba desde la ventana de su habitación. Echando por un segundo la vista atrás, como si quisiera retener esa visión para siempre, grabó la imagen de Rodrigo durmiendo bocabajo, tranquilo, sin sobresaltos, relajado.

Ella estaba completamente enamorada. Para él era todo novedad, para Lucía era una constatación de que él era la persona que siempre había buscado, el hombre con el que había soñado y que se había hecho realidad gracias a unos correos electrónicos.

Giró su rostro en dirección a la ventana y se perdió en sus pensamientos, asustada por todo lo que sentía por él. Era tan raro, tan difícil que entendiera que ella y Belladona eran la misma persona, que no tenía que pensarlo mucho más, que eran la misma, que podían...

Notó cómo un cuerpo desnudo se pegaba al suyo.

—¿Qué haces despierta? —le preguntó mientras la abrazaba.

—No puedo dormir. No pretendía despertarte, aún es muy pronto. —Continuaba mirando por la ventana.

—Deja de pensar. —Lucía se sorprendió por aquella frase—. No es necesario que le busques explicación a todo, déjate fluir. Disfruta de todo lo que la vida te ofrece.

—¿Cómo sabes qué pensaba?

—No sé qué es lo que pensabas, pero sí que le estabas dando vueltas a algo.

—¿Por qué no volvemos a la cama e intentamos dormir un rato más? Hoy no tienes el día libre, ¿verdad?

—No, por eso podríamos... —Cogió su cuerpo y lo giró para ponerla frente a él, mientras la besaba en el cuello—... tener un buen despertar.

—Eres insaciable. —Se dejó hacer.

—Me haces insaciable —concluyo agarrándola del cuello y la cintura para atraer su boca a la suya.

Cuando volvió a abrir los ojos, de nuevo, estaba sola en su habitación y una nota le decía lo

mismo que la vez anterior. «Búscame. R.»

No lo encontró en el comedor a la hora del desayuno, así que se sentó tranquilamente en una mesa, para disfrutar de su té y unas tostadas. En su mente, mientras echaba un poco de leche a la infusión, maquinaba la manera de poder abordar el tema de la web de contactos con Rodrigo, pero se le estaba haciendo cuesta arriba. Tal vez lo mejor, lo más sencillo, fuera hacer que su alter ego desapareciera para siempre, y quizá, un día, decirle que había encontrado a otra persona.

Finalizado su desayuno, se dio una vuelta por la posada buscando infructuosamente a Rodrigo, así que se dirigió a su apartamento. Quizá estuviera allí. Entró en él, puesto que la puerta estaba abierta, y comenzó a llamarlo.

—¿Hola? Rodrigo, ¿estás ahí? —Caminó hasta la habitación, pues oyó el sonido del agua de la ducha. Pero lo que se encontró al abrir la puerta fue algo más que inesperado.

En la cama estaba Dulce, desnuda, mirándola a los ojos y sonriendo con maldad, encima de unas sábanas revueltas. Lucía se quedó con la cara desencajada y sin saber dónde mirar; la puerta del cuarto de baño se abrió y salió de ella Rodrigo, con una toalla en la cintura. Miró a Dulce en la cama y a Lucía en la puerta.

—No es lo que estás pensando —dijo él.

—¡Qué típico! —susurró por lo bajo ella a la vez que se daba la vuelta y salía por la puerta lo más rápido que pudo. No se quedó para escuchar sus explicaciones.

Toda su vida había esperado tener una segunda oportunidad, todo el mundo tenía derecho a disfrutar de segundas oportunidades. Pero, visto lo visto, ella no tendría ninguna más. Había pensado que Rodrigo sería su ángel, aquel que con sus alas la arroparía para poder olvidarse de todo lo que pasaba a su alrededor. Desgraciadamente, esos brazos no serían los que la sostuvieran más. Se encerró en su habitación y dejó que silenciosas lágrimas se deslizaran por su rostro. Él no la siguió, y ella pensó que no le interesaba... había descubierto su juego a dos bandas. Se lo merecía, ella también le estaba mintiendo y sabía que el karma era implacable. Esto le pasaba por...

Unos golpes la despertaron.

—¿Quién es?

—Lucía, por favor, abre.

—Rodrigo, en serio, no es necesario que me des explicaciones.

—Lucía, tengo que darte explicaciones porque te las mereces.

—No, de verdad. —Intentaba mantener la compostura sin echar ni una lágrima.

—Por favor, te suplico que me abras la puerta y hablemos.

Finalmente cedió a su requerimiento de abrir la puerta, pero no lo dejó pasar.

—Lo que tengas que decirme, dímelo ya, y así terminamos antes. Yo haré mi maleta para marcharme. Tampoco cambia mucho, ya sabías que me iba en dos días. —La cara de Rodrigo se entristeció.

—¿Dos días?

—Pero qué más te da ahora que has vuelto con tu ex.

—Yo no he vuelto con ella —se defendió muy enfadado.

—Perdón, entonces... cuando tú me contaras que te la estás tirando a la vez que a mí.

—Lucía, cállate.

—¡No me mandes callar! —gritó tremendamente ofendida.

—¡Calla y escucha! —Él a su vez subió el tono.

—¿Pero quién te has creído que eres?!

En ese instante, por el pasillo, una pareja caminaba perpleja al ver al dueño de la posada discutiendo con una «cliente».

—Por favor, Lucía. ¿Me dejas pasar a tu habitación para poder hablar? —Giró la cara en dirección a los clientes mientras sonreía y saludó—: Buenos días.

—Buenos días —respondieron ellos dos.

—Pasa. —Se apartó de la puerta, no quería dar un espectáculo.

—Lucía, ¿puedo hablar sin que me interrumpas?

Asintió vehementemente mientras se acercaba a una de las ventanas de la habitación y se apoyaba en ella con los brazos cruzados. Sí, quería mostrar que estaba cerrada en sí misma. No le importaba.

—Lo que has visto no es lo que parece. —Oyó una ligera risa sarcástica procedente de la ventana—. Bueno, no es la mejor frase para comenzar, pero es real.

Se acercó a ella con pasos lentos.

—Lucía, no tengo idea de lo que estaba haciendo Dulce en mi apartamento. Cuando esta mañana te he dejado dormida, ha sido como si dejara a una hada: una parte bella de la vida, descansando después de haber estado en mis brazos.

—Muy bonito. —Se acercó del todo para ponerle un dedo en la boca.

—Es cierto, Lucía, cuando abrí la puerta del baño, pues salí de aquí para ir directamente a servir desayunos y no me aseeé, no tenía idea de lo que hacía en mi cama. Y mucho menos deshecha y ella desnuda. —Separó los brazos de su pecho para bajárselos a los lados de su cuerpo y acariciarlos de arriba abajo—. Te fuiste demasiado rápido.

—¿Pero no viniste a por mí?

—Creí que lo más importante en ese momento era aclarar las cosas con Dulce. Me confesó que se estaba muriendo de celos, que no podía soportar que me estuviera viendo con una mujer. Que había planeado esto desde el primer día que salimos a cenar. Me gritó que, si no era de ella, no sería de nadie. Como comprenderás, la eché. La he echado para siempre.

—Oh, Rodrigo. Y yo que pensé que...

—No pienses nada. No me gustan las mentiras, no me gustan los dobles juegos. Siempre voy con la verdad por delante. —La abrazó y le dio un beso en la cabeza. Y lo cierto era que, pudiendo hacer que Lucía se sintiera mejor, sólo había hecho que se sintiera mucho peor... sólo pensaba en la advertencia de su amiga Lourdes.

Para compensarla, Rodrigo quiso invitarla formalmente a cenar en su apartamento y que lo conociera a la luz del día, porque sólo había pasado una noche en allí, y sin interrupciones. Así que, a la hora prevista, llamaron a la puerta de la habitación de Lucía.

—¿Sí?

—¿Estás ya?

—Un momento, pasa, está abierto. —Rodrigo abrió la puerta.

—¡Guau! Estás guapísima.

—Eres un adulator —le respondió abrochándose las sandalias de tacón alto. Llevaba una minifalda con vuelo y una camiseta de tirantes de color verde aguamarina. El pelo, recogido en un moño informal.

—¿Nos vamos? —le dijo extendiendo su mano.

—Me echo perfume y nos marchamos.

Bajaron por las escaleras y salieron por una puerta trasera. Caminaron el sendero empedrado que finalizaba en su apartamento. Sacó la llave y abrió la puerta; haciendo un ademán, le indicó que pasara.

—Bienvenida a mi casa —dijo Rodrigo, y ella entró en el apartamento como si fuera la primera vez, aunque era la tercera; pero en realidad así era, pues, la primera vez sólo estuvo en la habitación y la segunda, esa misma mañana, tras el episodio con Dulce, no se había fijado mucho, se sentía una intrusa.

Estaba decorado con colores muy cálidos. Tenía un pequeño salón, una cocina y habitación con baño.

—Es pequeño, pero suficiente para mí. Si quiero espacio, me voy a la playa.

—Es precioso. Acogedor, hogareño —dijo ella desde el corazón.

—Gracias. —Se acercó a ella y tomó su cara con las dos manos, para besarla luego suavemente, haciendo que los brazos de Lucía se amarraran a su cintura y dejando que sus lenguas jugaran—. Deberíamos parar un poco. No llegaremos a la cena.

—Tienes razón, Rodrigo.

—¿Una cerveza antes de cenar?

La noche fue divertidísima. Aparte de ser un cocinero excelente y preparar una cena exquisita, no paró de contarle anécdotas de las primeras veces que se había subido a la tabla de surf, cómo se había caído de bruces contra la misma más de cien veces...

—Te prometo que me sentí el hombre más torpe del planeta.

—Vamos, igual que yo la vez que fui.

—Y que volverás estos días.

—Rodrigo, me marcho en un par de días.

—No lo hagas. —Le tomó la mano.

—Tengo que hacerlo, pero no me voy a América, me voy a cuatro horas en coche.

—Bueno, bien. Pero harás surf conmigo alguna vez más, ¿verdad?

—Sí, pero no prometo mucho. —Vio cómo la cara de Rodrigo se iluminaba.

—Me encanta que no me digas que no a nada...

—Es imposible decirte que no. Y no es porque no quiera, es porque no me das posibilidad a negarme a cualquier cosa que me pidas.

—¡Lo sé!

—¿Eres así con todas las chicas?

—¿Todas las chicas? Si ya te he dicho que casi soy como un monje de clausura.

—Claro, por eso entiendo tan bien tus dotes amatorias.

—Y todavía no has probado las más depravadas... —Sonrió malévolamente.

—Estaré encantada.

—Hay tiempo para todo.

—Quiero tiempo y todo.

—Me estás poniendo a cien —sentenció levantándose de la mesa y cogiendo a Lucía en brazos para llevársela a la cama.

—¡Ehhhh! Que se andar —se quejó falsamente.

—Necesito que estés descansada para tener una jornada maratónica...

—De sexo...

—Perfecto, me lees el pensamiento.

La dejó en la cama. Se puso encima de ella mientras la besaba con pasión, centrándose en las sensaciones que le proporcionaba el momento. Y fue ahí cuando Lucía tomó la iniciativa y se puso encima de él.

—Ahora seré yo quien mande.

—No suelo... —Fue un dedo en sus labios lo que le hizo callar.

Le desabrochó la camisa y la abrió mientras un reguero de besos recorría su pecho bajando hasta su ombligo. Un ligero mordisco y un lametazo hizo pensar a Rodrigo que lo que estaba por venir merecía la pena.

Abrió sus pantalones y se los bajó hasta las rodillas; luego mordió su pene por encima del calzoncillo, acariciando sus testículos a la par. Él comenzó a respirar con fuerza a la vez que llevó sus manos hasta su cabeza, incitándola a que siguiera. No fue en vano, pues liberó su sexo de inmediato y Lucía lo lamió desde abajo hasta la punta soplando inmediatamente después.

—¡Oh, Dios mío! Necesito...

—Dime qué necesitas, Rodrigo. Dime lo que quieres y yo lo haré por ti.

—Métetela en la boca, llénate de mí.

—¿Ansioso?

—Cielos, Lucía, me tienes...

No le dejó terminar, pues se llenó la boca de él. Acariciando sus testículos, chupaba su sensible pene, y él, instintivamente, movía sus caderas a cada movimiento. La sacaba de su boca, la volvía a meter, la lamía, la mordía ligeramente, volvía a entrarla, con su lengua jugaba con la punta...

—Para —le rogó.

—¿Por? —preguntó.

—Me voy a correr si sigues así, y aún no quiero finalizar.

—Puedes correrte más veces.

—Sí, pero quiero hacerlo dentro de ti —dijo levantándose para despojarse de toda la ropa y quedarse desnudo—. Estoy en desventaja. Tú aún tienes toda la ropa puesta.

La tomó de la mano y la giró para tumbarla en la cama.

—Quiero ser yo ahora quien te dé placer.

—Me das placer desde el momento en que me miras.

Se levantó de la cama y tomó a Lucía de las piernas, acercándola hacia él. Las piernas colgaban a los lados de los pies de la cama y él estaba entre ellas. Se acercó para quitarle la camiseta muy despacio, levantándole los brazos por encima de la cabeza y así acompañando la ropa. La acarició por los costados en dirección descendente hasta su falda, pero no se desprendió de ella, la levantó un poco y posó sus manos en el tanga, deslizándolo por sus piernas.

—Soy un poco fetichista y no me importa follarte con algo de ropa puesta.

—Soy muy moldeable, tanto en cuanto tú te dejes también.

—Nos vamos a entender muy bien en la cama.

—¿No lo hacemos ya? Calla y come...

La risa de Rodrigo resonó con fuerza entre sus piernas. Su lengua se convirtió en una verdadera máquina de placer y consiguió llevarla al cielo no sólo una vez, sino dos, aprovechándose de la destreza de sus dedos en su vagina.

No contenta con ello, le pidió un preservativo y, ya con él puesto, de nuevo fue Lucía quien tomó las riendas y se montó encima de él. Le miró a los ojos, le amarró del cuello y, en el momento en que sus bocas se unieron, ella comenzó un vaivén para que sus cuerpos alcanzaran el orgasmo.

La intensidad cada vez era mayor y Rodrigo agarró a Lucía echándola hacia atrás para penetrarla con más profundidad.

—No pares ahora, cielo —comentó él.

—No, no, no...

Lucía fue la primera en llegar al orgasmo, dos empellones más y fue él quien alcanzó el suyo.

Capítulo 9

Los dos días que les quedaban fueron maravillosos. Noches de pasión, mañanas de surf, comidas y cenas divertidas. Pero Lucía tenía que regresar a Madrid; sus verdaderas vacaciones no comenzaban hasta agosto y quedaban aún un par de meses.

Aquella era la noche en la que debían despedirse, aunque sólo por un tiempo, pues tenían intención de hablar y verse algún que otro fin de semana antes de las vacaciones veraniegas de Lucía. Así podrían pensar en su futuro.

Y fue en aquel mismo lugar en el que vieron juntos caer el sol por primera vez donde aparcaron el coche. Deseaban recordar las cosas más bonitas que habían hecho juntos, no querían que se les olvidara ni una instantánea, ni un paisaje, ni un olor, ni un color.

El sol ya no estaba en el cielo; sólo la oscuridad auspiciaba la soledad de los dos amantes que se dirían adiós esa noche.

—Creo que sí que te echaré un poco de menos —dijo Rodrigo apoyado en el capó del coche de Lucía.

—Pues me alegro —sonrió ella—, porque creo que a mí me pasará exactamente lo mismo. —Dijo esto mientras lo acorralaba entre el capo y su cuerpo, empujándolo sobre el coche para luego gatear provocativamente por encima y enterrarle la cara en sus pechos.

Rodrigo no se quedó atrás: la atrapó por la cintura mientras lamía el canalillo entre sus senos.

—Lucía, ¿me estás provocando? —susurró—. Ya sabes que eso no es bueno.

—Tal vez lo malo sea bueno. —Y entonces él le mordió un pezón... allí, en un mirador en el que en cualquier momento podía llegar alguien. Exhibicionismo puro y duro. Al sentir sus dientes en el pecho, lanzó un grito de sorpresa que excitó a Rodrigo, porque inmediatamente la agarró con más fuerza.

—Quítate el tanga —murmuró mientras mordía su lóbulo.

—¿Yo? —preguntó recibiendo como respuesta un ligero movimiento de cabeza. Hizo caso y con sumo cuidado se lo consiguió quitar sin levantar demasiado la falda.

—Así me gusta, que seas una chica obediente —dijo mientras su mano derecha le subía la falda y con la izquierda sacaba sus pechos del sujetador. Quería tenerla desnuda frente a él, en un espacio abierto y «con toda la ropa» puesta.

Lucía se estaba excitando muchísimo, notaba cómo sus flujos la llenaban y quería sentirlo, anhelaba ver cuál sería su siguiente paso.

Rodrigo consiguió levantar del todo la falda, dejándosela enrollada a la cintura. Ella notaba que se estaba volviendo loco, la situación le excitaba casi más que a ella, ya que le pareció oír un gruñido salvaje, casi primitivo, que hizo que su mano bajara hasta su cremallera para sacar su pene, ponerse un preservativo y, sin más preámbulos, introducirse.

«Sí, señor —pensó Lucía—, estoy follando en la calle y me siento a mil.»

Era la primera vez que lo hacía y, entre embestida y embestida, notaba sus besos, sus mordiscos, sus dos manos agarrándola por la cintura y presionándola contra él. Hasta que ella perdió el sentido del tiempo, del lugar y el momento, dejándose arrastrar por la oleada de sensaciones que nacían en su vagina y explotaban por todo su cuerpo. En el momento de llegar ella al orgasmo, Rodrigo se quedó quieto un segundo dentro de ella e hizo un sonido gutural, también había llegado.

Se miraron a los ojos, unidos, y se abrazaron como si el mañana no existiera.

La cena estaba resultando fantástica; habían ido de nuevo al restaurante donde por primera vez cenaron juntos en Santander.

—Voy un segundo al baño y ahora mismo regreso —le dijo Lucía y se despidió de él con un beso en los labios.

—Prometo no moverme.

Le sonrió mientras se marchaba.

Como un movimiento mecánico, tomó su móvil para ver si tenía algún mensaje y a su mente acudió una palabra: Belladona. Estaba extrañado por el silencio en el que estaba sumida durante el día; decidió aprovechar ese rato en el que Lucía estaba en el servicio. Estaba decidido a contarle que, a pesar de que llevaban mucho tiempo conversando, había conocido a otra persona. No quería jugar a dos bandas, más cuando se estaba dando cuenta de que lo que tenía con Lucía merecía la pena.

Agarró su móvil y comenzó a escribir un WhatsApp. «Hola, Bella, estás muy callada. ¿Todo bien? Me gustaría hablar contigo.»

Miró la pantalla un par de veces y lo envió. En ese momento sonó el teléfono de Lucía, la pantalla se iluminó y mostró un mensaje. Su vista se dirigió hacia el móvil y Rodrigo vio que había aparecido su fotografía. Extrañado, cogió el aparato y vio que el texto que acaba de enviar estaba entre sus manos, en el móvil de Lucía, con la fotografía que le había enviado a Belladona.

Abrió y cerró los ojos un par de veces intentando asimilar lo que acababa de ocurrir. Lucía y Belladona eran la misma persona. Volvió a coger su móvil y envió otro WhatsApp, éste con malicia, mientras sentía que su rabia se hacía más y más visible. «Lucía, me has engañado.» Lo envió y, de nuevo, el teléfono de ella se iluminó y volvió a ver la misma imagen con el nuevo texto.

Respiró con dificultad, sintiendo cómo el enfado comenzaba a hacerse cada vez más intenso.

Lucía regresó del aseo.

—Te han envidio un par de mensajes al móvil —comentó secamente Rodrigo.

—Ah, luego los miro. No te preocupes, es el del trabajo.

—Creo que deberías hacerlo ya, nunca sabes si puede ser importante.

—No creo que ahora exista nada más importante que este momento.

—Míralo —insistió de nuevo.

—De acuerdo, no voy a discuti... —La cara le cambió por completo en el instante en que abrió los mensajes.

—¿Tienes que contarme algo? — le preguntó Rodrigo enfadado.

—Yo... —Lucía miraba el móvil y lo apretaba con fuerza.

—¿Sí? —Rodrigo, cuyo rostro se había desencajado, la miraba con el ceño fruncido.

—No quería engañarte —soltó clavando su mirada en la de él.

—Repito —dijo lentamente—, ¿tienes que contarme algo?

—Lo siento. —Bajó la mirada al mantel de la mesa—. Soy la mujer con la que llevas

manteniendo conversaciones por correo electrónico desde hace seis meses.

—¡Perfecto! —Arrastró con su movimiento la silla en la que estaba sentado y se levantó para marcharse.

—Deja que te explique, por favor —le suplicó Lucía casi sin voz—. Deja que te cuente...

Rodrigo no le hizo caso y salió disparado hacia la puerta de salida. Durante unos segundos ella se quedó paralizada; en su mente sólo se veían reflejados sus miedos, los temores que en este instante se estaban haciendo realidad al haber sido descubierta sin posibilidad de justificación aun a pesar de toda la razón que ella creyera tener.

Como un resorte, se levantó de la silla y salió tras de él; tenía que explicarse, quería hacerlo y así poder tener alguna oportunidad de redención.

En la puerta miró hacia su coche, pero él no estaba allí; giró la cabeza hacia el otro lado y lo vio caminando. Corrió hacia él.

—¡Rodrigo, espera! —lo llamó desesperada mientras lo alcanzaba.

—Lucía, si quieres hacer algo bien, déjame en paz.

—No, no sin antes explicarme.

—¿Qué es lo que necesitas explicar? ¿Tus embustes? ¿Los de Belladona? ¿Quién eres en realidad? —le espetó casi con lágrimas en los ojos.

—Rodrigo, por favor. Quiero que me entiendas...

—¿Entender el qué? ¿La mentira? —Se acercó a ella peligrosamente desencajado—. Ya que me conoces tanto, sabrás que la odio y no la perdono.

—Tenía miedo, Rodrigo. —Las lágrimas de Lucía ya eran evidentes en su rostro. Intentó acariciarle la mano y él se la retiró—. No sabía si era verdad lo que me estabas contando, si realmente las historias de aquel hombre eran reales. Si los sentimientos que dejaba ver a través de las letras de cada uno de los correos que recibía eran sinceros. No quería volver a fracasar.

—¡Y eso te da derecho a engañarme! ¡A jugar enviándome WhatsApps haciéndote pasar por alguien que no eres para follar conmigo!

—Nunca te mentí, siempre de conté la verdad, en todo momento. —Lucía estaba desesperada intentando de alguna manera ver dónde hallar el punto débil de Rodrigo para llegar a un entendimiento, pues ella no podía dejar de llorar.

—¿Que nunca me mentiste, Belladona? —lo dijo despectivamente—. Me da igual lo que tengas que decirme y cómo me lo tengas que decir. Me has engañado, has jugado a dos bandas conmigo y eso no lo voy a perdonar. —Se volvió a acercar a ella y, tomándola de los hombros mientras miraba sus lágrimas, le espetó—. Te quería Lucía, te quería... —terminó diciendo mientras una lágrima caía por su cara.

—No, no, no... —Desesperada, Lucía lo sujetó por la cintura—. Rodrigo, por favor, sé que hice mal. Sé que no debí mentirte, tenía que haberte dicho quién era desde el principio. Me atenazó el miedo a perderte. Yo también te quiero, te quiero y no soporto que esto acabe así.

—Lo siento, Lucía, esto ha terminado. —Rodrigo se separó de ella y continuó andando, alejándose de lo que posiblemente hubiera sido lo mejor que podía haberle pasado nunca.

—¡Te enamoraste de mí sin saber que era yo! —Y después de aquello, Lucía no fue capaz de decir nada más, sólo lloraba y se llevaba las manos a la boca para que el hipo de desolación no sonara demasiado en aquella soledad que la oprimía. Cayó al suelo y, allí, se abrazó a su desesperación mientras la figura de Rodrigo se hacía cada vez más y más pequeña.

Meses más tarde, Madrid

El frío atenazaba todos y cada uno de los músculos de su cuerpo. Miró el reloj, aún estaba a tiempo de echarse para atrás y no salir con Lourdes; cogió el móvil y comenzó a escribirle un WhatsApp cuando vio que tenía un mensaje nuevo de ella: «Como estoy segura de que vas a enviarme un mensaje diciéndome que no vas a salir, voy a pasar por tu casa a recogerte».

Era muy lista, durante los dos primeros meses después de aquel episodio tan desagradable con Rodrigo, la vida de Lucía se había convertido en un infierno. Al principio no quería hablar de ello con nadie. Después dejó de salir con sus amigas, dejó de arreglarse, dejó de tener sentido hacer lo que hacía a diario... Hasta que un día su amiga entró en su casa casi a la fuerza y logró que le contara todo lo que le había pasado. Las clases de surf, sus besos, los paseos por la noche, su sonrisa, y su último y primer «te quiero» a gritos en la calle antes de desaparecer de su vida.

Y cuando eso ocurrió, Lourdes se sentó a su lado y la abrazó hasta que las lágrimas finalmente dejaron de salir de sus ojos.

Después de aquella tarde, su amiga se convirtió en su mejor aliada; no consintió que dejara de hacer las cosas que siempre le habían gustado y ahora no iba a ser menos, la arrastraría al fin del mundo con tal de que sonriera.

Lourdes salía con un chico muy majo y entre los dos estaban intentando, día sí y día también, concertarle citas con amigos de él. Era divertido verlos discutir sobre cuál era el mejor de ellos para Lucía. Realmente nunca consiguieron que aceptara ninguna, pero por lo menos no pensaba a todas horas en Rodrigo. Él siempre estaba allí... Se giró y sin querer dio un golpe a su reproductor, con lo que empezó a sonar aquella canción de Garbage que la había tenido obsesionada durante todos estos meses:

*You told me you don't love me,
over a cup of coffee
and I just have to look away,
a million miles between us,
planets crash into dust
I just let it fade away.*

*I'm walking empty streets,
hoping we might meet.
I see your car parked on the road.
The light on at your window.
I know for sure that you're home*

and I just have to pass on by.

*So no, of course, we can't be friends,
not while I'm still this obsessed.
I guess I always knew the score.
This is how our story ends.*

El portero automático de su casa sonó, sacándola de su ensoñación; apagó el reproductor.

—Abre, Luci, soy yo. —Lourdes, con su energía de siempre, estaba dispuesta a arrasar su casa.

—¡Sube!

El torbellino apareció por la puerta.

—¿Qué haces que no estás ya vestida?

—Sí que lo estoy —se defendió ella.

—Vamos, lo que tú digas —soltó mientras se iba a la habitación de Lucía y abría el armario—.

Hoy te vas a poner un vestido. Estoy harta de verte con pantalones vaqueros.

—Que sí, que son muy cómodos y con unos tacones y una camiseta vas monísima.

—Pero mírame a mí —giró sobre sí misma—, no quiero tener a una pavisosa a mi lado.

—¿Pero qué dices? —Sonrió divertida.

Lourdes se acercó a ella.

—Cielo, se acabó el luto. No te estoy diciendo que vayamos a encontrar a tu príncipe azul en alguna esquina de Madrid, ni siquiera a su primo lejano, pero vale ya de quedarte en tu zona de seguridad. Arriesguemos para pasarlo bien.

—Lourdes, no quiero volver a arriesgar.

—Lucía —le tomó la mano—, la vida está llena de equivocaciones. Y yo soy un claro ejemplo de ellos: me lié dos veces con mi exmarido cuando ya estaba casado con otra. ¿No crees que eso es cagarla bien?

—No es lo mismo, Lourdes. Él era el amor de mi vida. Era el hombre más bueno que he conocido nunca, sé que jamás volveré a encontrar nada parecido.

—Ok, de acuerdo. ¿Y qué hacemos? ¿Nos sentamos aquí, lloramos y nos bebemos el alcohol que tengas en casa? —Lucía levantó los hombros y sonrió—. Perfecto entonces, ¿qué tienes para beber? —sentenció Lourdes quitándose finalmente el abrigo y sentándose en el sofá.

Habían pasado ya tres horas, se habían zampado la comida que habían pedido y llevaban un par de cervezas cada una y una botella de vino camino de terminarse. Suficiente para que las palabras se aligeraran en su boca.

—Lou, pensé que era el hombre de mi vida. Era tan fácil estar con él, hablar con él. Y cada vez que me tocaba era como si una explosión de colores se abriera en mi pecho. Estaba muy enamorada, me arriesgué...

—Nena, brindemos. —Levantó la copa para chocarla con la de su amiga.

—¿Brindar? ¿Hay algo por lo que brindar? —dijo lastimeramente Lucía.

—Hay mucho por lo que brindar, querida. —Puso voz seria—. Por nosotras, porque siempre podemos contar la una con la otra, y por los polvos que echaste. ¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja!

Las dos arrancaron a reír con ganas.

—Lo echo mucho de menos. —Lucía se puso melancólica.

—Lo sé, cielo, no puedo creer que te haya dejado escapar.

—Y he bebido demasiado y me hago pis. ¿Traigo otra botella?

—¡Claro! Esta noche duermo aquí, no me va a mover ni una grúa.

Lourdes era una de esas mujeres que actúa y luego piensa. Una chica cuyas acciones, aun a pesar de parecer precipitadas e impulsivas, siempre tienen un porqué y pocas veces salen mal.

Lo único malo que tenía era que, cuando bebía más de la cuenta, las locuras podían convertirse en problemas y eso era exactamente lo que iba a suceder.

Se levantó del suelo, pues habían estado las dos sentadas en la alfombra del salón. Sin reflexionar, alargó la mano y cogió el teléfono de su amiga. Como sabía que tenía el teléfono de Rodrigo aún en la agenda, no le dio más vueltas, quitó la clave, pues se la sabía, y buscó... Perfecto, ahí estaba. Dedito encima de la carita del tío bueno éste y el teléfono comenzó a sonar.

—¿Lucía? —Descolgó después de tres timbrazos—. Es la una de la madrugada.

—Calla, guapito. Y no, no soy Lucía, soy su amiga Lourdes. Y te llamo para decirte que le has destrozado la vida a mi amiga, que eres un desgraciado y que por tu culpa no levanta cabeza.

—¿Perdona? ¿Que yo qué? ¿Sabes qué hora es?

—Me la pica y me importa muy poco la hora que sea. Sólo te he llamado para decirte que eres un malnacido y que por tu culpa ha estado con una depresión de caballo, triste y sin ganas de hacer nada. Tanto es así que ni te deseo lo que ella ha pasado. Así que quiero que sepas que eres... que eres un cabrón y ojalá te pudras, porque no hace más que llorar por ti. No te la mereces, no te la merecías y no te la merecerás. Ella es lo mejor que nunca pudo haberte pasado en tu vida. —Colgó el teléfono y lo puso en silencio, por si las moscas, antes de que llegara Lucía con la nueva botella de vino en una mano y una de tequila en la otra.

—¿Cuál de las dos? —anunció divertida desde la puerta de la cocina.

La mañana siguiente fue dura, muy dura. El mero sonido de una hoja cayendo al suelo molestaba. El sol era algo que no debió haberse inventado nunca.

Miró a su lado y su amiga dormía a pierna suelta con la boca abierta. Se levantó para coger una pastilla y tomársela inmediatamente. Una bebida isotónica y un analgésico ayudarían a soportar el trance de un sábado por la mañana muy doloroso.

Fue al salón a recoger los indicios criminales causantes del dolor de cabeza que estrujaba su cuerpo.

No tenía idea de la hora de la mañana que era. Cogió el teléfono móvil que estaba encima de la mesita del salón y, al dale la vuelta, su corazón dio un vuelco. Diez llamadas perdidas de Rodrigo y ocho mensajes de WhatsApp. Se quedó mirando la pantalla sin saber qué hacer, mientras sentía que sus manos comenzaban a temblar y su cuerpo flojeaba. Como si de un autómatas se tratase, fue corriendo a despertar a su amiga. No quería leer ni uno de los mensajes sola.

—Lourdes... Lourdes... —La zarandé un poco—. ¡Lourdes!

—¡Cállate! —Se tapó la cabeza con la almohada.

—Despierta, sal de la cama. ¡Que Rodrigo me ha llamado y me ha escrito! —Lourdes abrió los ojos de pronto y saltó de la cama.

—Uy, que tarde es. Me voy a ir.

—¿Pero no vas a desayunar, no vas a ducharte, no vas a leer conmigo los mensajes?

—No, no, no. Me voy a mi casa y te llamo esta tarde —dijo mientras se quitaba el pijama que le había prestado su amiga y se ponía la ropa para irse.

—Oye, no serás tan cerda de largarte sin leer los mensajes conmigo.

—De verdad, nena, yo paso. No quiero...

Lucía abrió los ojos de par en par, la conocía demasiado.

—¿Qué has hecho?

—Yo, nada. De verdad que me tengo que ir.

—Lourdes...

—Bueno, a ver —empezó a decir una vez vestida y saliendo hacia la puerta—, ayer yo...

—Ayer tú, ¿qué? —Lucía la siguió hasta la puerta de entrada.

—Ayer lo llamé desde tu teléfono, le puse verde y colgué. ¡Adiós!

Y cerró la puerta marchándose de casa de Lucía y dejándola con la boca abierta.

—La madre que la parió —consiguió soltar Lucía.

El teléfono volvió a vibrar y le dio la vuelta. Otra llamada entrante de Rodrigo... Su rostro era el que salía en la pantalla y ella no podía respirar. No lo cogió, dejó que sonara una y otra vez, ignorándolo atenazada por el terror de ver que de nuevo la llamaba.

Dejó el teléfono a un lado y no le hizo caso durante toda la mañana. Tenía que pensar si leía y respondía los mensajes, si le hacía una rellamada o si esperaba que volviera a llamar. Tenía que pensar.

Y así transcurrió la mañana, sin planes para salir; se vistió para ir a la calle a hacer algunas compras. Se acercaba la Navidad y no le apetecía ir a mirar regalos para su familia a última hora, con un montón de gente corriendo de un lado para otro.

Se puso el abrigo, agarró la bufanda y durante unos segundos pensó si coger o no el coche. Un paseo tampoco le vendría mal, ya no tenía dolor de cabeza y sería fantástico darle un poco de alegría al cuerpo.

Decidido; si luego la cosa se complicaba por las compras, taxi y arreglado.

Cogió el teléfono móvil; ya había borrado todo rastro de las llamadas, pero no los mensajes de Rodrigo, aunque no los había leído; se puso los cascos, arregló la bufanda alrededor de su cuello y cerró la puerta de su casa mientras le daba al «Play» sin pensarlo demasiado. Comenzó a sonar una canción de su cantante favorita, Jewel, que hacía meses había dejado a medias, por no tener el valor de oírla entera.

*And you could hurt me
with your bare hands.*

*You could hurt me
with the sharp end
of what you say.*

*But I'm lost to you now
and there's no
amount of reason
that could save me.*

*So break me,
take me,
just let me
feel your arms again.*

*Break me,
I'll let you make me,
just let me
feel your love again.*

Cuando llegó a la puerta del edificio, volvió a quitar esa canción, no podía escucharla. Pulsó la pantalla y cambió por completo de registro, pues comenzaron a sonar los primeros acordes de Ich Will, de Rammstein.

—Perfecto —se dijo—, casi mejor escuchar esto que de nuevo...

Levantó la vista al frente y tuvo que mirar dos veces. Delante de ella estaba Rodrigo, con la espalda apoyada en su coche, aparcado delante de su portal.

Se miraron por una décima de segundo, un momento que pareció una eternidad, y Lucía, haciendo caso a su pensamiento más racional, torció hacia la derecha y continuó andando.

«Puede que no me haya reconocido. Voy tapada hasta la nariz y he mirado sólo un segundo —pensó mientras continuaba caminando con la música a todo trapo en sus oídos—. No quiero volver a verlo. No quiero saber nada...»

Los pasos de Lucía cada vez eran más rápidos y seguros, pues estaba convencida de que, si vacilaba aunque sólo fuera un segundo, se detendría e iría a echársele a los brazos. No podía hacer eso, le había costado mucho tiempo vivir con el dolor de su ausencia. No quería volver con el hombre que había cerrado todas las puertas a una reconciliación. No necesitaba pensar que existía una posibilidad. No quería...

—¡¡¡Aaahhhh!!! —gritó a pleno pulmón al notar que una mano la estaba sujetando por un brazo e instintivamente, con la otra, lanzó un puñetazo a la cara de su atacante.

—¡Lucía! —Rodrigo logró esquivar un derechazo que directamente tomaba dirección a su nariz.

—¡Demonios! —dijo en voz alta llevándose las manos al corazón para después quitarse los cascos y responder con enfado—: ¿Qué haces aquí? ¿Qué quieres?

—Me has visto y te has ido —contestó casi con reparo.

—Sí, te he visto y me he ido —respondió con descaro.

—¿Por qué?

Lucía dejó que en su boca se dibujara una sonrisa sardónica.

—¿En serio necesitas que te explique por qué no quiero hablar contigo?

—No me importaría.

—Rodrigo, tengo prisa y debo irme.

—No me iré hasta que no hablemos, estoy preocupado por ti. Ayer...

—¡Preocupado por mí! Hasta ayer, y porque a Lourdes le dio un ataque, no te habías preocupado por mí —respondió gritando—. Así que, por favor, déjame en paz. Además, ¡cómo coño has encontrado mi casa!

—El registro de clientes...

—Perfecto. Genial. Fantástico —terminó diciendo mientras intentaba retomar su camino.

—Lucía, déjame que te explique.

—¿Igual que tú me dejaste explicar a mí? —Lo miró con mucho rencor—. Coge tu coche, regresa a tu casa y... vete a la mierda.

Esta vez se alejó con paso firme, sin volver la vista atrás hasta que giró la esquina y se apoyó contra la pared; allí comenzó a llorar desconsoladamente. Quería regresar a su casa, pero tenía miedo de que él siguiera allí parado. ¿Dónde iría ahora? Hacía frío y el sol se pondría en breve.

Las lágrimas empañaban su vista y el llanto ahogaba su respiración mientras seguía contra la pared. Tenía la sensación de haberla vuelto a cagar, pero sabía que era lo que debía hacer.

Agarró el móvil y por impulso miró los mensajes de WhatsApp que Rodrigo le había enviado la noche anterior.

«Lucía, ¿está todo bien?»

«Por favor, estoy preocupado por lo que me han dicho.»

«Lucía, contesta, por favor. Me estoy poniendo nervioso, no coges ninguna de mis llamadas. He sido un imbécil.»

«Lucía, descuelga. Descuelga el teléfono, necesito oír tu voz y saber que estás bien. Sólo con oír tu voz me sirve.»

«Sé que he sido un idiota, que no dejé que me explicaras qué pasó. Mi vida sin ti ha sido un infierno. Lucía, respóndeme. Lo siento, necesito saber que estás bien.»

«Me estoy preocupando mucho; si no contestas a ninguna de mis llamadas o mensajes, iré a verte a tu casa.»

«Lucía, dime algo. Dime que me odias, que no quieres volver a verme. Dime algo...»

«Lucía, te quiero.»

Se llevó la mano a la boca intentando tapar de nuevo el llanto desconsolado que volvía a salir de su interior y se dejó caer al suelo, igual que la vez que él se alejó de ella sin dejar que se explicara. Eso le hizo darse cuenta de una cosa: no sería como él, ella dejaría que se explicara.

Su teléfono comenzó a sonar, era Rodrigo. Esta vez descolgó.

—Dime. —Habló corto y despacio para que no notara que aún lloraba.

—Me voy. Lo siento, ha sido un error y creo que he... —un silencio incomodo se vio cortado por el llanto de Lucía—. ¿Estás llorando? No lo hagas, no lo hagas por mí. Me voy.

—No, no te vayas. Estoy aquí al lado. Dame un minuto y te dejaré hablar. No quiero comportarme igual que hiciste tú, no quiero que te quedes sin darme tus explicaciones y poner fin a esto.

—De acuerdo. Te espero.

Lucía se quedó un momento calmando su respiración. Sus lágrimas iban a ser evidentes debido a la hinchazón de su rostro, pero debía mantener algo de compostura para soportar la situación que se le había presentado.

Amaba a Rodrigo con toda su alma, pero el dolor era tan intenso que aún no había podido olvidar el daño que le hizo, el que se hizo a sí misma. Su mente iba a mil por hora, pero si él había venido desde Cantabria y después de tanto tiempo, como mínimo merecía ser escuchado.

Respiró un par de veces más y volvió a tomar rumbo a su casa. Giró la esquina y allí estaba, tan guapo como siempre, esperando con los brazos sobre el pecho a que llegara a su lado.

—Lucía —comenzó a hablar.

—Vamos a mi casa. Aquí comienza a hacer frío —respondió con la mirada baja.

Si cuando te encuentras con un vecino en el ascensor la situación acaba siendo siempre algo incómoda y hablas del tiempo, esto no iba a ser menos, la diferencia era que el silencio resultaba absolutamente cortante y ninguno de los dos lo rompía.

Lucía salió la primera del ascensor. «Sigue oliendo igual de bien que siempre», pensó.

Después de abrir la puerta, lo invitó a entrar y le pidió que se quitara el abrigo. La casa estaba caliente, no había quitado la calefacción y se agradecía. Ella tenía miedo de quitarse la ropa de abrigo, sentía como si se desnudara frente a él.

—¿Quieres tomar algo?

—No. Quiero hablar contigo.

—¿Te importa si yo me tomo un té caliente? —En realidad se marchaba a la cocina sin esperar su respuesta.

Abrió un armario, sacó el té, rellenó una bola con él, tomó una taza y la dejó a un lado. Llenó la tetera con agua y esperó.

Su propia respiración llenaba la estancia, estaba muy nerviosa. Apoyó las manos en el mármol de la cocina y agachó la cabeza en un intento de relajarse, cuando sintió una respiración a su espalda y unas manos que agarraban su cintura.

—Lucía, lo siento.

—Por favor —se dio la vuelta para mirarle a los ojos—. Necesito que te alejes de mí. Que no me toques.

—Es que necesito...

—Yo también lo necesito —le dijo con tristeza y por primera vez él se dio cuenta de la hinchazón de sus ojos y su mirada de dolor, haciendo así que separara sus manos y echara un paso atrás tu cuerpo.

Ella volvió a su tarea anterior, echó el agua en la taza y puso la bolita con el té.

—Vamos al salón.

Sentados cada uno a un extremo del sofá, Lucía le instó a que comenzara a hablar. Sabía que estaba distante y fría, pero si no lo hacía así...

—¿Por qué has venido ahora?

—Porque he sido un cobarde. Cuando me enteré de lo que pasó, en vez de dejar que me explicaras tus dudas, que hablaras de lo que te llevó a hacer lo que hiciste, me comporté como un engreído. Te hice sentir como la culpable de todo, cuando yo también jugué a un juego a dos bandas con dos mujeres que me gustaban. Y lo peor fue darme cuenta al final, en el momento en el que enviaba un mensaje para decir a aquella persona de Internet que había encontrado a alguien... a la mujer de mi vida.

—Rodrigo... —intentó cortar Lucía.

—Déjame terminar. —Se acercó a ella de nuevo, sentándose a su lado, pero esta vez sin tocarla—. El orgullo me pudo y nunca te llamé. No ha pasado ni un sólo día en el que no haya pensado en ti. He pasado noches sin dormir, sólo he vivido para trabajar. La llamada de tu amiga anoche me hizo despertar, darme cuenta de que había hecho el mayor de los ridículos dejando escapar el amor de mi vida... —Lucía comenzaba a negar con la cabeza.

—Rodrigo, ahora no. Ahora no me hagas esto.

—Ahora sí. Lo siento, han tenido que contarme que por mi culpa no has querido salir con tus amigas, no has querido hablar con nadie, que siempre estás triste...

—Para. Para. Para... —Lucía levanto la mano para indicarle que callara—. No tienes idea de nada. No tienes ni puñetera idea.

—Lo sé y, cuando ayer no me cogiste el teléfono, pensé en lo peor. No sé, necesitaba verte. Necesitaba aclarar esto y pedirte perdón.

—Rodrigo, estoy intentando rehacer mi vida. —Se lanzó sin paracaídas—. No necesito que vengas a contarme que ahora estás arrepentido, que, después de meses sin saber nada de ti, no has dejado de pensar en mí. Si eso hubiera sido verdad... —respiró antes de que las lágrimas volvieran a salir por sus ojos—, si eso hubiera sido verdad, hace tiempo que tú y yo estaríamos juntos. Pero ahora no quiero.

—No me quieres... —concluyó él.

—No debo quererte. —Se miraron a los ojos.

—¿Entonces?

—Rodrigo, mi mundo se ha roto. He naufragado y no puedo seguir adelante. Somos dos personas que se encontraron y no fueron capaces de unirse en un mismo camino. Dos mundos diferentes.

—Lucía, yo no quiero volver a renunciar a algo que me hizo feliz. Quiero volver a intentarlo contigo.

—Lo siento. De verdad que lo siento, pero... —las lágrimas ya no se escondían en sus ojos y se levantó —... no quiero seguir con esta angustia. Quiero olvidarte.

Rodrigo se levantó enfadado y, tras lanzar una última mirada, abrió la puerta y se marchó sin mediar palabra, dando tal portazo que la puerta no encajó y volvió a abrirse. Lucía se quedó de pie, asustada, con la mano apoyada en la mesa del salón, llorando; esta vez, lágrimas silenciosas que auguraban el verdadero final de una historia que podría haber sido la más hermosa. Pero cuando dirigió sus pasos a cerrar para siempre aquella puerta, de repente una mano lo impidió, abriéndola de par en par. Rodrigo entró con cara enfadada y la encaró sin medias tintas.

—Esta vez, no. —La señaló con el dedo—. No voy a dejar las cosas así, no pienso desperdiciar lo mejor que me ha pasado en la vida por ser un par de idiotas que no han sabido entenderse.

Ella lo miró aún llorando y le preguntó:

—¿Cómo iba vestida el día que me invitaste a cenar por primera vez?

Rodrigo se sorprendió por un momento, pero respondió de inmediato.

—Un vestido rojo, cinturón de color dorado a juego con las sandalias y un bolso pequeño.

—¿Cómo puedes acordarte de eso? —Lo miraba sorprendida, pues esperaba que la respuesta no fuera ésa.

—Porque te quiero.

Rodrigo se lanzó sobre ella tomándola de la cintura y el cuello. No pudo resistirse a abalanzarse sobre sus labios y besarla como siempre, como nunca debió dejar de hacer.

—Lo siento, lo siento, lo siento —le susurraba al oído sin dejar de abrazarla—. Te quiero, te quiero tanto, y me he hecho tanto daño al no tenerte a mi lado. Te he hecho tanto daño.

—Rodrigo, ¡te he echado tanto de menos! Te amo.

Sus miradas se cruzaron de nuevo; los ojos verdes de Rodrigo eran tan limpios, tan sinceros... Lucía se separó de él ofreciéndole la mano; éste la aceptó y sintió cómo lo arrastraba a su dormitorio, a su vida, a su interior, para así nunca más dejarlo escapar.

Epílogo

—¿Qué ha hecho quéeee?

—¡Me ha pedido que nos casemos!

—A ver, respira un poco. Siéntate y cuéntamelo todo —le pidió Lucía a su amiga Lourdes, recién bajada de su coche.

—Pues eso, que ayer, cuando le dije que iba a verte y que no pasaría el fin de semana con él, cambió la cara y se puso superserio. Yo me asusté, porque, la verdad, últimamente estaba muy raro, ahora lo entiendo, y pensé que me iba a dejar. —Respiró para seguir hablando—. Pero no, va el tío y me hace toda la escenita.

—¿Cómo que la escenita? —preguntó Lucía nerviosa.

—Que se levantó de la mesa, ¡en el restaurante! Se arrodillo a mi lado con un careto súper superserio, metió la mano en el bolsillo, sacó un anillo y me dijo que quería que éste fuera el último fin de semana que no estuviéramos juntos. Me pidió que nos casáramos —terminó narrando la historia con lágrimas en los ojos.

—Lourdes, no sabes cómo me alegro. —La abrazó—. Porque le habrás dicho que sí, ¿no?

—Al principio me quedé parada. Nos miraba todo el mundo y el pobre comenzó a ponerse muy nervioso. Me tuvo que repetir dos veces «respóndeme algo». Y claro, le dije que sí.

—¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja! ¿Quién te iba a decir a ti que te ibas a casar de nuevo?

—Lucía, que soy más bruta que un arado. Que la última vez que lo insinuó le dije que se largara de casa y estuve cinco días sin cogerle el teléfono.

—Ya, ya. Si lo sufrí en mis propias carnes, ¿o no te acuerdas?

—¡Señoras! —oyeron a lo lejos; vieron cómo Laura llegaba donde estaban ellas y las abrazó.

—¡Me caso! —grito Lourdes.

—¡¡¡Ah!!!—exclamó Laura abrazándola con fuerza y dando saltitos—. ¿Con anillo incluido?

—Es un romántico —comentó Lucía, que era la única que permanecía sentada.

—Y tú, ¡ven aquí que te abraza! —le gritó Laura.

Las tres amigas estaban de pie abrazándose con fuerza cuando se oyó:

—Oye, que la novia aquí soy yo y nadie me hace caso —comentó Nuria acercándose a ellas haciendo pucheritos. Las tres abrieron sus brazos para que entrara también en este abrazo tipo Teletubbie.

Se separaron después de dar también la buena nueva a Nuria.

—Me alegro mucho de teneros aquí el día de mi boda. Estoy muy nerviosa —confesó.

—Tranquila, todo va a salir a la perfección —le dijo Lourdes tomándola de la mano.

—Estoy segura, pero, hasta que no estás tomando la primera copa de la barra libre, no te quitas el peso de encima —respondió Nuria.

—Mira, lo que tienes que hacer es disfrutar y dejarnos a nosotras echar un ojo por si algo sale mal —Laura sonrió—. Además, conocemos al dueño y podemos matarlo. —Eché una mirada a Lucía.

—Oye, a mí no me miréis. —Se echó a reír.

Unas manos fuertes acariciaron el cuello de Lucía para sentir inmediatamente después los labios de Rodrigo besándola en ese mismo lugar.

—Chicas, si algo sale mal, será porque me he quedado dormido. —Se dio la vuelta para ahora besarla intensamente en los labios—. Hola, cielo.

—Hola, guapo. Ya veo que acabas de llegar de la playa. —Aún iba vestido con el neopreno, que llevaba bajado a la altura de la cintura.

—Madre mía, este hombre cada día está más bueno —soltó Lourdes.

—Gracias —dijo él acercándose a darle un par de besos.

—¿Puedo tocar? —preguntó riendo.

—¡Quieta, que te vas a casar! —soltó Laura entre risas—. Y, como yo soy la única soltera, la que toca soy yo.

—Oye, un poco de dignidad —concluyó Lucía—. Que es mío y no se toca.

—Señoras. Creo que yo tendría algo que decir, ¿no? —Las tres lo miraron y comenzaron a reír a carcajadas—. De acuerdo, me voy. Aquí no pinto nada.

—Dame un beso —le exigió Lucía.

Se volvió teatralmente hacia ella, la tomó de la cintura y del cuello y la inclinó, casi tumbándola en el suelo. Se acercó a sus labios para saborearlos como si fueran el mejor de los manjares. Lucía se amarraba a él por sus hombros intentando no caerse, pero, pasados unos segundos, no le importó lo más mínimo. No sabía cuánto tiempo había pasado disfrutando de los labios de Rodrigo cuando oyó:

—Ejem, que yo me voy a mi habitación. Tengo que peinarme y maquillarme —dijo Nuria.

—Yo te acompaño, que estos dos necesitan una propia —intervino Laura.

—Me voy con vosotras —añadió Lourdes.

Instantáneamente, Lucía despertó de su burbuja al sentir que volvía a ponerse de pie. Rodrigo apoyó su frente contra la suya.

—Vete con ellas. Si no tendremos que ir a casa... y tengo que preparar una boda para esta tarde.

—Luego voy a echarte una mano; te quiero —anunció ella acariciando su rostro.

—Tranquila, no creo que te necesite. Descansa. —Le guiñó un ojo.

Se acercó corriendo a sus amigas.

—Nena, ese hombre te tiene loca —dijo Laura tomándola de la cintura—. Vamos, ¡me tiene loca a mí!

—Venga, payasa, que hay que ayudar a Nuria.

Fue una ceremonia preciosa. La novia llevó un vestido de estilo romántico, un semirecogido en el pelo, con ondas, y una hermosa sonrisa. En el jardín colocaron sillas con flores adornando todo el pasillo y, al final, una pérgola pequeña donde él, Andrés, y ella intercambiaron sus votos. Lourdes no paró de llorar en toda la ceremonia; imaginaba que ella sería la siguiente y Laura se la pasó siendo su pañuelera oficial. Lucía, aunque sentada, no dejaba de mirar a Rodrigo, que lo preparaba todo para el aperitivo. De vez en cuando se echaban una mirada y él le guiñaba un ojo.

Sentadas en la mesa junto con algunos amigos de Andrés, las chicas comenzaron a charlar distendidamente entre ellas.

—¿Cómo va todo en tu nuevo trabajo? —le preguntó Laura a Lucía.

—La verdad es que todo muy bien. Pensé que no iba a poder trabajar mucho por aquí, pero no me puedo quejar. Hay mucho por hacer para ayudar a que las posadas tengan renombre. A veces es desesperante intentar que acepten algunas propuestas, sobre todo las que han de consensuar unas cuantas posadas: siempre acaban peleándose. Pero, bueno, me encanta, en especial porque puedo ayudar a Rodrigo.

—Me alegro mucho —continuó antes de llevarse la copa de vino a la boca—. Fíjate que, cuando nos dijiste que dejabas Madrid para venirte a vivir a este pueblo perdido de la mano de Dios, creí que no durarías más de un mes. Y llevas ya... ¿cuánto, seis meses?

—Casi un año —apuntilló Lucía.

—Mira, menos a mi favor. Te has abierto camino con tu agencia de comunicación para ayudar a las posadas rurales, y estás feliz y más radiante que nunca. Para mí que lo que te hacía falta era salir de Madrid, estás especialmente guapa.

—¿A que sí? —comentó Lourdes—. El amor, que nos vuelve tontas.

—Bueno, Lourdes —rio Lucía—, tú ya eras un poco tonta.

—Joder con la niña, tiene el chiste fácil hoy y eso que no ha bebido casi nada.

—Es que ayer me fui de cena con Rodrigo y me pasé un poco, casi mejor luego me tomo un copazo.

—Oye, oye, oye... —avisó Laura—. Hablando de pasarse, ¿quién es ése? —Señaló a un chico rubio que estaba ayudando a Rodrigo a conectar un par de altavoces a un equipo de sonido.

—Es Laurent, un amigo nuestro. Lo conocí al llegar aquí, es majísimo, francesísimo, hace surf con Rodrigo y es disyóquey. Trabaja entre París y aquí, al parecer es conocido por allí gracias a su música.

—Pues a mí me gustaría que me conociera aquí, y hacer música. —Se quedó echando un buen ojo mientras las otras dos no paraban de reírse.

—En un rato, si quieres, te lo presento.

—No es necesario, me valgo yo solita —concluyó dignamente.

La fiesta continuó hasta bien entrada la noche; las chicas no paraban de bailar, moviéndose de un lado para otro.

—¿Quién quiere otro gintónic? —preguntó Lourdes antes de ir a la barra. Vio como la novia, Laura y Lucía asentían.

—Voy yo —se ofreció Lucía.

—Deja, que tú has ido todo el rato —le comentó Lourdes.

—No me importa, es que son mis ratitos con Rodrigo. Mientras me pone las copas, hablo con él.

—Vale... —aceptó Lourdes justo cuando una conga la cogió por la cintura y todos comenzaron a dar vueltas por el jardín.

Lucía se acercó a la barra, donde Rodrigo estaba coordinando a los camareros.

—Hola de nuevo, bombón. —Se arrimó a ella y le dio un beso.

—Guapo —respondió ella.

—Otros tres gintónic y el especial, ¿no? —dijo guiñándole un ojo.

—Eso es. Están con una cogorza... No sé yo si esta noche Nuria va a cumplir, maritalmente hablando.

—Si miras a Andrés, no va mucho mejor. —Rodrigo señaló al novio, quien daba vueltas con la

conga por la sala, muy motivado—. Pedro, por favor, ponle a Lucía tres gintónicos y una tónica con limón —pidió a uno de los chicos contratados para el evento.

—¡Marchando!

Al momento tenía cuatro vasos encima de la barra.

—Ésta es la tónica sola. —Señaló uno de los vasos, que inmediatamente tomó Lucía, para que no se lo quitaran.

—Gracias.

—Te ayudo a llevarlo donde están las chicas, no creo que puedas con los cuatro vasos —se ofreció Rodrigo.

—Sí que puedo, pero con tal de estar un rato más contigo...

—¡Pelota! —Le dio un beso.

—Pero funciona. —Ella sonrió.

Lucía y Rodrigo se acercaron a donde ahora se habían sentado las chicas y, viendo cómo se acercaban a ellas, Lourdes dijo:

—Cuántos disgustos me ha dado esta chica. Y mira que pareja más bonita.

—La verdad es que sí —asintió Nuria—. Son tan guapos...

—¡Mira quién hablo! —se metió Laura—. El horroroso monstruo de las galletas. ¡Tú has visto a tu marido! Menudo tipazo, y tú eres preciosa.

—¡Ohhhhh!, pero qué mona es mi rubia favorita. —Se acercó a ella para darle un abrazo.

—Aquí están los copazos —anunció Rodrigo dando uno a cada una de ellas.

—Gracias, morenazo. —Nuria sonrió—. Siéntate un rato con nosotras.

—De verdad que me encantaría, pero no puedo. ¿No querías una boda perfecta?

—Ya, pero podrías tomar algo con nosotras. —Lourdes le hizo un pucherito.

—No puedo, en serio. Nuria tiene unos amigos que beben como esponjas y en un rato hay que tener preparado algo de picar. —Lanzó un guiño y se marchó.

—¡Brindemos! —Laura levantó su copa—. Por nosotras.

—Por nosotras —respondieron al unísono.

—Y ahora que creo que ya tengo todas las fuerzas del mundo, me marcho a conquistar Francia. —Se levantó de la mesa y se marchó.

—¡Pero mírala! —dijo Lourdes—. Directa a por el disyóquey.

—Me voy chicas, me llaman mis primas —comentó Nuria—. Nos vemos ahora.

—¿Y a ti qué te pasa? —le preguntó Lourdes a Lucía.

—¿Por qué lo dices? —le respondió levantando una ceja inquisitorialmente.

—¿De verdad crees que vas a engañar a alguien bebiendo tanta tónica? ¿Estás enferma? O quizá... —Abrió de golpe los ojos y la boca—. ¡Estás emba...!

—¡Chis! —Lucía miro de un lado para el otro para ver si alguien las había oído.

—¡Madreeee! ¡Ay, madre! Espero no ir tan borracha como para pensar que esto ha sido un sueño. ¡Estás embarazada!

—A ver, Lourdes, quieres hacer el favor de no alzar la voz.

—Eso quiere decir que lo estás. —Lourdes se lanzó a abrazar a Lucía.

—Yo no he dicho eso —se defendió ésta entre los brazos de su amiga.

—Ya. Sí. Venga... Que llevo mirándote todo el día, que no has tomado ni una gota de alcohol. Que tú te crees que yo soy tonta, que ni una cerveza...

Lucía sonrió de oreja a oreja:

—Sí, estoy de tres meses —finalmente contestó.

—¡¡¡Ah!!!

—Chis. Haz el favor de bajar la voz.

—¿Pero por qué no has dicho nada?

—Lourdes, no es mi día, no es mi momento. Hoy es de Nuria y esto podría quitarle algo de protagonismo en un día tan especial, no quiero empañar su felicidad.

—Pero no decírselo a nadie es como si no existiera...

—Lourdes, tranquila. Quien ha de saberlo, lo sabe —dirigió su mirada a Rodrigo, que seguía de un lado para el otro.

—¿Eres feliz? —le preguntó Lourdes.

—Sí, ahora mismo soy feliz. Amo a Rodrigo, os tengo a vosotras aquí y... —se llevó la mano a su vientre—... estoy esperando un hijo. No puedo pedir más.

—Pues, cielo, sabes que me alegro mucho. —Se llevó la mano a la boca y cerró un candado imaginario—. Además, no diré nada hasta que tú quieras.

—Hoy no era el día. —Sonrió mirando a Nuria.

Entrada la madrugada, Lucía oyó abrirse la puerta del apartamento. Escuchó unos ligeros pasos, pues la intención de Rodrigo era no hacer ruido, cosa que no pudo conseguir, ya que, al no encender la luz, acabó chocando contra una silla y sonó un golpe y un exabrupto.

—La madre que parió...

—¿Estás bien, amor? —preguntó Lucía desde la cama.

—Sí, sigue durmiendo —respondió Rodrigo.

—No estoy dormida, te estaba esperando.

Rodrigo encendió la luz de la habitación con cara de cansancio.

—Estás horroroso.

—Gracias, mi vida —le respondió—. Lo peor es que me siento horroroso.

—Noooooo... —Se incorporó en la cama—. Ven a mi lado y descansa, que mañana será otro día.

—¿Mañana?, hoy.

—Lo que sea, ven.

—Debería darme una ducha.

—No me importa, ven aquí y descansa a mi lado. —Él se quitó la ropa para quedarse en calzoncillos. Se estiró en la cama y atrajo hacia él a Lucía, recostándola en su pecho y dándole un beso en la cabeza.

—¿Qué tal las chicas? —preguntó intentando relajarse.

—Laura ha desaparecido, me imagino que con Laurent. No sé. Nuria, bueno, ya la has visto como ha subido a la habitación. Y a Lourdes he tenido que subirla yo a su cuarto.

—La verdad es que os lo habéis pasado muy bien.

—Sí. —Le hablaba mientras acariciaba su torso.

—Por cierto, ¿cómo estáis vosotros? —Al decir aquello, a Rodrigo se le iluminó la cara.

—Muy bien, amor —respondió Lucía mirándole a los ojos intensamente, recibiendo a cambio un apasionado beso de Rodrigo—, muy muy bien.

—¿Se lo has dicho ya a las chicas?

—No, sólo lo sabe Lourdes, pero porque me conoce demasiado y se ha dado cuenta de que no he tomado ni una gota de alcohol.

—¿En serio?

—Sí, me ha acorralado. —Se rio.

—¿A ti? Eso no me lo creo.

—De verdad, me ha echado el ojo y no ha parado hasta que se lo he dicho.

—Y a las demás, ¿no?

—No, no era el día. Era la boda de Nuria, sé que, si se lo hubiera dicho, hubiera eclipsado su momento. Mañana hemos quedado para despedirnos, se lo diré entonces.

—Ven aquí. —Atrayéndola hacia él, la besó lánguidamente, saboreándola sin prisa—. ¿Te he dicho que te quiero?

—No, no me lo has dicho. —Sonrió.

—Estoy muerto de cansancio, pero mira lo que provocas en mi con sólo besarte. —Le llevó la mano al calzoncillo y su pene estaba duro como una piedra.

—Prometo que yo no tengo nada que ver con eso. —Lucía rio indefensa, puesto que Rodrigo ya se había puesto encima de ella.

—Te voy a hacer el amor hasta que me quede dormido dentro de ti. —La tentó con esa voz tan sensual que siempre se le cambiaba al estar con ella.

—Hazme el amor las veces que quieras, siempre serás mío.

—Y tú mía, Belladona encantadora de hombres.

Lucía sonrió al sentir cómo él entraba en ella, haciéndola suya...

Agradecimientos

A la hora de escribir una historia son muchos los factores que se han de tener en cuenta.

El primero, la idea y la serenidad para poder plasmarlo, por ello no puedo dejar de dar las gracias a Toni Pastor y Víctor Ordaz. Ellos dos han sido parte fundamental para que esta historia saliera adelante después de una ovípara comida bien regada. Gracias, nos vemos en Stromboli o en el Lago Como, queda mucho por crear.

A Vicky y a Mauricio, que han estado allí para aguantar mis arrebatos y mis locuras con respecto a este pequeño gran paso.

A Lala, mi sis que sé que está deseando leer la historia que su hermana mayor ha escrito. Y a mis dos mayores críticos. Papá y mamá...

A Laura F y ella sabe perfectamente porqué.

A Esther Escoriza, no veas tu la paliza que le he dado.

A Nuria Velasco, fue mi primera víctima lectora, en su primera fase me dijo: “Hay poco sexo”.
¡Ahora hay más nena!

Y a Josep, mi principal apoyo. Él, el que siempre estaba allí para echarme una mano cuando me desquiciaba, cuando no podía salir del atolladero, cuando estaba histérica... A ti, no puedo más que darte las gracias una y otra vez por ser paciente. Gracias Mestre.

Y a todos los que os habéis decidido a formar parte de esta pequeña historia regada de cosas sencillas de la vida.

Seguro que me olvido de muchos que han estado ahí, pero aunque no se vea en letras, estáis ahí.

Patricia.

Biografía



© Josep Guijarro

Patricia Hervías es una madrileña treintañera nacida en el conocido barrio de Moncloa. Estudió Biblioteconomía y Documentación en la Universidad Carlos III de Madrid, pero ya desde ese momento intuía que su futuro se dirigiría hacia el campo de la comunicación y la publicidad.

Desde 1997 estuvo trabajando para varias empresas dedicadas a la publicidad o en departamentos de comunicación, hasta que en 2008 dio el salto mortal y lo dejó todo para trasladarse a Barcelona y comenzar a viajar por el mundo. Empezó a publicar sus aventuras en la revista *Rutas del Mundo*, pero la crisis hizo que tuviera que aparcar sus ganas viajeras para formar parte del equipo creativo de una empresa de e-commerce.

Todo ello siempre aderezado con colaboraciones en la Cadena SER, RNE4 y con artículos en revistas de historia, viajes y actualidad.

Nunca ha dejado de escribir relatos, y publicó su primera novela, *La sangre del Grial*, en 2007.

Encontrarás más información de la autora y su obra en:

<<https://www.facebook.com/PatriciaHerviasD>>

@pattyhervias

[<http://pattyhervias.blogspot.com.es/>](http://pattyhervias.blogspot.com.es/)

Te enamoraste de mí sin saber que era yo
Patricia Hervías

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de la imagen de la portada, © Shutterstock

© Patricia Hervías, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edicioneszafiro.com

www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición: febrero de 2015

ISBN: 978-84-08-13671-2

Conversión a libro electrónico: Àtona-Víctor Igual, S. L.

www.victorigual.com